

ARMAS Y LETRAS

BIBLIOTECA
MUNICIPAL



AÑO II

NÚM. 22

OCTUBRE, 1921

DIRECTOR-PROPIETARIO
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

ayuntamiento de Madrid

Número suelto 1,30 pesetas.

VENCEDORAS
EN TODAS LAS CARRE-
RAS CELEBRADAS EN
ESPAÑA

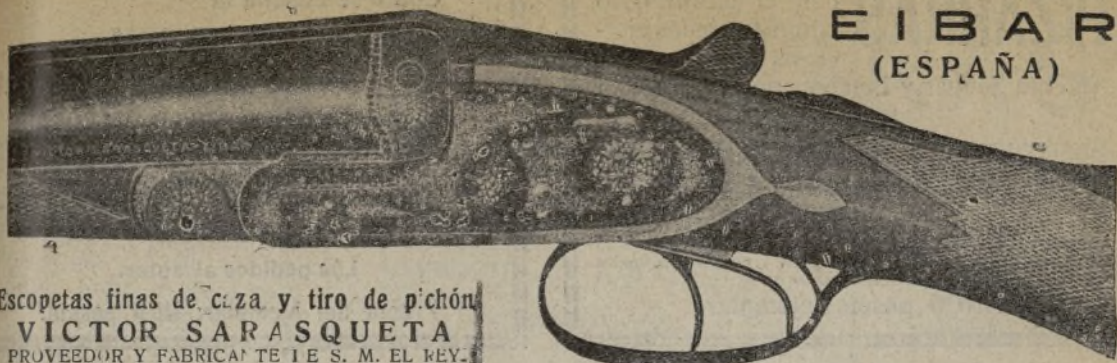
LA MOTOCICLETA MILITAR

es la Harley-Davidson



EXPOSICION Y VENTA
J.A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL -7- Madrid

EXITO NO SUPERADO

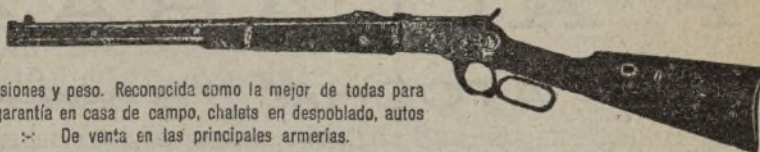


EIBAR
(ESPAÑA)

Escopetas finas de caza y tiro de pichón
VICTOR SARASQUETA
PROVEEDOR Y FABRICANTE DE S. M. EL REY.
D. ALFONSO XIII y de S. A. la Infanta D.^a ISABEL

Carabina de doce tiros "TIGRE"

Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenes", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. De venta en las principales armerías.



Al por mayor: GÁRATE ANITUA Y COMPAÑIA :: EIBAR ::

GORRAS Y EFECTOS MILITARES

ADOLFO LÓPEZ

CUESTA DEL ALCÁZAR, 12.-TOLEDO

La Casa más económica en su clase.—Últimos modelos en gorras y roses.—Se hacen exportaciones a provincias.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciense en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERÍA DOMINGUEZ

Cuesta del Alcázar, 14.-TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1. ^a	150	Uniforme kaki de estambre	
Capota paño o estambre..	210	o gabardina con pantalón y calzón.....	150
Peliza de 1. ^a , rizo de id.	120	Idem id. de drill, con id....	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada.....	225	Volver peliza con todos los avios y dorados.....	70
Guerrera de paño o estambre.....	120	Idem guerrera con id. id. e idem.....	50
Pantalón Rey con franja seda.....	60	Poner cuello y vueltas con estreñías y soubache....	17



Cuanto más polvos me ponga más querida voy a ser. Estos polvos PECA-CURA acrecientan el querer.

Jabón, 150. Crema, 2,50. Polvos, 250. Agua Cutánea, 5,50. Agua de Colonia, 3,50, 6,10 y 16 pesetas, según frasco. Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 pesetas, según frasco.

ULTIMAS CREACIONES

Productos serie «IDEAL»

Acacia, Mimosa Ginesta, Rosa de Jericó, Admirable Matinal. Chipre, Rocío, Flor, Rosa, Vértigo, Clavel Muguet. Violeta. Jazmín.

Jabón, 3. Polvos, 4. Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas. Frasco con estuche.

CORTÉS HERMANOS, SARRIÁ (BARCELONA)

PIZARRAS con el desarrollo completo de los ejercicios prácticos del Algebra Salinas y Benítez, por el Capitán E. G. A.

DE UTILIDAD para afianzar, con la práctica inmediata, las teorías estudiadas en el texto.

PEDIDOS

a su autor, Capitán D. Eugenio Egea, Profesor del Colegio de Huérfanos de la Guerra, Guadalajara, y en las principales librerías, al precio de

CINCO pesetas ejemplar.

Cómo se enseña la
**ESGRIMA DEL FUSIL
CON BAYONETA**

Autor: Capitán D. LUIS PUMAROLA
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantisimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio del ejemplar: UNA peseta.

F. ALCARAZ

SOMBREROS, GORRAS
PARA TODA CLASE DE
UNIFORMES

ATOCHA, 78

Precios económicos

CENTRO GRAFICO ARTISTICO
TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE CARAY, 32
TELÉFONO 22-011

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR

MESTRE & BLATGE

S. A. ESPAÑOLA

CAPITAL: 10.000.00

La casa mejor surtida en toda clase de Accesorios para automóviles ciclos, aviación. Artículos para todos los deportes.

Faros, faroles y proyectores Besnard, magnetos Simms, bujías Oléo, bandaje para frenos Thermoid, rozamientos a bolas F. S., carburadores Zenit.

MADRID: Cid, 2 y Recoletos, 15
Teléfono S. J. 022

BARCELONA: Balmes, núm. 57
Teléfono A 4373

ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Precios de suscripción

Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 >
Año..... 15,00 >

EXTRANJERO

Semestre... 12,00 ptas.

Año II Núm. 22
OCTUBRE 1921

Ciencias & Artes

Inventos & Literatura

Actualidades

DIRECTOR PROPIETARIO:

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:

Calle Mayor, núm. 86

MADRID

Apartado correos núm. 886

Administrador:

José Valero de Bernabé

ESPAÑA EN ÁFRICA OCCIDENTAL

Es en épocas muy lejanas; en 1344, cuando España adquiere soberanía sobre la costa occidental de África; las expediciones posteriores de Bethencourt y García de Herrera confirman nuestro derecho; la heroica defensa de Santa Cruz de Mar Pequeña en 1504 contra el Rey de Fez, ofrece nueva prueba de nuestro afincamiento; el tratado de Cintra de 1509 corrobora asimismo la importancia de aquellas posesiones, pues cedimos a Portugal una parte de la costa de Berbería a cambio del Peñón de Velez de la Gomera.

Poco después, el abandono del Peñón borra de hecho la dominación sobre Ifni o Santa Cruz de Mar Pequeña; es preciso la tentativa del escocés Glarr en 1764 para que los gobernantes españoles alcen su voz en defensa del pequeño y olvidado pedazo berberisco; y recogiendo el sentir de sus Secretarios, el españolismo de Carlos III hace valer los antiguos derechos de su Patria, obteniendo el reconocimiento de nuestra soberanía por parte de los representantes de Sultán de Fez.

Las victorias africanas de 1859-60 hacen resurgir el viejo problema de Santa Cruz, tantas veces debatido y otras tantas olvidado, el artículo VIII del tratado de 1860 asegura nuevamente nuestro derecho; designóse en su consecuencia a la comisión española que con otra mogrebina habían de trazar

los límites de la zona adjudicada; pero la falta de autoridad del Sultán unida a sus constantes deseos de dilatar la entrega del territorio, dieron lugar a que el imperativo de aquel pacto quedase una vez más incumplido.

En 1866 se traslada a Fez nuestro Ministro en Tánger para proseguir las negociaciones; nombra al mismo tiempo una delegación el Emperador de Marruecos; propone ésta la anulación del artículo VIII del tratado de 1860; rechaza la propuesta el comisionado español, y tras laboriosas conferencias vinieron los marroquíes en reconocer la soberanía patria sobre Santa Cruz de Mar Pequeña.

Restablecida la monarquía española se inicia en nuestros gobiernos un vivo deseo de acrecentar las relaciones comerciales hispano-marroquíes; la notable expedición del inglés Mackenzie en 1876 por la costa africana hizo conocer el valor de Ifni; y en su vista, Cánovas del Castillo se propuso dar definitiva solución al territorio sahárigo enviando a Fez inteligentes comisionados.

Entrevistados españoles y mogrebinos, alegaron éstos que no era fácil solucionar el problema de Santa Cruz por ser desconocida la autoridad del Sultán en el oeste de su Imperio; pidieron un plazo de 10 años para la entrega del territorio que nos habían reconocido varios tratados; pero el gobier-

no de Madrid mostróse enérgico de acuerdo con sus delegados en Fez.

En Enero de 1878 sale de Canarias la comisión hispano-marroquí para fijar el emplazamiento de la histórica Santa Cruz, conviniendo después de prolijo estudio por el litoral en que Ifni coincidía con Santa Cruz de Mar Pequeña.

El Sultán, en vez de aprobar lo hecho por sus delegados, envió un Embajador a Madrid en el mes de Junio proponiendo una indemnización a cambio de la renuncia a Santa Cruz de Mar Pequeña; pero el gobierno español supo rechazar digna y patrióticamente la oferta del Soberano marroquí.

En 1881 insiste el Sultán para la cesión de Ifni entregando una cantidad pagadera con los rendimientos de las aduanas; oferta que fué rechazada por el gobierno español.

En 1882 reclama España la entrega del territorio que nos ocupa; mostróse conforme el gobierno Xerifiano; y en su consecuencia, nombra la comisión hispano-marroquí tanto para establecer el verdadero emplazamiento de Ifni como para fijar sus límites.

Los españoles mantuvieron el informe de 1878; los marroquíes, sin argumentar acerca del emplazamiento de Santa Cruz y negándose a firmar ningún documento, expresaron que darían cuenta al Sultán; ante semejantes evasivas conminó el gobierno de Madrid; y como resultado, el Sultán recono-

ció plenamente los derechos de España sobre Ifni o Santa Cruz de Mar Pequeña.

Los tratados de 1902, 1904 y el adicional al hispano-mogrebino de 1911 vinieron a reconocer y proclamar los añejos intereses de España en Santa Cruz. El tratado franco-español de 1912 en su artículo III reafirma la soberanía española.

Este territorio tiene al Norte el Sedra desde su embocadura, al Sur el Mun desde su embocadura, y al Este una línea que dista aproximadamente 25 kms. de la costa. El litoral tiene 90 kms.; su extensión superficial es de 2.400 kilómetros, y el número de habitantes es de 5.000.

Sensible es que después de tanto exigir y negociar todavía no ondee en aquel pequeño territorio el pabellón patrio al amparo de un destacamento.

Teniente Coronel
GARCÍA PEREZ

=====

La educación física del soldado

Cuando fué ministro de la Guerra, el General Villalba, creó la Escuela Central de Gimnasia, afecta a la Academia de Infantería, para adiestrar un plantel de Oficiales, que difundieran luego en el cuartel el plan físico-educativo, que haría del soldado un hombre resistente a la fatiga tipo de valor físico que no sólo mejorase la potencia militar, sino que a la larga robusteciera al pueblo, vigorizando la raza.

Hermosa orientación la que trató de trazarnos el ilustre infante, consagrado gran parte de su vida a la pedagogía militar, siendo el maestro de varias generaciones de oficiales.

Imposiciones de la triste realidad—escasez de subalternos y exigencias de la campaña de Marruecos obligaron al actual ministro de la Guerra a interrumpir los cursos de gimnasia, pero confiamos que apenas sea posible se reanudarán...porque sería doloroso que

se perdiera tan hermosa semilla.

Precisamente a la terminación de la guerra, se inició en Europa el resurgimiento de la educación física, porque la experiencia demostró el incalculable valor que en el Ejército tiene el valor físico, la resistencia a la fatiga.

Existe en la juventud un verdadero apasionamiento por los deportes y eso es lo que es preciso fomentar.

En Francia, una popular revista ilustrada consagrada a asuntos generales, y que cuenta con un millón de lectores se transformó hace poco en revista deportiva y a ella consagra todas sus informaciones. Parecía un alarde editorial algo expuesto; pero no sólo conserva sino que vió aumentado el número de sus lectores.

De Inglaterra y de los Estados Unidos ya se sabe como cultivan la educación física; pero el ejemplo más hermoso nos llega de Alemania, que con un Ejército de cien mil hombres, acaba de votar un presupuesto de 22 millones de marcos para atender a la educación física del soldado.

Y es que Alemania conoce el secreto para hacer hombres fuertes: cuando en 1806 vencida por Napoleón vió como se desquiciaba totalmente el Imperio, para reconstituir el país iniciaron estas corrientes educadoras y cuatro años después contaban con cinco mil profesores de gimnasia.

En la escuela empezaba la educación física del ciudadano, siendo obligatoria su enseñanza, salían de ella los adolescenteates fortalecidos de cuerpo y al llegar al cuartel la gimnasia de aplicación militar encontraba un terreno bien preparado y fácilmente, sin perder tiempo, se adaptaba el individuo a las enseñanzas guerreras.

Y ahora ante la catástrofe, patriotas de corazón, al proponerse la reconstitución del país, no olvidan dedicar a la gimnasia la importancia que tiene.

No lo olvidemos nosotros tampoco: el Ejército y la patria pide hombres sanos y fuertes.

DOCTOR ZEDA.

La vida en el campamento

Mucho se oye hablar del mayor o menor aburrimiento de los campamentos, del mucho o poco trabajo que hay en ellos y de la vida más o menos monótona que en ellos se observa.

Bueno y malo, agradable y desagradable, de todo hay en la azarosa y pintoresca vida de campamento, pero de lo que sí peca en exceso es de una aplastante monotonía que exaspera y aburre.

Bien de mañana los toques de corneta rasgan el aire con su penetrante sonido que son fielmente interpretados, viéndose como trabajosamente, poco a poco se desmerece el pequeño pueblo de alineadas casas cónicas.

Rancheros y cocineros pónense a su culinaria tarea, los acemileros acuden a sus mulos y caballos, y las tropas que han de hacer la descubierta y prestar el servicio de protección durante el día empiezan a organizarse frente a sus respectivas casas de campaña. Mientras tanto las tiendas que permanecían cerradas van levantando sus puertas de lona, los asistentes cruzan con vasos y tazas portadores del café o chocolate que sirve de desayuno a jefes y oficiales y delante de cada vivienda organizan rústicos lavabos a los que van acudiendo sus respectivos dueños que se hacen minucioso aseo mientras se cruzan saludos y donaires entre vecinos, y bromas de los ya despiertos a los que, más perezosos, permanecen todavía metidos en la incómoda, pero que no falte nunca!, cama de campaña, dando tiempo a que los asistentes saquen de cabás y sacos de mano, jabones, peines, cepillos y cuanto han de necesitar para el aseo de sus personas.

Toda la mañana es de arreglo y trabajo, así se ven barberías al aire libre, cubetas de las compañías de ametralladoras que llenas de agua son sumamente solicitadas para la higiene de las inferiores extremidades, y mesas improvisadas en las que unos escriben a sus familias, otros a sus novias, y

otros (!) pierden el tiempo en literarias divagaciones.

Quizá una de las horas más animadas sea la de la comida pues los oficiales para comer se reúnen en grupos, llamados *repúblicas*, y llegada la hora del yantar los de cada república visitan a los de las otras para inspeccionar los respectivos menús y comentarlos con graciosas bromas y cuchufletas que no respetan empleos ni jerarquías pues en la vida de campamento el más veterano jefe alterna con agrado con el más bisoño alférez recién salido de las académicas aulas, y esa grata confianza y recíproco cariño con que se tratan no excluye, de ningún modo, la más disciplinada subordinación ni el más acabado de los respetos.

—A la orden de V. mi comandante; venimos a ver qué comen ustedes hoy para admirar el milagro que hace Dios manteniéndoles vivos con poco alimento—dice un joven capitán inmiscuyéndose en la república de un jovial comandante.

—Calle, calle V. que me da pena verlos cada día más delgados—contesta el jefe.

—Verá V.: ¡Rodríguez! ¡Rodríguez!—grita un alférez, *patrona* de la república del capitán, o sea el que la administra, llamando al cocinero.

—A la orden de ustedes—dice una voz que sale de una cara negra que osoma por entre un sucio montón de trapos al que pomposamente suele llamar uniforme.

—¿Qué tenemos hoy de comer?—y el experto cocinero, que ya sabe su obligación, recita un suculento menú de 4 o 5 platos en el que indefectiblemente figura el pollo asado y el indispensable flan, aunque luego se reduzca toda la comida a duros garbanzos que ha habido que ablandar contándoles alguna pena.

En la *república* de la compañía de ametralladoras donde generalmente se agrega la plana mayor, ocurre una escena semejante.

—Hombre, López, ¿que hace usted con los cocineros que todos los soldados quieren ser cocineros de su república?—pregunta jocosamente el coronel a un oficial.

—Mi coronel—contesta en el mismo tono el interpelado—que todos saben lo estupendamente que comemos y les damos de comer.

—Pues a mí me habían dicho—insiste el campechano jefe—que era porque como no comen ustedes más que frntas secas no tienen nada que hacer y se dan la gran vida.

Y así continúan los dimes y diretes hasta que se termina de comer y empieza la siesta que a la comida sigue.

Existe la leyenda de que en los campamentos se juega a los prohibidos, desapareciendo rápidamente las pagas al poco tiempo de ser entregadas por los respectivos habilitados, y nada más lejos de la realidad. Es verdad que algo se juega, porque de otro modo sería insoportable el tedio de tantas

horas de aburrimiento; pero las partidas son, generalmente, de tresillo, tute subastado, y, a lo sumo, de algún modesto poker.

Conocí una partida de tute subastado en la que intervenían un coronel jefe de cuerpo y un oficial del mismo. Dadas las cuatro de la tarde se preparaba el café, que en los campamentos se toma a cualquier hora, y se improvisaba mesa y tapete, dando principio al más pintoresco tute que registrara la Historia de las cartas desde Adán a nuestros días.

El citado coronel, hombre de calma, al que pocas veces ví exaltado, ponía sus sentidos en el juego y reñía airadamente al oficial de marras que por el contrario era distraído si los hay y descuidaba a cada instante la marcha del juego, haciendo mal tercio manifiesto, lo que le valía repetidos broncas de los jugadores que contaban de antemano con su *baza de impericia*. ¡La de tutes que con su proverbial descuido regalaría el infortunado oficial y la de griterías que el dichoso jueguecito le valdría!.

No se que será del coronel, ni por donde andará el subalterno, lo que sí me consta es que éste ha presentado una instancia pidiendo que en las Academias Militares se ponga clase de tute subastado.

Terminada la partida, cuando ya las sombras de la noche envuelven el pequeño mundo, y cuando el oscuro manto de las tinieblas se ve roto a trozos por las luminosas candeladas donde se

EFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

prepara la cena, se consume ésta y prontamente todo queda en silencio interrumpido tan solo por el chasquido de los fusiles de servicio que contestan a algún aventurado enemigo que, tras el seguro parapeto de una piedra, se entretiene en hacer blanco sobre el tranquilo campamento que descansa con su arsenal de armas y municiones como apocalíptico monstruo, al que conviene tener dormido porque su despertar suele ser trágico presagio de desdichas y males, que siembra con sus plomíferas dentelladas de fiebra hambrienta.

JAVIER ORTIZ TALLO.

=====

Nuestra labor en Africa

Las escuelas hispano-marroquíes

Nuestra labor civilizadora en Marruecos, tiene muchos aspectos. A los dispensarios médicos, a las granjas agrícolas, a las vías férreas y carreteras, hay que añadir la labor cultural organizada bajo la potestad del Alto mando militar.

Hasta el día que ocurrieron los

tristes sucesos de Julio, las escuelas primarias en la zona del protectorado eran las siguientes:

Región central.—Tetuán: una escuela española de niños con 171 alumnos; otra ídem de niñas con 184; la de la Misión católica de niños con 122; de Nuestra Señora del Pilar, con 65; de la Alianza israelita, niños, con 206; ídem de niñas, con 283; escuela hispanoárabe, 41; Rincón de Medik, 89; Río-Martín, 28; ídem Misión católica, 25. Total: 1.194 alumnos.

Región occidental.—Larache: escuela española, niños, 100; ídem de niñas, con 107; Alianza israelita, niños, 211; ídem niñas, 128; escuela hispanoárabe, 24. Total 570 alumnos.

Alcázar: Escuela española de niños, 85; ídem de niñas, 95; ídem hispanoárabe, 45. Total 480.

Arcila: Escuela española, niños 85; ídem niñas, 95; hispanoárabe, 34. Total: 214.

Región oriental.—Nador: escuela española, niños 92; ídem niñas, 89. Total: 176.

Cabo de Agua: escuela española mixta, 40 alumnos.

Zeluán: escuela española, niños 77; ídem niñas, 76. Total: 153.

Monte Arruit: escuela mixta, 58 alumnos.

Melilla: escuela hispanoárabe, 62. Hacen un total de 29 escuelas con 2.947 alumnos matriculados.

A más hay que agregar las de Melilla y Ceuta, que, declaradas nacionales, dependen de Instrucción pública.

Estos datos demuestran que nuestro ejército no solamente se ha preocupado del avance territorial, sino que inmediatamente que un poblado era sometido, se le dotaba de Dispensario médico, se le daban facilidades para adquirir semillas y otros elementos para mejorar la producción, se le construían carreteras que le pusieran en comunicación con los demás poblados y se creaban escuelas, donde fraternizaran y recibieran instrucción los niños españoles e indígenas...

La ingratitud y el fanatismo han destrozado estos jalones de progreso en el territorio de Melilla; el esfuerzo ha resultado estéril.

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS

Argumosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (Avilés) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte.—Pino de tea.—Pino de Balsain.—Pino del país.—Maderas finas

MOLOURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3ª Sección de la Escuela Central de Tiro

VENTA de muebles y cuadros antiguos y modernos, bronce, porcelanas y objetos.

COMPRA a altos precios todo lo que se venda.

= VICENTE BAYÓN =

(Que fué de la casa Veguillas.)

NO CONFUNDIRSE

Peligros, 7.-Entrada por Jardines, 40.-Tel.º 4.676-M.

PARISIANA MONCLOA

Restaurante de primer orden.

Servicio de automóviles.

UNA PESETA ASIENTO

TELÉFONO 290 J.



Gran almacén de perfumería LA FLORIDA

De EUGENIO SARRÁ :: Ventas al por mayor y menor

Teléfono A 2231 RONDA SAN PEDRO, 7 Apartado Correos 239

BARCELONA

ASMA, BRONQUITIS CRÓNICAS

y demás enfermedades del aparato respiratorio, se combaten con las

GOTAS HELENIANAS BATLLE

(A BASE DE CLORURO DE HEROÍNA Y HELENINA AL 1 POR 100)

Adoptadas y recomendadas por los Dispensarios Antituberculosos de Bilbao, Cataluña, Zaragoza, Coruña, Oviedo, San Sebastián, etc., y empleadas en el hospital clínico facultativo de Barcelona.

De venta en todas las farmacias de España.

Depósito general: E. SARRA, Ronda de San Pedro, 7, LA FLORIDA

RESERVADO
PARA LA CASA

H. Y V. ALVAREZ

IMPORTADORES
DE ACEROS

CONDE DE ARANDA, 11
M A D R I D



Todo aquel que
dedique su vi-
da à trabajos
delicados debe
usar lámpara

Z ARGON
TIPO $\frac{1}{2}$ VATIO
por su luz blan-
ca y suave



Fábrica en
BARCELONA
Córtes 397

Deposito en Madrid: Encarnación 12

LOS TIROLESES

HACE MEDIO SIGLO

EL TESTAMENTO DE ISABEL LA CATÓLICA

12 de Octubre de 1504.

La Reina Isabel I, sintiéndose morir, quiere hacer testamento.

Estamos en el venerable castillo de La Mota, en Medina del Campo; la Regia Cámara, es de gran sencillez; el sol de Otoño ilumina las vidrieras; graves rostros que revelan nobleza, modestia y virilidad,

medita y reconcentra sus recuerdos, porque va a dictar su testamento...

... Mientras las iglesias de Medina tocan a rogativas por la Reina.

¿Qué piensa la Reina, moribunda y sonriente, mientras se dispone a dictar al anciano notario, su última voluntad?



El 12 de Octubre de 1504, la Reina Isabel, sintiéndose morir, dicta su testamento, en el que «ruega e manda a sus sucesores, que no cesen de la conquista de Africa e de puñar por la fe contra los infieles».

contemplan a la señora con verdadero dolor; el notario, viste el pardo sayo, símbolo de la sencillez castellana...

Sólo Isabel sonríe, destacando su pálido perfil en la blancura del lecho; parece que es ella la que da su luz sobre Castilla y no el sol de Castilla la que la baña con sus reflejos.

Sonríen sus ojos azules, inteligentes y sinceros;

Sonríe a los felices días de su niñez, en Madrigal de las Altas Torres, la poética villa donde vió la luz primera; a los días trágicos de su infancia, pasados en la Corte turbulenta, que con sus luchas y parcialismos, salpican de sangre las gradas del Trono; a sus amores con Fernando, lance novelesco; la Princesa huída y el novio disfrazado; a las salvas nupciales hechas en las asonadas populares de Segovia;

a sus bodas, el 19 de Octubre de 1469, enlace que fué el primer sillar de la unidad nacional española; a la fecha de su proclamación como Reina—14 de Diciembre de 1474—en que se hizo fruto, la flor de su talento...

* * *

El sol de la nueva España brilla en todo su esplendor bajo su reinado.

Fomenta la industria; da un gran impulso al comercio; construye puentes y carreteras; crea la milicia de la Santa Hermandad, librando de malhechores los caminos; enfrena a la nobleza levantisca; toma la Jefatura de todas las Maestranzas y Ordenes Militares, vinculadas hasta entonces en familias aristocráticas; instituye las piadosas visitas de cárceles, y los abogados de los pobres, para que a nadie falte defensor en los juicios; crea la Guardia de Castilla, primer núcleo de los Ejércitos permanentes; señala al clero su verdadera misión—ella tan buena católica—apartándole de las intrigas cortesanas; da entrada en la gobernación del Estado a hombres del pueblo; conquista a Granada; incorpora a su corona Las Canarias y Melilla; confía a las Ciudades el sostener sus Ejércitos; ayuda a Cristóbal Colón a descubrir un mundo; y descubre ella a su vez, a una gran inteligencia al Gran Jiménez de Cisneros, que de modesto fraile, fué elevado a la más alta categoría del Reino...

Casi todas estas reformas fueron sometidas por la Reina a las Cortes de Toledo de 1480, calificadas por un escritor de «Cosa divina para reformatión y remedio de los desórdenes pasados».

* * *

Altiva con los grandes, era llaneza y dulzura con los humildes; entró en Granada con reluciente armadura, junto al Rey Fernando, entre el Cardenal Mendoza, y el Gran Capitán; su traza era modesta y vestía con gracia las sayas lugareñas; en una estancia de Palacio, regía una escuela de niños a los que enseñaba con maternal dulzura. Conocía el latín, el francés y el italiano, y en sus viajes la acompañaba una selecta biblioteca de treinta volúmenes...

... Y con tan alto ejemplo, no hubo arte de saber humano, que no floreciera.

Salamanca era entonces el emporio del saber: la meca intelectual.

* * *

El 26 de Noviembre de 1504 muere Isabel: la que fué a Granada al frente del Ejército sitiador, vuelve a Granada por voluntad expresa, en féretro que cortejan señores y aldeanos de toda España; se pueblan los caminos de procesiones, quedan desiertas las aldeas, lloran las campanas, y en Granada reposa la que venció a la media luna, vió surgir el sol de América y curó las heridas de España...

Quien así supo vivir, tenía que dejar en su Testamento, reflejada como en un espejo, toda la grandeza de su alma y su divina inspiración de Gobernante.

¡Qué sobriedad la del glorioso documento!: quiere—pide la Reina—*«una sepultura baxa que no tenga vulto alguno, salvo una losa baxa»*.

«Que ninguno vista jerga por mí, e que en las obsequias que se fixieren por mí, donde mi cuerpo estoviera las hagan llanamente sin demasías, e que no haya en el vulto gradas ni chapiteles, ni en la Iglesia entoldaduras de lutos, ni demasia de hachas e lo que se avia de gastar en luto, para las obsequias se convierta e de en vestuario a pobres...»

Pide que «nada se enajene de la corona: SOBRE TODO GIBRALTAR».

«Que de ninguna manera impidan a sus vasallos y colonos apelar de la justicia feudal y de sus decisiones, como venian haciéndolo ante las Chancillerías».

¡Qué prudente, que sabia, que humilde despedida de la vida!

Y en otro lugar del Testamento, dice:

«E ruego e mando a la princesa mi hija, y al príncipe su marido, que sean muy obedientes a los Mandamientos de la Santa Madre la Iglesia e protectores e defensores de ella como son obligados: E QUE NO CESEN DE LA CONQUISTA DE ÁFRICA E DE PUÑAR POR LA FE CONTRA LOS INFIELES».

* * *

Viril página de la Historia de España, que evocarla hoy, porque en tal día como hoy fué escrita, sugiere otras evocaciones, de no menor actualidad...





CUESTIONES NÁUTICAS

EL PORVENIR DE LOS SUBMARINOS



El submarino, como arma de guerra, ¿llegará a ser el primer elemento de combate naval?

¿Será posible acrecentar sus dimensiones, su poder, su velocidad, sus cualidades diversas hasta convertirle en árbitro de las luchas futuras, dueño de los mares?

Espíritus impacientes o demasiado optimistas afirman que la cuestión ya está resuelta. Pero son muchos los hombres de ciencia que no se dejan guiar por el impresionismo del momento, y creen, que si bien es posible introducir en el submarino reformas que le permitan desempeñar uno de los papeles más importantes en la acción naval, hace falta antes resolverle varios problemas esenciales mientras no disponga para navegar bajo el agua más que una máquina eléctrica, alimentada por acumuladores, será un elemento imperfecto, incapaz,

por consecuencia, de imponerse como dominador de los mares.

Dicho esto, es de gran interés conocer las ideas y estudios que se desarrollan en torno al asunto:

Un sabio alemán ha hecho público recientemente que había realizado—en teoría—un proyecto de submarino de 1.440 toneladas, en el que había llegado a obtener los siguientes perfeccionamientos:

Acorazamiento del puente y flancos y por consecuencia la protección de la artillería contra los aviones; dos torres con piezas de gran calibre; acorazamiento del puesto de maniobras y perfeccionamiento del mecanismo expulsor de los torpedos, para poder lanzarlos en todas direcciones.

A esto, agrega el referido sabio—M. Flamm, profesor alemán—que tenía igualmente preparado los

planos de un crucero submarino de 5.000 a 9.000 toneladas, ampliación del anterior proyecto: pero toda esperanza de realización es prematura, porque las experiencias no puede realizarlas, por oponerse los aliados a que Alemania realice construcciones submarinas...

El ingeniero Nava Francés Laubenf, autoridad de gran competencia, ha dicho también algo muy interesante sobre la navegación submarina.

El principal obstáculo para el desarrollo del submarino, como arma militar, reside en la inseguridad que tiene bajo el agua, donde su velocidad se

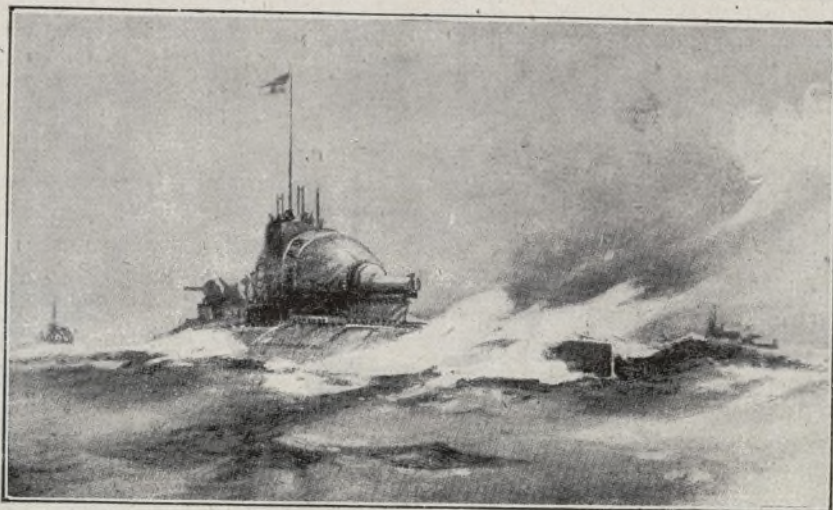
halla limitada a once nudos. El submarino inglés de tipo reciente, de 3.000 toneladas alcanza 23 nudos en superficie y nueve solamente bajo el agua.

El acorazamiento del puente y de los flancos, útil contra la artillería, no lo será contra las cargas de

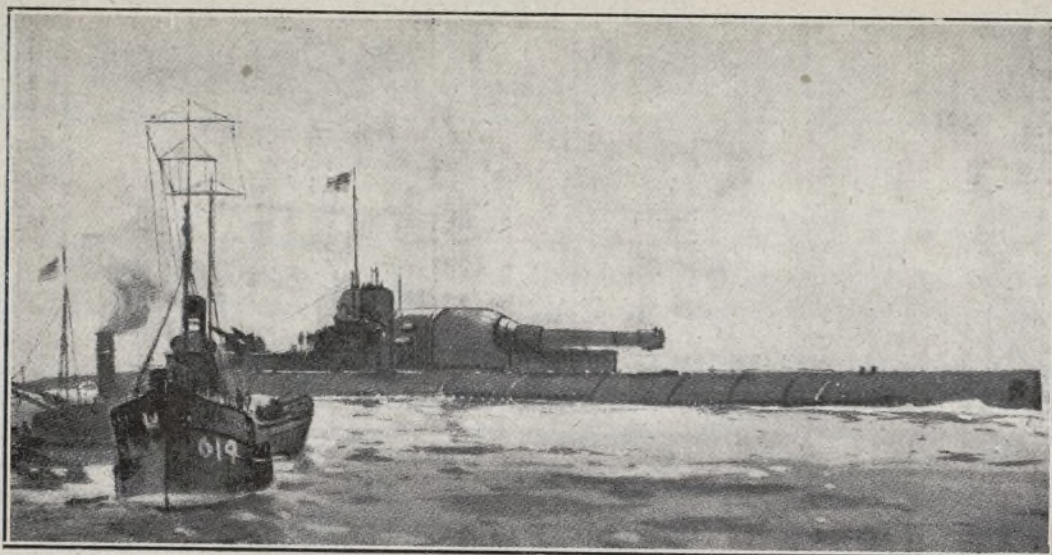
bombas de profundidad que ya se emplearon al fin de las hostilidades.

En lo que concierne a los cruceros submarinos de 5.000 a 9.000 toneladas, es preciso considerar que costaría muy caro, para un armamento necesariamente reducido. Además, la navegación bajo el agua para estos colosos sería imposible en el mar del Norte y en la Mancha, que no tienen los fondos suficientes para ocultar un submarino de diez a doce metros de diámetro. Se verían obligados a navegar en superficie o medio sumergidos, encontrándose sometidos a todos los peligros que esta situación reporta.

También se preocupan de este problema los hombres de ciencia italianos. El ingeniero Soliani ha dirigido hace algunos meses una comunicación a la Sociedad de Arquitectos navales, con un pro-



Proyecto alemán de un submarino acorazado de 9.000 toneladas con grandes cañones a proa y popa.



Proyecto del almirantazgo inglés de un submarino acorazado de 2.000 toneladas con un cañón de gran calibre a proa.

yecto de monitores semisumergibles, de velocidad en superficie de 18 a 20 nudos, capaces de resistir efectivamente tanto el ataque de minas y torpedos como el de proyectiles de artillería y bombas de dirigibles o aeroplanos.

Esta clase de barcos no llevará coraza en los flancos: la protección contra los proyectiles debe estar prevista por una capa de agua bajo la cual las partes elevadas del navío estarán ocultas. El navío del ingeniero Soliani se presentaría en combate, no mostrando sobre el agua más que dos torres con dos o tres piezas de 381 milímetros, una estrecha banda de puente en la que van las lanchas de salvamento, el blocau de la artillería ligera y antiaérea y el castillo.

El puente tiene una sólida protección impenetrable a proyectiles de toda clase. Las máquinas serían de combustión interna y la protección contra las minas se obtendría con el empleo de doble casco.

La semi-inmersión empleada solamente en combate, se obtiene introduciendo la cantidad de agua necesaria en depósitos situados a proa y a popa.

Algunas objeciones pueden hacerse a este proyecto: las condiciones defectuosas de aireación y habitabilidad y la dificultad de maniobra con mar gruesa.

Otras consideraciones interesantes sobre las construcciones navales del porvenir son las hechas por el director de los talleres Vickers.

Hablando de los submarinos, el ingeniero inglés ha dicho: «ningún progreso parece posible en las cualidades del submarino en navegación normal

sin un sacrificio de estas mismas cualidades en sumersión.»

Un desplazamiento de 5.400 toneladas, necesarias para llegar a la velocidad de 30 nudos, necesitaría una longitud de 150 metros y un calado de siete metros y este submarino no podría llevar más que un cañón de 14 centímetros y uno de 75 milímetros, con seis tubos lanza-torpedos. La velocidad en sumersión no podía pasar aproximadamente de siete nudos y medio. Las dificultades tácticas de maniobra de un barco de estas dimensiones sería para el capitán una continua preocupación. Tanto es así que los submarinos ingleses de cuatro metros y ochenta centímetros de calado son ya de maniobra difícil en pocas profundidades y originaron tan numerosos accidentes que prácticamente están retirados del servicio.

En resumen de todas estas consideraciones sobre la eficacia en combate de tales grandes submarinos en proyecto, sobre sus dimensiones y armamento, nos inclinan a creer que el más experto ingeniero naval dudaría mucho antes de asumir la responsabilidad de aconsejar su construcción: y existe un caso elocuente que corrobora las afirmaciones de los que creen que no ha sonado aún la hora de que el submarino sea el árbitro de los mares, y es: que tres grandes potencias marítimas, que aspiran a dominar en el Océano—Estados Unidos, Inglaterra y el Japón—, construyen a más y mejor grandes y poderosos navíos acorazados y sólo dejan al submarino el papel de valiosos auxiliares, eso sí; pero sin confiar en que ellos sean los que decidan las victorias y les conquisten la supremacía naval.

RECUERDOS DE ANTAÑO

LA GENTE DEL TERCIO VIEJO

RELACIÓN DE D. ANDRÉS MELLADO

I

Campamento de la Colonna en la Campaña el día 20 de Agosto del año 1557.—En el ala izquierda, hacia Frascati y Ciampino, las coronelías de Vespasiano Gonzaga y los hombres de armas de Marco Antonio Colonna: los regimientos alemanes del Barón de Feltz acampan a la derecha, hacia el lago de Castiglione, y dominan, con buen golpe de artillería, todas las avenidas del camino de Tívoli, donde está acantonada la vanguardia del ejército del Duque de Guixa. Mil arcabuceros castellanos forman emboscada en los pasos estratégicos que pueden servir de comunicación entre Roma y el campamento francés.

Los soldados de los tercios castellanos que ocupan las primeras líneas en las avanzadas, observan en reposo las evoluciones de dos compañías que hacen una exploración hacia la *Porta Máxima*. Diferentes grupos

comentan las noticias del día. Herrueruelos, hombres de armas y reclutas acuden a hablar con los veteranos del tercio viejo. Unos juegan; algunos, a otra parte, cantan; otros limpian sus armas hasta dejarlas relucientes.

Se oye hacia Roma fuego de arcabuz.

El alférez Santibáñez (mirando con la mano puesta en forma de antejo). — ¡Bien se bate el cobre por allá! ¡Par Dios que la mitad de ese plomo cae ya dentro de las trincheras de San Sebastián! ¡Otra rociada! ¡Brava cosa! ¡Y cómo

se explican los arcabuces españoles! Cantan que encantan.

Un recluta. — Y ¿desde aquí alcanza vuesa merced a distinguir por el sonido el arcabuzazo nuestro y el del enemigo?

Alférez. — Par Dios, muchacho, desde aquí y desde cien mil leguas: el arcabuz enemigo gruñe, el nuestro truena: el tiro de ellos estalla como un ronquido de rabia, mezcla de miedo y de traición; el arcabuzazo castellano retumba redondo como un voto a Dios y va matando por el camino.

Recluta (rascándose la oreja y con aire socarrón). Y ¿eso consiste... en la calidad de la pólvora?

Alférez. — Eso consiste ¡voto a los doce apóstoles de la Goleta! en el corazón del arcabucero.

Un piquero italiano. — Scussi, signor luogotenente, ¿chi combatte lá lontano?

Alférez. — ¿Chi combatte? ¡Corpo di Baco! ¿Quién pelea aquí siempre en los sitios de peligro y en recias escaramuzas? Los pobres castellanos, i vecchi spagnuoli, señor mochilero. Escuche, escuche un poco y oirá con cuánto brío los capitanes Palacio y Mosquera están llamando en Puerta Mayor, avisando con toda cortesía nuestra visita de mañana o pasado, a vuestros camaradas y conmlitones, que no han parado de correr desde el sitio de Civitella. (El italiano se hace el distraído y desfila hacia otro grupo).

Alférez. — ¡Mala peste! Míralo, míralo cómo escapa. Aunque se ha rapado la barba no se me despinta; en el paso del Tronto desertó del Marqués de Montebello y se pasó a Gonzaga; pero yo no trago la felonía, que aunque la traición place, al traidor se aborrece. (Siguen los disparos). ¡Cómo aprietan los de la manga! ¿Y qué dira *monsiur* Guisa cuando en sus barbas le tomemos a Roma? ¿Si creerá que su amo el cristianísimo lo ha mandado a Italia para dar fe de nuestras victorias?

En un corro de veteranos.

Pero Guillén. — ¿Quién piensa en las Indias? ¡Las Indias están ahí! (señalando a Roma). — Ahí se encuentra todo a la mano, todo sin pasar la mar: los palacios rebosan en ricos metales ya labrados y en piedras preciosas que centellean como luceros, engarzadas en collares y cadenas; las perlas y los rubíes no andan sueltos, sino a millares en apretadas sartas. El oro y la plata abundan, no como filón de



mina, vestidos de guijarros, sino redondos, limpios y con cuño de buena ley, o con lindo donaire cincelados en copas y primores por mano de algún nombrado artífice, que añade valor al mismo oro de la Arabia. ¿Y las mujeres? ¿Dónde váis a poner hermosuras al lado de las romanas? Para mujeres, después de Sevilla, Venecia; al lado de Venecia, Roma. ¡Que hable el viejo furriel, que estuvo en el saco con el Condestable! Diga voacé, señor gentil-hombre, ¿son embelecós y bernardinás lo que nos cuentan de Roma las historias, o dicen la verdad pura y neta?

El furriel Gutiérrez (haciendo un gesto de impaciencia).—¡Cargue el diablo con tu charla y quien te mete a garlar lo que no te va ni te viene! ¡Pecador de mí, por fiar secreto a quien tiene clarín en vez de lengua!

Pero Guillén.—¿Y qué daño puede venirle de que sepa esta honrada compañía que voacé fué sobre Roma con el ejército del Emperador? ¡Miren qué secreto de Estado! Contra un Papa guerreaba entonces España: ¿peleamos ahora contra el Gran Turco? No, sino contra otro Papa más viejo, más descomulgado y más enemigo de S. M. Católica.

Gutiérrez.—Cepos quedos, hermano; no hay que ofender a Dios blasfemando del Padre Santo, que, al cabo y a la postre, es el Vicario de Cristo en la tierra. Ni cuando el Condestable ni ahora va la guerra contra Su Beatitud; y soy cristiano viejo para dar que reír al diablo cayendo en herejía a mis años. Defendemos a España y al Reino contra el francés y contra los Carrafas, y contra todo lo que hay en Roma, pero del Papa abajo.

Guillén.—¡Válate Dios por los melindres de su merced, que entró en el asalto de antaño desnudo y hambriento, y salió con cadenas de oro para amarrar una galeota, y con escudos para fundir una media culebrina de oro! El Papa ¿no es Carrafa? ¿No está en contra del Rey nuestro amo? ¿No busca la alianza del turco? Pues está contra la cristiandad, y nosotros hemos de acabarlo y destruirlo, porque si el Padre Santo se ha hecho francés, Dios, que puede más, es español, y español neto.

Varios hombres de armas.—¡Vitor, vitor! ¡Dios es español, y Roma nuestra!

Furriel.—Quítense de delante, hi de...; si así habla Castilla ¿qué se deja para los tudescos? La gente moza no vale ya sus orejas llenas de agua. Nosotros, los soldados del Emperador, hemos peleado siempre debajo de las banderas de la fe y de la Santa Madre Iglesia. Mi compañía saqueó a Roma, es verdad; pero rogamos por el Papa, y defendimos los templos y a los clérigos y a los religiosos de las profanaciones de los tudescos. Ellos

y los franceses fueron los que mancharon aquella hazaña tan grande, que no la recuerdan igual las historias. El Padre Santo nos absolvió; y chicos y grandes saben hacer distinciones de lo que hizo el español en el saco y lo que hizo la soldadesca de las naciones. ¡Oh! ¡Si en vez de quedar mandando el Príncipe Dorange nos hubiera vivido el Condestable!...

(Varios piqueros y hombres de armas se han ido acercando al grupo y escuchan con curiosidad).

El paje del capitán Godoy (ofreciendo la bota de vino al furriel Gutiérrez).—¡Voto a San Diego matamoros! Compadre, dejaos de requilorios y retóricas, refrescad un poco el gaznate y venga liso y morondo el relato de lo que os pasó en el asalto y cuenla de las maravillas que allá se encierran; que así como así, se me barrunta que mañana, si no antes de que amanezca Dios, vamos a visitar a los sobrinos del Papa en el mismo castillo de Santángel.

Furriel.—¡Qué me place! (Bebe, y después de chascar la lengua con satisfacción, prosigue hablando muy reposadamente).—Mejor lo beberemos en las bodegas romanas; pero entretanto, no viene mal este Castilnuevo, que se arrima bien al corazón y humea un poco para el cerebro; y noten vuesas mercedes cómo el vino demuestra la calidad de los bebedores, porque con el vino el tudesco se amodorra, el italiano se emborracha; sólo el español se alegra y enardece.

El paje y varios soldados.—¡La historia, la historia del saco!

Furriel.—Habíamos salido de Milán con el Condestable (que santa gloria haya) obra de quince mil hombres entre tudescos, franceses y españoles: todos gente de cuidado y de empuje. Los venecianos y pontificios hicieron campo hasta de cincuenta mil; pero cuando traspusimos los Alpes de Bolonia, nos tomaron dos jornadas de delantera para aguardarnos en sitio ventajoso.

«Más apriesa caminaba el miedo: mandónos el Papa al signor de Fieramosca, ofreciendo pagas, y aun el Visorrey vino de oculto, para persuadirnos de retornar. Hizo demostración nuestro tercio el primero: «los españoles, dijo un viejo de las Asturias de Oviedo; rodeamos la tierra como el sol, siempre de cara, y no sabemos lo que es volver la espalda». Todos lo aclamaron: esta fué la voz: «mejor vamos a Florencia y a Roma comiendo hierbas, que regalarnos de vuelta en el ducado con capones y perdices». El Marqués del Vasto no consintió en seguirnos y tomó la vuelta de Ferrara. El Condestable, que era padre de los soldados y el hombre más bendito que había en la cristiandad, holgóse mucho de nuestro buen deseo y redujose al ayuno



Saqueo de Roma por las tropas del Condestable de Borbón, el 1527. (Cuadro de Américo.)

y ruindad de vituallas. Y cuenta que el año fué perverso; el hambre nos roía las tripas, andábamos rotos, desnudos y pereciendo de necesidad: en cinco meses no tuvimos más paga que un escudo de socorro que el Geenal nos dió de su bolsa».

Guillén.—¿Y no hubo ni una demostración de motín en la campaña?

Furriel.—Una vez sólo quisieron motín los hombres de armas borboneses; pero Castilla y Aragón ¿cómo? los tercios no se levantan nunca por las pagas, sino después de vencer al enemigo: en algo nos hemos de distinguir de las naciones, que si no cobran no quieren pelear.

El paje.—Fuera interrupción y siga la historia.

Furriel.—Amenazamos caer sobre Florencia y alzamos el campo como si camináramos contra el Duque de Urbino; mas cuando éste se atrincheraba y apercibía para la batalla, en una noche nos corrimos para Roma, y al despertar los venecianos y los del Papa, teníamos dos jornadas por delante. A 5 de Mayo, diez y siete días antes de que naciera el Rey nuestro amo (que Dios guarde), acampamos en el sitio que llaman Viña del Papa, a una legua de Roma. (Crece la curiosidad en el corro: se aprietan unos a otros para oír mejor). Yo era mozo, muy mozo, pero me parece que fué ayer: tan a la vista tengo aquellas jornadas. Pedíamos posada y negá-

ronla los romanos a gente tan menesterosa como nosotros; la tomamos haciéndolos misericordiosos por la fuerza; y aquella noche misma, con pérdida de ochenta hombres, nos entramos en el burgo de San Pedro, no sin llanto y dolor, pero tampoco sin venganza. ¡Y cuánta niebla hizo aquella mañana! Nuestro general, el Condestable, el más valiente y el más santo capitán de la tierra (mejorando al señor Duque de Alba), cayó con herida mortal en el asalto. Peleamos esotro día y nos tomó la noche dueños de Roma, sin jefe, sin concierto: tantos capitanes como soldados: nadie daba órdenes, nadie las recibía, aunque las dieran: aquel regimiento tudesco atrincherándose en un barrio, esta coronelía asentando su imperio en otra porción de la ciudad, y las compañías españolas gobernándose por sí mismas y repartíéndose el centro de la misma Roma. La noche era oscura pero se veía claro como ahora: los franceses y los tudescos tienen en costumbre prender fuego a las casas cuando les ponne resistencia, y luego los muy ruines hi de... echan la culpa de sus estragos al vecino y al prójimo.

»Caminábamos perdidos por las calles, y juramos de no separarnos catorce que nos juntamos de la misma compañía, nombrando un elegido hasta que dimos luego con el capitán. Grande noche pasamos y grandes días, porque en una semana entera fui-

mos el agasajo y el orgullo de las casas donde alojamos; nada de violencias ni atropellos. «Somos gente de paz, decíamos, no hay que temer: los hidalgos españoles ni roban ni matan; aquí venimos a prestar a vuestas mercedes guarda y defensa contra los facinerosos y robadores».

«¿Qué mucho que en premio de tan buenos servicios nos dieran sus más ricas telas y brocados, para cubrir nuestra desnudez? ¿Con qué menos nos habían de obsequiar que con sus joyas y preseas, y dejar a merced nuestra el oro y la plata, tan expuestos en tales casos? Ahora sí, que cuando algunos eran tan avarientos y mal nacidos que a nuestra hidalga conducta respondían escondiéndolo todo y negándonos el agua y el fuego, solíamos aplicarles sendos tratos de cuerda, o si eran contumaces, les dábamos un garrote para escarmiento de ingratos y malandrines».

El paje. — Bien hecho: a fe mía, que en eso erais más justicieros que vengativos, que a quien te da la gallina entera no le has de negar una pata de ella.

Furriel.—A esotro día, nuestra primera obra fué pagar unas misas en acción de gracias por nuestro buen suceso y por las ánimas de los difuntos. Entonces supimos las maldades que cometían a toda hora los tudescos, sin vergüenza ni religión, contra Dios y la Santa Iglesia. Estos tudescos de Frundesburgo tienen de cristianos no más allá de la cáscara; por de dentro son tan herejes y descomulgados como Lutero y Calvino; así sus obras. El furor se nos esparcía por las entrañas; pero éramos pocos, rodeados de enemigos, y lo mejor de los soldados del Papa daba presidio a Santángel, defendiéndose bien. No hubo sino dejar correr, y en cuanto tuvimos capitanes, el tercio se

rehizo, defendimos templos y pusimos en pretina a más de cincuenta y más de cien herejes que paseaban en burro con mitras obispales y hacían escarnio de la santa misa. Pagamos justos por pecadores, y la voz del pueblo que contra tudescos y gabachos dió justa sentencia, al extenderla a nosotros hizo calumnia; pero Su Divina Majestad sabe allá arriba que ni de pensamiento, ni de obra, tracé nada que fuera en su deservicio.»

Guillén.—¡Miren el taimado cómo se guarda para

su colete el punto más sustancial de su cuento! Voto a... que están muy en su lugar las cuitas, pero acá holgáramos de saber las ganancias que sacó el señor gentilhomme de tan buenos oficios y no menudos trabajos.

Furriel. — Harto explica ese olvido esta mi pobreza presente y mi ruindad, que no hay mayor pesadumbre para el náufrago que hablar de las riquezas que se le tragaron las olas. Rico salí de Roma, y por mi mal; sortijas y cadenas de mucha codicia guardaba que no las tiene un príncipe, la escarcela saqué llena de dineros y la cabeza de humos y de presunción. Dejé las armas por la holganza y dí en

galán y cortesano. Al cabo de treinta años vuelvo hoy sobre Roma con menos vida, pero no con menos pobreza; de mi prosperidad antigua den cuenta las busconas y los pícaros de Valladolid y de Sevilla que el diablo lleve: de lo demás, mi mezquina suerte, que me trae con el agua tan por encima de la boca que sólo en un segundo saco, si a Dios place, puedo hallar remedio.

II

El Duque-Capitán.

Sobre una eminencia alejada del camino, y junto



El Duque de Alba ante la Ciudad Eterna.

a las ruinas de un antiguo cementerio de pastores, detuvo el caballo el Duque de Alba y dirigió hacia el Norte aquella su terrible mirada fría y centelleante cual hoja de acero toledano. En medio de la campiña desierta y muda, como altar de la muerte, se levantaba envuelta en aureola de luz la Ciudad Eterna. Hacía muchas noches que Roma se agitaba en el insomnio, y para ahuyentar las visiones pavorosas de las tinieblas, llenaba sus calles de luces y sus ventanas de candilejas: así al lejos creeríase un pueblo entregado al regocijo de las fiestas. Pero aquellos resplandores eran las luminarias del espanto, y en aquel tétrico silencio, en aquellas horas de suma incertidumbre y suprema angustia, Roma semejaba la capilla ardiente de la soberanía del Papa.

Segunda vez en menos de un año llegaba el Duque a tener en sus manos la capital del mundo. Ya en el mes de Noviembre del 56, y tras una campaña sangrienta y titánica hecha con un puñado de valientes, había señoreado todas las tierras del Papa. Y cuando Roma temblaba al oír el galope de los audaces exploradores, que llegaban hasta los suburbios, el Duque otorgó al ejército pontificio tregua de diez días; después, a nueva petición del Papa, le concedió otros cuarenta, tomando la vuelta del Reino de Nápoles.

Aquel ejército de leones, hambriento de saqueo y sediento de gloria, fascinado por la leyenda seductora sobre el botín de la soldadesca del Condestable, habían devorado su fiebre de combate y renunciado a la victoria cierta sin más que la sencilla orden de retirada que le dió su General. ¿Cómo agradeció el Papa la magnanimidad del Capitán español? Llamó al francés, concitó los pueblos contra el Rey católico, abrió sus arcas y sus Estados al ejército de Guisa, arrebató, con la nueva alianza, una por una las plazas ganadas por el Duque de Alba y empujó, por último, las huestes coligadas a invadir y conquistar el Reino de Nápoles.

En dos meses, sin empeñar una sola batalla campal, volvía el Duque a ser árbitro y dueño de Roma. Pasando los Abruzzos, había flanqueado el ejército francés sobre Civitella, obligóle a repasar el Tronto, y haciendo siempre insostenibles las posiciones del enemigo, lo redujo a marchar en retirada hasta llevarlo a Macerata y Tívoli, y cortó sus comunicaciones con el Papa.

Pero aquel iracundo teatino que se llamaba Paulo IV, aquel manojo de nervios envuelto en un cuero apergaminado por los ochenta y un años, más se indignaba con la generosidad española que con los desmanes de la invasión en sus pueblos y ciudades. En los calabozos del castillo tenía, contra

todo derecho de gentes, al Embajador de España, Marqués de Sarriá; al Enviado del Emperador, Garci Laso de la Vega, y al Gran Maestre de Postas, Juan Antonio de Tassis; a este último había osado dar tormento. Inútiles las súplicas, vanos los ruegos demandando paz honrosa, Paulo IV era hombre para pactar con el infierno si el diablo hubiera podido entonces pelear con ventaja contra las armas españolas.

No, no podía el Duque reconocer al Vicario de Cristo en aquel lobo vestido de pastor, enemigo del Rey y de la patria de los católicos, El gran teólogo de Salamanca lo había dicho: «Cuando el Papa se viste el arnés, desnúdase la casulla; cuando se pone la cimera, encubre la tiara». Era preciso terminar, y ya en las sombras de la noche avanzaban lentamente los tercios, que en la blanquecina claridad de Roma veían el faro de la victoria.

¡Roma! Allá, como la víctima expiatoria de las ambiciones mundanas del Pontífice, se extendía sobre las siete colinas, con su historia prestigiosa, con sus ruinas y sepulcros, con sus templos y palacios, con sus grandezas y sus crímenes, ante D. Fernando Alvarez de Toledo, supremo juez a quien la Providencia entregaba entonces los destinos de la Ciudad Eterna.

El hombre y la ciudad estaban frente a frente; dos ideas, dos razas, dos fanatismos: la Iglesia y el Estado, el Rey y el Papa; la espada y el solideo; y en aquellos instantes de suprema crisis, cuando en la balanza del destino se pesaba la suerte de los pueblos y la marcha de la historia, la voluntad de aquel hombre libre, dueño de sí mismo, estaba por encima del destino y de los hechos. Una orden de sus labios podía salvar o perder a Roma y el reino del Papa; podía elegir entre Atila y Alarico; aunque su retirada sería más inexplicable que la del rey hunno, porque al bárbaro le imploró un Pontífice, y al católico lo retaba el sumo sacerdote.

Se aproximaba la hora de la llegada de las tropas; densas nubes empujadas por el viento de la costa empezaron a encapotar el cielo; algunas gruesas gotas, precursoras de la tempestad, cayeron sobre los sedientos campos. A lo lejos relampagueaba.

A veces la ciudad de los Césares y de los Pontífices, cercada de aquella atmósfera de luz, se le representaba como el inmenso cadáver de cien generaciones envuelto en un sudario transparente, en cuya penumbra luchaban tinieblas de remordimiento y rayos clarísimos de gloria. En medio se destacaban las cúpulas y las torres de los templos, gigantes sombríos que, como fantasmas de los pasados siglos, levantaban hacia el cielo los brazos de sus cruces y los clamores lúgubres de las campanas

protestando contra el invasor. Cuando el alma de aquellos despojos, cuando la tradición y la fe, que encarnaban en aquella ciudad, se desprendieran de la tierra, ¿dónde estaría el norte de la cristiandad? ¿Dónde el centro de las conciencias?... Al herir al Rey de Roma, ¿era posible no tocar al ungido de Dios?

Llegó la hora señalada: volvió el Duque la vista a su derecha y vió avanzar el tercio viejo de Mardónés en la vanguardia. Diríase que era visión fantástica de un calenturiento: ni una voz, ni un murmullo, ni siquiera se dejaba oír el eco de los pasos. Caminaban con todas las precauciones del veterano acostumbrado a sorprender: iban envueltos en camisas blancas para conocerse en las sombras; y al ver aquella extraña legión destacarse en las tinieblas y marchando como si sus plantas no tocaran en la tierra, algún devoto ermitaño, que luego lo contó, tuvo siempre por cierto que no fueron soldados vivos los que iban al asalto, sino las almas condenadas de los saqueadores del año 27, que dirigía el espectro del Duque de Borbón en persona.

Poco espacio faltaba para que llegara la vanguardia al sitio donde había quedado el Consejo de los Maestres de campo, y en aquellos breves minutos una punzante duda abrasó la frente del terrible caudillo.

Vaciló.

¿Qué pensamientos, qué ideas fueron bastantes a quebrantar aquel ánimo, donde toda resolución tenía fuerza de dogma? ¿Qué previsiones y alarmas alteraron aquel fortísimo espíritu hasta hacerlo titubear? ¿Qué tempestad estalló en aquel corazón, que parecía de acero, y en aquella inteligencia exacta como un axioma matemático? ¿Fue el pasado? ¿Fue el porvenir? ¿La fe o la razón, la política o la religión? ¡Qué abismos, qué grandeza en aquel minuto de duda!

El Duque puso un instante su mente en el Dios de sus padres y de su fe, y oró.

Volviendo después sereno la faz a la ciudad, exclamó desde lo íntimo de su conciencia:—«Cuando los reyes de la tierra peligren, tú serás cimiento de los tronos: cuando los ejércitos falten a las monarquías, tú enseñarás obediencia a los vasallos: ¡Oh Roma, vive y reina!»

Y espoleando su caballo, se lanzó al galope al encuentro de las tropas.

En aquel momento llegaban postas del campamento del Rey D. Felipe II anunciando a su Vicario en Italia, el Duque de Alba, la victoria de San Quintín.

CÓMO RECIBE UN PUEBLO VIRIL LA DECLARACIÓN DE GUERRA

Cuenta un periodista que por aquellas fechas se hallaba en Alemania, que el día primero de Agosto de 1914, por la mañana, era imposible presumir, viendo el aspecto de Berlín o de cualquier otra ciudad del Imperio, que pocas horas después Alemania estaría en pie de guerra.

Las gentes dirigíanse a sus oficinas o talleres, afectando ignorar o no preocuparse de la grave conflagración que amenazaba.

En los periódicos y en las conversaciones hablábase si nrodeos de la probabilidad de que el conflicto se agravase súbitamente, pero como que no había llegado todavía el caso, nadie creía que fuese preciso distraer al trabajo habitual, tiempo y atención.

Al mediodía, la orden de movilización ya se había decretado.

En las esquinas de las calles, en las carteleras de anuncios y en las puertas de restaurants, cafés y cervecerías, aparecieron los bandos llamando a las armas.

Los berlineses los leían con aspecto de satisfacción; hacían un comentario patriótico y continuaban su camino como si la orden no rezase con ellos.

La vida comercial no sufrió aquella tarde la menor interrupción, nadie faltó a su trabajo. La movilización comenzaba a las doce de la noche, y había tiempo para terminar la cotidiana labor, despedirse de la familia, brindar con los amigos por la salud del Kaiser y acudir uniformados al punto señalado para la concentración.

A las doce de la noche comenzó la movilización, suspendiéndose los horarios civiles de los trenes y comenzando a funcionar los horarios militares. Cada diez minutos salía de la estación central un tren lleno de soldados.

El Estado Mayor tenía previstas admirablemente todas las contingencias, y no se registró el menor entorpecimiento; había combinado las salidas de los trenes para las distintas fronteras en tal forma, que a la mañana siguiente circulaban por la red ferroviaria del Imperio más de mil trenes conduciendo soldados.

A las doce de la noche del día 6, al cumplirse los cinco días justos de haberse iniciado la movilización, Alemania había formado ya sus ejércitos completos, en las fronteras.

TRADICIONES AMERICANAS

LAS HECHAS Y POR HACER

Andaba Francisco de Carbajal en persecución del Capitán Diego Centeno, y cogiendo prisioneros a los rezagados que éste, en su precipitada fuga hacia Quilca, iba dejando.

Una mañana trajéronle sus exploradores dos de los soldados de Centeno.

Era el uno hombre de marcial y noble aspecto, y el otro, reverso de la medalla, mellado de un ojo y lisiado de una pierna, parecíase a Sancho Panza en lo ruin de la figura.

Carbajal procedía siempre sumariamente con los prisioneros. Un par de preguntas, y lo demás era tarea del verdugo.

En esta ocasión empezó el *Demonio de los Andes* por interrogar al hidalgo y terminó por sentenciarlo. El prisionero, sin revelar una debilidad indigna, protestó con estas palabras.

—Guárdeme Dios, señor Carbajal, de una felonía, y no me dice la conciencia que la haya cometido para merecer la muerte a que vuesenoría me condena. En estas guerras de españoles contra españoles empecé sirviendo al rey, sin cambiar nunca de bandera.

—Entiendo, contestó Carbajal con su habitual ironía, que vuesamerced

quiere dejar a sus herederos una ejecutoria limpia, y sepa que lo ahorco por hacerle favor, pues siendo vuesamerced tan leal servidor de su majestad, el rey habrá de reconocerlo así y premiará en los hijos el mérito del padre. Desengañese que, muriendo, hace buena obra en provecho de los suyos y que de agradecérsela han. Conque así, siga a este hombre, rece un credo *cimarrón* y déjese matar sin hacer ascos.

Volviéndose luego al otro soldado, le preguntó:

—¿Cómo te llamas, abejorro?

—Cosme Hurtado, para servir a Dios y a vuesenoría, contestó el de la ruin estampa.

Carbajal, al oír el apellido, soltó una estrepitosa carcajada, y dijo:

—¡Hurtado! ¡Hurtado! ¡Por el alma del Condestable! Vaya un posma que no le vi más feo en cuanto de la cristiandad tengo visto! Nómbrase *hurtado* y no es bueno ni para *hallado*. Y luego continuó:

—¿Cuál es tu oficio?

—Curandero.

—Cierto que, por la facha, eres más sucio que un emplasto entre anca y anca. ¿Y a muhos curas?

—Cúralos Dios, que no yo.

—Agudo eres, bribón, y eso te salva, que siempre gusté de hombres despiertos. Tómate a mi servicio para que cures las caballerías de mi escuadrón, y ten presente que te perdono las hechas y por hacer.

—Vengo en ello, que vuesenoría me cautiva con su generosidad perdonándome *las hechas y por hacer*, recalcó el homólogo de Sancho.

Corriendo los meses, volvió Centeno a tomar la ofensiva y se presentó en Haurina con más de mil hombres aparejados para la batalla. Carbajal,

cuyas fuerzas no excedían de la mitad, se dispuso también para el combate, confiando, no en el número, sino en la mejor disciplina y armamento de los suyos.

A pesar de las precauciones que el aguerrido maestre de campo adoptara, no pudo impedir que algunos descontentos se fugasen, la víspera de la batalla, al campo enemigo; y entre ellos encontróse Cosme Hurtado, antiguo soldado de Centeno.

Comprometida la batalla, Carbajal dió a sus dos-



cientos arcabuceros esta voz de mando (que literalmente copiamos de varios cronistas):

—Hijos míos, no apurarse en hacer fuego, gastando en balde pólvora y plomo y puntería a los c... s.

Y tan acertada fué la orden, que a la primera descarga quedaron fuera de combate ochenta realistas, y el pánico se apoderó de sus filas.

Perdida, pues, por Centeno la batalla, cayó nuevamente prisionero el albéitar Cosme Hurtado. Cuando lo llevaron a presencia de Carbajal, éste lo cogió de una oreja, diciéndole:

—¡Hola pícaro! Hoy te ahorco.

—No puede ser, señor don Francisco; que vueseñoría es hombre de palabra y empeñada la tiene para dejarme con vida, contestó con desparpajo el prisionero.

—¡Mientes por mitad de la barba, belitre!

—Sean jueces estos caballeros. Vueseñoría me

dijo un día en público, y testificarlo han más de ciento, que me perdonaba *las hechas* y POR HACER. Ahora, si vueseñoría quiere olvidarlo, ahórqueme enhorabuena, que mala será para su fama, sobre la que echará el feo borrón de no haber honrado su palabra.

—¡Miren por dónde se apea el bellaco!, murmuró Carbajal. Y lo peor es que dice cierto, y que resguardo tiene en mi palabra de caballero.

Y el *Demonio de los Andes*, recelando que Hurtado tuviera en el estuche *por hacer*, lo puso en libertad, permitiéndole que fuera a unirse con los realistas que, al mando del licenciado La Gasca, se aproximaban ya a Andahuaylas.

Los españoles de aquellos tiempos, por depravados y descreídos que fuesen, llevaban hasta la exageración el cumplimiento de la palabra empeñada. Por esto se inventó, tal vez, el refrán que dice: «Al toro por las astas y al hombre por la palabra.»

RESURREXIT

*Abatida por el peso de centurias de heroísmo,
en su lecho legendario yace herida nuestra España;
la aureola del martirio resplandece
en su frente de laureles coronada.*

*Los injustos sufrimientos, las inmensas amar-
[guras,
más aumentan su belleza sobrehumana,
y sus manos imperiales se estremecen
con fiereza sobre el puño de la espada.*

*¡Acercáos, ¡oh!, naciones desbordantes de energía,
agrupadas en la tierra americana!
rosas frescas y fragantes
del rosal viejo y alivo de la Raza;
hijas bellas y radiantes, de una madre incompara-
[ble,*

*que orgullosa de vosotras con su dulce voz os llama
a fundir en un abrazo prodigioso
para siempre con la suya vuestras almas.*

*Esa sangre que se escapa de sus venas
a otros pueblos servirá de nueva savia,
al igual que en otro tiempo,
derramándola a torrentes, escribió en tierras leja-
[nas*

*la epopeya que empezó en las carabelas,
con el grito de Rodrigo de Triana...*

*Acercáos: es la madre cuya vida
tantas veces a la nuestra fué inolada,
verid todas a los brazos maternales que os esperan,
¡inclináos, amorosas, a besar sus manos santas!*

*Son sus senos los que os dieron la existencia,
y sus brazos sostuvieron vuestra infancia;
de sus ojos luminosos,
aprendieron vuestros ojos la mirada;
la mirada retadora
que ante nada se extremece ni ante nadie se aco-
[borda.*

*que orgullosa desafia al poderoso,
¡y al volverse al enemigo se convierte en llamada!*

*Ella abrió ante nuestros ojos
los inmensos horizontes que su mente imaginara,
horizontes infinitos
de progreso y de esperanza.*

*Ella, en fin, llevó después a vuestros labios
el tesoro inagotable de su lengua soberana,
¡y en nuestra apagada frente hizo aparecer la idea
como un sol centelleante que surgiera de la nada!*

*Mas, mirad como en sus ojos aparece un nuevo
[rayo,*

*pero ved cómo, a lo lejos, una aurora se levanta
y en su lecho ensangrentado
ya se esfuerza por erguirse nuestra España.*

*¡Resurrexit!, ¡nuestra madre resucita!
¡esa madre inolvidable... tantas veces olvidada!*

*Acercáos, ofrecedla nuestro amor en homenaje,
y que brillen vuestros ojos con el brío de la Raza
siempre joven, siempre fuerte,
cuyo impulso se despierta en nuestra Patria.*

*Que la aurora triunfe al cabo,
elevando en el espacio aluluyas de esperanza;
y veréis el sol radiante
estallar en resplandores en su frente inmaculada.*

*Y de nuevo entre el clamor indescriptible
de la Europa estremecida y asombrada,
¡como el Fénix legendario,
surgirá de sus cenizas nuestra España!*

PILAR ZAMORA

12 Octubre.



El Monte de las Animas ::

POR GUSTAVO A. BECQUER

La noche de difuntos me despertó a no sé qué hora el doble de las campanas; su tañido monótono y eterno me trajo a las mientes esta tradición que oí hace poco en Soria.

Intenté dormir de nuevo; ¡imposible! Una vez aguijoneada, la imaginación es un caballo que se desboca y al que no sirve tirarle de la rienda. Por pasar el rato me decidí a escribirla, como en efecto lo hice.

Yo la oí en el mismo lugar en que acaeció, y la he escrito volviendo algunas veces la cabeza con miedo cuando sentía crujir los cristales de mi balcón, estremecidos por el aire frío de la noche.

Sea de ello lo que quiera, *ahí va*, como el caballo de copas.

I

—Atad los perros; haced la señal con las trompas para que se reúnan los cazadores, y demos la vuelta a la ciudad. La noche se acerca, es día de Todos los Santos y estamos en el Monte de las Animas.

—¡Tan pronto!

—A ser otro día, no dejara yo de concluir con ese rebaño de lobos que las nieves del Moncayo han arrojado de sus madrigueras; pero hoy es imposible. Dentro de poco sonará la oración en los Templarios, y las ánimas de los difuntos comenzarán a tañer su campana en la capilla del monte.

—¡En esa capilla ruinosa! ¡Bah! ¿Quieres asustarme?

—No, hermosa prima; tú ignoras cuanto sucede

en este país, porque aun no hace un año que has venido a él desde muy lejos. Refrena tu yegua, yo también pondré la mía al paso, y mientras dure el camino te contaré esa historia.

Los pajes se reunieron en alegres y bulliciosos grupos; los condes de Borges y de Alcudiel montaron en sus magníficos caballos, y todos juntos siguieron a sus hijos Beatriz y Alonso, que precedían la comitiva a bastante distancia.

Mientras duraba el camino, Alonso narró en estos términos la prometida historia:

—Ese monte que hoy llaman de las Animas, pertenecía a los Templarios, cuyo convento ves allí, a la margen del río. Los Templarios eran guerreros y religiosos a la vez. Conquistada Soria a los árabes, el rey los hizo venir de lejanas tierras para defender la ciudad por la parte del puente, haciendo en ello notable agravio a sus nobles de Castilla, que así hubieran solos sabido defenderla como solos la conquistaron.

Entre los caballeros de la nueva y poderosa Orden y los hidalgos de la ciudad fermentó por algunos años, y estalló al fin, un odio profundo. Los primeros tenían acotado ese monte, donde reservaban caza abundante para satisfacer sus necesidades y contribuir a sus placeres; los segundos determinaron organizar una gran batida en el coto, a pesar de las severas prohibiciones de los *clérigos con espuelas*, como llamaban a sus enemigos.

Cundió la voz del reto, y nada fué parte a detener a los unos en su manía de cazar y a los otros en su empeño de estorbarlo. La proyectada expedi-

ción se llevó a cabo. No se acordaron de ella las fieras; antes la tendrían presente tantas madres como arrastraron sendos lutos por sus hijos. Aquello no fué una cacería, fué una batalla espantosa: el monte quedó sembrado de cadáveres; los lobos a quienes se quiso exterminar, tuvieron un sangriento festín. Por último, intervino la autoridad del rey: el monte maldita ocasión de tantas desgracias, se declaró abandonado, y la capilla de los religiosos, situada en el mismo monte y en cuyo atrio se enterraron juntos amigos y enemigos, comenzó a arruinarse.

Desde entonces dicen, que cuando llega la noche de difuntos, se oye doblar sola la campana de la capilla, y que las ánimas de los muertos, envueltas en jirones de sus sudarios, corren como en una cacería fantástica por entre las breñas y los zarzales. Los ciervos braman espantados, los lobos aúllan, las culebras dan horribles silbidos, y al otro día se han visto impresas en la nieve las huellas de los descarnados pies de los esqueletos. Por eso en Soria le llamamos el Monte de las Animas, y por eso he querido salir de él antes que cierre la noche.

La relación de Alonso concluyó justamente cuando los dos jóvenes llegaban al extremo del puente que da paso a la ciudad por aquel lado. Allí esperaron al resto de la comitiva, la cual, después de incorporárseles los dos jinetes, se perdió por entre las estrechas y oscuras calles de Soria.

II

Los servidores acababan de levantar los manteles; la alta chimenea gótica del palacio de los condes de Alcudiel despedía un vivo resplandor iluminando algunos grupos de damas y caballeros que al rededor de la lumbre conversaban familiarmente, y el viento azotaba los emplomados vidrios de las ojivas del salón.

Solas dos personas parecían ajenas a la conversación general: Beatriz y Alonso. Beatriz seguía con los ojos, absorta en un vago pensamiento, los caprichos de la llama. Alonso miraba el reflejo de la hoguera chispear en las azules pupilas de Beatriz.

Ambos guardaban hacia rato un profundo silencio.

Las dueñas referían, a propósito de la noche de difuntos, cuentos temerosos en que los espectros y los aparecidos representaban el principal papel, y las campanas de las iglesias de Soria doblaban a lo lejos con un tañido monótono y triste.

—Hermosa prima—exclamó al fin Alonso rompiendo el largo silencio en que se encontraban:—pronto vamos a separarnos tal vez para siempre; las áridas llanuras de Castilla, sus costumbres toscas y

guerreras, sus hábitos sencillos y patriarcales sé que no te gustan; te he oído suspirar varias veces, acaso por algún galán de tu lejano señorío.

Beatriz hizo un gesto de fría indiferencia; todo un carácter de mujer se reveló en aquella desdenosa contracción de sus delgados labios.

—Tal vez por la pompa de la corte francesa, donde hasta aquí has vivido—se apresuró a añadir el joven.—De un modo o de otro, presiento que no tardaré en perderte... Al separarnos, quisiera que llevases una memoria mía... ¿Te acuerdas cuando fuimos al templo a dar gracias a Dios por haberte devuelto la salud que viniste a buscar a esta tierra? El joyel que sujetaba la pluma de mi gorra cautivó tu atención. ¡Qué hermoso estaría sujetando un velo sobre tu oscura cabellera! Ya ha prendido el de una desposada; mi padre se lo regaló a la que me dio el ser, y ella lo llevó al altar... ¿Lo quieres?

—No sé en el tuyo—contestó la hermosa,—pero en mi país, una prenda recibida compromete una voluntad. Solo en un día de ceremonia debe aceptarse un presente de manos de un deudo... que aún puede ir a Roma sin volver con las manos vacías.

El acento helado con que Beatriz pronunció estas palabras turbó un momento al joven, que después de serenarse dijo con tristeza:

—Lo sé, prima; pero hoy se celebran Todos los Santos, y el tuyo entre todos; hoy es día de ceremonias y presentes. ¿Quieres aceptar el mío?

Beatriz se mordió ligeramente los labios, y extendió la mano para tomar la joya, sin añadir una palabra.

Los dos jóvenes volvieron a quedarse en silencio y volvióse a oír la cascada voz de las viejas que hablaban de brujas y de trasgos, y el zumbido del aire que hacía crujir los vidrios de las ojivas, y el triste y monótono doblar de las campanas.

Al cabo de algunos minutos, el interrumpido diálogo tornó a anudarse de este modo:

—Y antes que concluya el día de Todos los Santos, en que así como el tuyo se celebra el mío, y puedes, sin atar tu voluntad, dejarme un recuerdo, ¿me lo harás?—dijo él clavando una mirada en la de su prima, que brilló como un relámpago, iluminada por un pensamiento diabólico.

—¿Por qué no?—exclamó ésta llevándose la mano al hombro derecho como para buscar alguna cosa entre los pliegues de su ancha manga de terciopelo bordado de oro... Después, con una infantil expresión de sentimiento, añadió:

—¿Te acuerdas de la banda azul que llevé hoy a la cacería, y que por no sé qué emblema de su color me dijiste era la divisa de tu alma?

—Sí.

—Pues... ¡se ha perdido! Se ha perdido, y pensaba dejártela como un recuerdo.

—¡Se ha perdido! ¿y dónde?—preguntó Alonso incorporándose de su asiento, y con una indescribible expresión de temor y esperanza.

—No sé... en el monte acaso.

—¡En el Monte de las Animas—murmuró palideciendo y dejándose caer sobre el sitio;—en el Monte de las Animas!

Luego prosiguió con voz entrecortada y sorda:

—Tú lo sabes, porque lo habrás oído mil veces; en la ciudad, en toda Castilla, me llaman el rey de los cazadores. No habiendo aún podido probar mis fuerzas en los combates, como mis ascendientes, he llevado a esta diversión, imagen de la guerra, todos los bríos de mi juventud, todo el ardor hereditario en mi raza. La alfombra que pisan tus pies son despojos de fieras, que he muerto por mi mano. Yo conozco sus guaridas y sus costumbres; yo he combatido con ellas de día y de noche, a pie y a caballo, solo y en batida, y nadie dirá que me ha visto huir el peligro en ninguna ocasión. Otra noche volaría por esa banda, y volaría gozoso como a una fiesta; y sin embargo, esta noche... esta noche, ¿a qué ocultártelo? tengo miedo. ¿Oyes? las campanas doblan, la oración ha sonado en San Juan del Duero, las ánimas del monte comenzarán ahora a levantar sus amarillentos cráneos de entre las malezas que cubren sus fosas... ¡las ánimas! cuya sola vista puede helar de horror la sangre del más valiente, tornar sus cabellos blancos o arrebatarse en el torbellino de su fantástica carrera como una hoja que arrastra el viento sin que se sepa adónde.

Mientras el joven hablaba, una sonrisa imperceptible se dibujó en los labios de Beatriz, que cuando hubo concluido exclamó con un tono indiferente y mientras atizaba el fuego del hogar, donde saltaba y crujía la leña, arrojando chispas de mil colores:

—¡Oh! Eso de ningún modo. ¡Qué locura! ¡Ir ahora al monte por semejante friolera! ¡Una noche tan oscura, noche de difuntos, y cuajado el camino de lobos!

Al decir esta última frase, la recargó de un modo tan especial, que Alonso no pudo menos de comprender toda su amarga ironía; movido como por un resorte se puso de pie, se pasó la mano por la frente; como para arrancarse el miedo que estaba en su cabeza, y no en su corazón, y con voz firme exclamó, dirigiéndose a la hermosa, que estaba aún inclinada sobre el hogar entreteniéndose en revolver el fuego.

—Adiós, Beatriz, adiós. Hasta... pronto.

—¡Alonso! ¡Alonso!—dijo ésta, volviéndose con rapidez; pero cuando quiso o aparentó querer detenerle, el joven había desaparecido.

A los pocos minutos se oyó el rumor de un caballo que se alejaba al galope. La hermosa, con una radiante expresión de orgullo satisfecho, que coloreó sus mejillas, prestó atento oído a aquel rumor, que se debilitaba, que se perdía, que se desvaneció por último.

Las viejas, en tanto, continuaban en sus cuentos de ánimas aparecidas; el aire zumbaba en los vidrios del balcón, y las campanas de la ciudad doblaban a lo lejos.

III

Había pasado una hora, dos, tres; la media noche estaba a punto de sonar, y Beatriz se retiró a su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, cuando en menos de una hora pudiera haberlo hecho.

—¡Habrás tenido miedo!—exclamó la joven cerrando su libro de oraciones, y encaminándose a su lecho, después de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la Iglesia consagra en el día de difuntos a los que ya no existen.



Después de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió; se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reloj del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristísimas, y entreabrió los ojos. Creía haber oído a par de ellas pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana.

—Será el viento—dijo; y poniéndose la mano sobre el corazón, procuró tranquilizarse. Pero su corazón latía cada vez con más violencia. Las puertas de alerce del oratorio habían crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primero unas y luego las otras más cercanas, todas las puertas que daban paso a su habitación iban sonando por su orden, éstas con un ruido sordo y grave, aquéllas con un lamento largo y crispador. Después, silencio, un silencio lleno de rumores extraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante, lejanos ladridos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles, ecos de pasos que van y vienen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se ve, y cuya aproximación se nota, no obstante, en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinillas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba a escuchar; nada, silencio.

Veía con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones; y cuando dilatándose las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah!—exclamó, volviendo a recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho;—soy yo tan miedosa como estas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir... pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma. Pronto volvió a incorporarse más pálida, más inquieta, más aterrada. Ya no era una ilusión: las colgaduras de brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra;

el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y a su compás se oía crujir una cosa como madera o hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba a la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y arrebujándose en la ropa que la cubría, escondió la cabeza y contuvo el aliento.

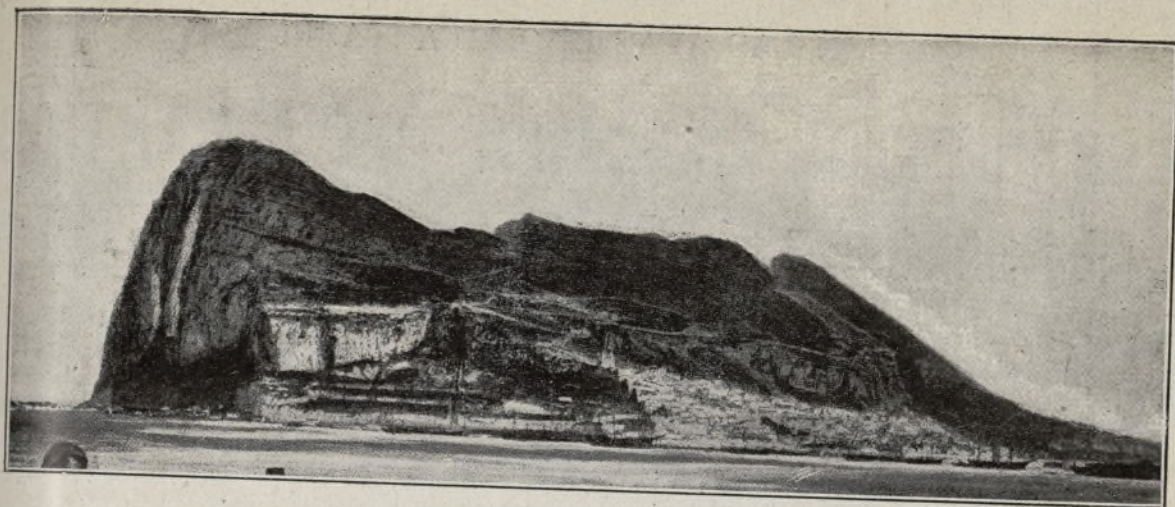
El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, doblaban tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna a Beatriz. Al fin despuntó la aurora: vuelta de su temor, entreabrió los ojos a los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¡es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, y ya se disponía a reírse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desencajaron y una palidez mortal descoloró sus mejillas: sobre el reclinatorio había visto, sangrienta y desgarrada, la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fué a buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos a notificarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que a la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del Monte de las Animas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos a una de las columnas de ébano del lecho, desencajados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta; ¡muerta de horror!

IV

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador extraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del Monte de las Animas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, asegura que vió a los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el atrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como a una fiera a una mujer hermosa, pálida y desmelenada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.



Vista panorámica del Peñón de Gibraltar

LOS ERRORES DEL PASADO

GIBRALTAR

No vamos a declamar patrióticos anhelos, que los tiempos son de positivismo y de realidades históricas. Gibraltar escapó del dominio español como escaparon otras muchas tierras, por falta de medios de defensa. Es la historia eterna de nuestros desastres militares, en que el ejército puso su valor y sacrificó su prestigio, pero faltaron cañones, no hubo pólvora. Aquel D. Diego Salinas que defendía el peñasco pidió refuerzos, solicitó auxilios; no llegaron, o si llegaron fueron inútiles. Debiera borrarse de las ordenanzas militares aquel precepto sublime referente a *defender un puesto a toda costa*; esta seguridad en los que lo defienden suele ser tranquilidad para los directores de la cosa pública.

Por esto se perdió Gibraltar; por esto quedamos relegados a aquella cintura de pueblos que viven a su sombra mercantil, para mayor mofa de sentimientos patrióticos.

San Roque, cabeza del *Campo de Gibraltar*, levantado en 1704, a raíz del abandono; Algeciras, sobre las ruinas de la población morisca, construída por Carlos III en 1760; la ensenada que baña la ciudad *portus albues* de los romanos; los recuerdos de aquel sitio memorable que sostuvo Alfonso XI contra los moros que la ocupaban; Tarifa, la población más moruna de toda España, con su recuerdo eterno a Tarif ben-Malik y su veneración a Alonso Pérez de Guzmán, espejo de hombres fuertes; todos estos pueblos, sin grandes desarrollos ni fortaleza, parecen vivir agobiados por la mole inmensa de aquel peñón, que lo mismo es símbolo de fuerza militar que de expansión comercial. Enfrente de la raza morisca, que parece conservar el *estaba escrito*, que vive abandonada a un pasar día, no sin lejanías de porvenir, se alza la raza sajona, fuerte y

empresadora, tenaz y decidida, que mantiene su derecho por la fuerza y que contempla, como el águila desde su nido de rocas, la paloma inconsciente del peligro que la acecha.

Gibraltar es la representación de un esfuerzo grandioso, de un alma colectiva gigantesca, y aunque nos duela como españoles, considerarlo tal, la justicia obliga a reconocerlo; es la representación de aquel pueblo que conquistó la grandeza y el dominio del mar con la previsión y el cálculo; nunca abandonó a sus enemigos la más débil posición por *falta de recursos*.

Si los españoles de estas tierras fronterizas hubiesen mantenido el lema que reza en el escudo de Tarifa «Sed fuertes en la guerra», no se izaría en Gibraltar la bandera inglesa; pero olvidaron esta leyenda, no los que combatían, sino quienes debían tenerlo presente en más altos puntos; y así cayó Gibraltar, y así se entraron en el solar ibero las gentes de Inglaterra.

No son tiempos de competencias guerreras los que corremos, pero sí de preparación para uniones de intereses y de desarrollos comerciales, y si en 1810 los españoles echamos abajo aquellos castillos que levantara el rey D. Felipe V, sería de desear que ocurriese lo propio para unión de pueblos y libertad comercial de los mares.

Nada quedó de luchas gloriosas y negociaciones diplomáticas. Sólo se conserva como un recuerdo penoso para los españoles aquella expresión de Cumberland al clérigo irlandés Hussy «Si el Rey de España me pusiera delante el mapa de sus dominios, tardaría tres semanas en anotar una posición digna de ser cambiada por Gibraltar.»

FEDERICO PITA

CON LAS ALAS DE LA FANTASÍA

LOS PUERTOS AFRICANOS DEL ATLÁNTICO

Una arrancada sobre el Dersa.—¡Allah hua Akhar!—Xauen la alpujarreña. Bordeando la cinta del Lucus.—Una frase de Felipe II.—Sobre el Atlántico. La trágica historia de Saheli.—El Cabo Espartel a la vista.—Brusco despertar.

Haec algunos meses prometí a la revista ARMAS Y LETRAS una impresión gráfica de los puertos africanos del Atlántico en nuestra zona de influencia.

En otra época, este ofrecimiento hubiera significado el trabajo de bastantes días: varias horas en tren y muchas de navegación, cuatro o cinco jornadas a caballo, una prolongada estancia en las ciudades objeto de mi visita para hacer el levantamiento de sus planos y no pocas veladas de gabinete.

Hoy, felizmente, todo ha sido cuestión de horas, como si fuera un sueño: un asiento en el puesto de observación de un aeroplano, una

diminuta máquina fotográfica y tres placas para impresionarlas en momento oportuno.

¿Porqué tres placas? Dos son nuestros puestos africanos en la zona del protectorado que bañan las aguas del Atlántico: Larache y Arcila; pero siguiendo la costa, al enfilarse el norte del continente, veré la elegante silueta de Tánger, y he de aprisionarla en la cámara oscura. ¿Que Tánger está en la zona internacional? No importa. Tánger es la más española de todas las ciudades marroquíes, y si no alimentásemos la ilusión de que algún día lo será de derecho, perdería a nuestros ojos mucho valor la posesión de las restantes...

Paisaje de Yebala

¡Listos! El pájaro de hierro se estremece, gruñe

el motor y sisean las paletas de la hélice; esta música, evoca el piafar del corcel, que olfatea la carrera y siente ya en los hijares el suave roce de los hierros...

Se inicia el alba con sus ténues matices cuando remontamos el valle; allá abajo queda la ciudad blanca, aprisionada por huertas y jardines y por el

pétreo cinturón de sus murallas; forman un delicioso mosaico sus torres, cúpulas y azoteas; es la hora en que la voz del Muezzin llamará a los creyentes a la oración: ¡Al-lák hua Akhar!! ¡Dios es grande! De aljama en aljama, de



En aguas del Estrecho vese a Tánger tendido sobre dos pequeños montículos que un valle divide...

torre en torre, repercutirá la voz, y la repetirán como un eco, la sierra, el valle, el río...

Ya queda atrás la ciudad de las mezquitas, la de las siete puertas, el suave paisaje del Dersa, con su marco de picachos y crestas... y a lo lejos la línea azul del mar.

Los campamentos españoles parecen bandadas de palomas; Laucién es una verruga parda; un trazo negro me indica el desfiladero del Fondak; parecen dos macetones de albahacas los valles de Kitzan y Burfiha, y un centinela que quiere clavar su lanza en el cielo la altiva sierra de Beni-Hozmar.

Un rápido viraje me cambia el panorama, como cuando volvemos la hoja de un álbum...

Volamos sobre un inmenso macizo montañoso, divisorio entre el Rif y Yebala, y al pie de Yebel

Sidi Bu Haya, en un repliegue pequeño y escondido, avizoramos Xauen, que evoca un pueblecito de la Alpujarra.

Como una cinta de plata vemos ahora el Lucus; dejamos a la izquierda Mazan, en la zona francesa, cruzamos sobre Alcázar, y ya el Lucus abajo, y al fondo el Atlántico, son nuestros guías y nos conducen como hábiles lazarillos a Larache.

Jardín de delicias

L'Araisch, el Jardín de delicias: Larache.

«Reinando Felipe III conquistaron esta plaza los españoles y edificaron sus murallas el año 1618...»

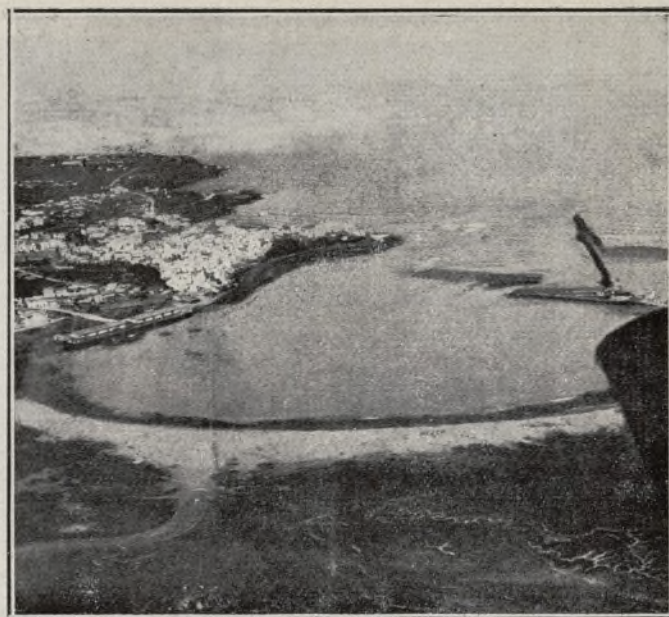
Así empieza nuestra historia en Larache.

Setenta años después Muley Ismael nos puso sitio; Francia nos puso el pie, y del zancadillazo fuimos a parar a Cádiz. Un salto en la historia.

Pero otra vez estamos en Larache, y las murallas están en pie. ¡Excelentes constructores y pésimos conservadores!

Larache es la más celebrada de las ciudades del Imperio.

Fenicios, cartagineses, romanos, árabes, portugueses y españoles fueron sus dueños... La Mitología dice que allí estuvo el jardín de las Hespérides, donde un dragón guardaba las manzanas



Larache visto desde lo alto de sus ancianas murallas, que los españoles de Felipe III edificaron el año 1618.

de oro y el palacio del gigante Anteo. Su perspectiva panorámica es de paraíso; su luz, su mar y su río son deliciosos; el Lucus y el Atlántico siempre están riñendo; es Anteo que quiere comerse las manzanas, y el Dragón que guarda la Puerta del Jardín.

Felipe II dijo: «Larache sólo vale el Africa», y con este recuerdo seguimos nuestra ruta...

La negra del Sahel

Seguimos la costa: playas, marismas y algún pequeño relieve de trecho en trecho, y, al fin, Arcila, llamada Zilis por los romanos, Azaila por los árabes, y por los normandos la negra del Sahel.

Una colina que bordea el mar, restos de unos tapiales moriscos y unas viejas torres portuguesas, tienen por fondo una cumbre, que es el principio de la Garbia; matiza el paisaje algo de caserío, un río, una planicie de palmas, unos huertos y una llanura que acaba en playa anchurosa...

Eso es lo que veo y guardo, y mientras el avión da unas vueltas sobre el poblado para luego navegar hacia el Norte, voy leyendo en el libro del recuerdo la trágica historia de *Saheli*, la costera...

Arcila fué siempre puerta preferida de los invasores; hay cerca de ella, en los



Arcila se halla asentada sobre el pie de la Garbia, sobre una planicie de palmas que acaba en una playa anchurosa.

linderos de sus huertos, una cuesta llamada *roja*; enrojecida por las hogueras, por la sangre, por la desolación; entre los escombros de sus ruinas existen vestigios de todas las civilizaciones: torreones, minaretes, puestos de escuchas, atalayas que avizoran tierra adentro y escudriñan el mar, porque por mar y tierra temió los enemigos, que un día son los cartagineses, que la esclavizan, y otro los romanos, que la guarnecen con sus legiones de la Bética para enseñorearse de ambas Tingitanias; otro día los normandos, que la incendian; otro los árabes, que la restauran, la embriagan de música y saturan de perfume, y los ingleses que la asaltan, convirtiéndola de jardín en desierto...

...Y luego el Califa de Córdoba que envía sus alarifes para que la reedifiquen, y los portugueses que la dominan, y los españoles que le ayudan, y el papa Alejandro que concede indulgencia a los Caballeros Cruzados que van a enriquecer el caudal de sangre que corre y empapa Cuesta Colorada...

Pasan los siglos, y pelean siempre aquí las generaciones que los viven; agarenos y cristianos no cejan, y de Arcila sale y no vuelve el rey D. Sebastián, tremolando su estandarte, y los guerreros de Bení-Arós y los de Jolet y Ahel Serif pelean con los Caballeros cristianos de Lisboa.

¡Pero este motor, con su zumbido, me esfuma el recuerdo...!

Ahora volamos sobre el palacio que fué del Raisuni; una futura ruina, como las otras que lo son ya; una página más en la trágica historia de la negra Sahel...

La última placa

Seguimos costeadando. Dos ríos llevan sus aguas al mar. La faja del litoral está quebrada por grietas y barrancadas, con salpicaduras pantanosas. Y ahora vemos las estribaciones del Yebel Yibila y el cabo Espartel, que avanza como un índice que señala el abrazo de las aguas del Estrecho con las del Océano Atlántico...

Torciendo al Este, divisamos a Tánger en el fondo de su bahía, tendida sobre dos pequeños montes que un valle divide.

Impresiono mi tercera placa, y ya libre de preocupaciones, sin entretenerme en rumiarme historietas ni evocar ruinas, caigo en un sopor muy parecido al sueño.

Un leve encontronazo me agita. Estamos en Sevilla.

ROBERTO DE VIVAR.

Tetuán-Sevilla, Octubre 1921.

LA CABALLEROSIDAD EN LA GUERRA

«La guerra es la guerra», se decía en la última contienda europea para justificar los más grandes crímenes.

La «guerra es la guerra»; pero los pueblos cultos tenían sus leyes de guerra que fueron pisoteadas...

Pero corramos un velo, no pretendemos hoy tocar llagas aún no cicatrizadas. Queremos traer a cuento rasgos de ciertos pueblos salvajes que culminaron en la caballerosidad combatiente; algunos de estos casos provocan una sonrisa de ironía, porque envuelven un humorismo encantador.

Por ejemplo: cuando los maoríes iban a combatir con los guerreros de otra tribu, anunciaban al enemigo el número de combatientes que iban a poner en el campo con objeto de que las fuerzas fuesen iguales, y hasta le proveían de armas y de provisiones para que no luchasen con desventaja.

Refiérese que preguntando un jefe maorí la razón por la cual no había atacado a un convoy de muni-

ciones y de provisiones destinado a los ingleses con los cuales estaba en guerra y que podía copar con la mayor facilidad, contestó lleno de asombro:

—¡«Pero, tonto! Si me hubiese apoderado de la pólvora y de las provisiones de los ingleses, ¿cómo iban a combatir?»

Otro jefe, al ser insultado por un colega suyo, se quejó de que si éste no hubiera dispuesto de mejor armamento y de más guerreros, no se hubiese atrevido a tratarle de manera tan humillante. El otro jefe, al enterarse de la queja, envió al insultado la mitad de sus armas y le prometió reducir el número de sus guerreros para que una tribu y otra pudiesen luchar con igual fuerza.

En una de las guerras entre las tribus, una de ellas, que estaba sitiada, mandó recado al enemigo diciéndole que estaba escasa de provisiones, en vista de lo cual, los sitiadores se encargaron de suministrar alimentos a los sitiados.

LOS CADETES PASAN...



Fot. Jiménez Millas.

I

Ya llega y desfila
la hueste escogida;
ya sus notas grises
se acercan y fulgen.

Va otoño culmina,
y un ténue reflejo
de gasa movable
ondula y se ciñe,
y la marcha envuelve,
entre primorosas
y blancas neblinas.

Del cuadro que avanza,
famoso y vivido,
quiero su belleza
fijar, y su encanto
grabar del conjunto
su inmensa emoción;
su fuerza y su brío
cantar conmovido
a solas pulsando
mi amado bordón,

II

Vedlos: entre acompasada
rítmica cadencia,
vibran sus compases
marciales y alegres;
y llegan y cruzan,
y giran y pasan
con el suelto y ágil
aire que en la marcha
la costumbre presta
sobre contrastado
porte señorial.

Son los escolares
de la Infantería;
son las estudiantes
de la disciplina;

son los guardadores
del culto al honor,
a quienes desvela
cuidadoso estudio
y a quienes al alba
congregó el tambor.

Son la numerosa
y extraña amalgama
que España la noble,
la varia, prodiga,
bajo el uniforme
que eleva y que iguala,
se funde su jugo
valioso ypreciado,
se funde y se agranda
con igual amor;
los mantiene y guarda
bendito crisol.

III

Ya la acompasada
rítmica cadencia
se aleja y se pierde,
se borra y confunde;
ya sus tonos grises,
lejanos, no fulgen.

Ya del cuadro en marcha,
vigorosa traza,
que flota entre recios
viriles encantos,
quedará imborrable
su intensa emoción.

Dejadme que, avaro,
guarde su tesoro,
quiero su belleza
cantar conmovido,
a solas pulsando,
mi amado bordón.

ABELARDO ARCE MAYORA.



LA CÁNTARA DE TOLEDO

Denteronomio. Cap. XXV.

13.—No tendrás en tu saco diversos pesos, mayor y menor.

14.—Ni habrá en tu casa modio mayor y menor.

15.—Tendrás un peso justo y verdadero y modio igual y verdadero tendrás: para que vivas largo tiempo sobre la tierra, que el Señor Dios tuyo te dará.

16.—Porque el Señor Dios tuyo abomina a aquel que hace tales cosas, y aborrece toda injusticia.

Proverbios. Cap. XX.

10.—Peso y peso, medida y medida; ambas cosas son abominables delante del Señor.

Con tales preceptos conmina la Sagrada Escritura el ana'ema contra todo fraude en los pesos y medidas, a todos los hombres y a todos los pueblos en sus transacciones y relaciones de cambio de productos y tratos mercantiles y convencionales. Con lo que se prueba claramente, que la igualdad y justa proporción de las pesas y medidas, es no sólo función de ley moral, sino de equilibrio social y de deberes y derechos recíprocos, entre la demanda y la oferta, en el intercambio de los frutos de la tierra y los productos de la industria humana.

Por eso se ha observado siempre en todos los pueblos y naciones, el exquisito cuidado que ha habido en excogitar unidades ponderales y mensurales, lo más racionalmente y lo más aproximado a las unidades relacionadas con la naturaleza de las cosas que habían de ser mensuradas y ponderadas; promulgando leyes que fijaran los patrones modelos-tipos de comprobación, para evitar los fraudes y castigar a los contraventores en el uso de las pesas y medidas legales.

No vamos a entrar ahora en historia y origen de las unidades de medidas allá de los pueblos de la más remota antigüedad, sino de partir de las épo-

cas de las dominaciones romana y árabe en nuestra Península.

En la primera sabido es, que en todos sus vastos dominios, impuso su sistema métrico, que en nuestra patria prevaleció hasta la invasión sarracénica, la que nos trajo e impuso también el suyo, inspirado en los sistemas persas, asirios y hebreos.

La reconquista trajo consigo tal confusión en la materia, producida por la mezcla de ambos sistemas, y por los nuevos, nacidos en varias regiones de la castellana tierra, y en las pequeñas nacionalidades surgidas de las entrañas de los Pirineos. tanto ístmicos como cantábricos y necesario fué, que las cortes y los reyes dictaran acertadas pragmáticas y sanciones, que pusieran fin al estado caótico a que habían llegado en la adopción de las unidades de medidas y pesas, que tanto dificultaban los trá-

Prescindiendo de tratar hoy de los esfuerzos, tentativas y resoluciones del rey Sabio, de que ya me ocupé en mi artículo *La vara castellana*, para no alargar éste y entrar desde luego en materia, fijémosnos hoy tan sólo en las medidas de capacidad para líquidos.

Considerando este desorden en su reino D. Alfonso XI, queriendo poner coto a aquel, propuso en las cortes celebradas en Alcalá de Henares en 1349, volver a adoptar el peso y la medida romana, excepto en lo longitudinal e itinerario, que ya había quedado resuelto por su abuelo el décimo de su nombre.

Al efecto, y habida cuenta de que de resultas de las investigaciones practicadas únicamente en las ciudades de Colonia en Alemania y de Troyes en Francia, se

conservaban íntegros, y en uso los marcos romanos, se acordó traerlos y estudiarlos, por personas competentes y sabias que propusieran lo pertinente a tan interesante asunto, dando por resultado estos estudios, la unidad fanega de Avila, de que otro día nos ocuparemos y la unidad *cántara de Toledo* de la que hoy deseo tratar.

¿Por qué fué elegida esta ciudad para hacerla de-



La cántara de Toledo que llena media arroba de vino.

positaria del patrón de las medidas de capacidad para líquidos? Vamos a verlo.

Sabido es que siempre los físicos han tomado como unidad para medir los pesos específicos de los líquidos, al agua en las condiciones de su mayor pureza. Hoy se las compara en el vacío y a la temperatura de cuatro grados sobre cero, que es en la que el agua destilada tiene la mayor condensación;

entonces con el agua bien limpia, filtrada y sentada, y con temperatura primaveral.

Buscaron aquellos pacientes investigadores, entre los ríos de la Península, el agua que más se asemejase a la del Rhin al pie de la ciudad de Colonia por sus condiciones de densidad, diafanidad y temperatura, y no hallaron



La cántara de Toledo que llena media arroba de aceite.

otra que la del Tajo al pie de la ciudad de Toledo (acaso la de Río Llano en Safont) y con ella se llenaron el ánfora romana a cántara de Colonia en tranquila primavera (1).

Pesada que fué en las condiciones arriba apuntadas, se halló en el fiel de la balanza que marcaba 34 libras castellanas y se la consagró con el nombre de *Cántara o arroba toledana*, y en su capacidad se vió que contenía ocho azumbres a sean 32 cuartillos.

D. José García Caballero, ensayador y marcador mayor de Castilla, en su obra publicada en 1731 titulada: *Breve cotejo y balance de pesas y medidas de varias naciones, reinos y provincias, comparadas y reducidas a las que corren en estos reinos de*

(1) Digo que acaso fuera de Río Llano, porque de allí subieron el agua los toledanos para llenar sus aljibes en la primavera, y lo justifica el nombre de la calle de *Azacanes*, que aún lleva la que sube de aquella ribera.

Para que no se corrompiera el agua que traían de Colonia para las experiencias, la perfumaban con esencias, y de ahí vino el llamar a toda agua aromatizada *agua de Colonia*.

Castilla», da las siguientes definiciones, tomadas de las actas de las famosas cortes de Alcalá, con el estilo machacón y de romance de la época:

«*La arroba o cántara toledana* caben 34 libras de agua del río Tajo, cogida al pie de la ciudad de Toledo, cuando está bien reposada; llámase toledana general, para estos reinos, contiene ocho azumbres, que hacen 32 cuartillos de la medida de Castilla.

«*La media arroba* es vaso en que caben 17 libras de agua del Tajo, contiene cuatro azumbres o 16 cuartillos de la medida de Castilla.»

«*Cuarto de arroba o cuartilla* es medida en que caben ocho libras y ocho onzas de la sobredicha agua, contiene dos azumbres, que hacen ocho cuartillos de la medida de Castilla.»

«La medida de *azumbre* es vaso en que caben 4 libras y 4 onzas de dicha agua, contiene 4 cuartillos de la medida de Castilla.»

«*Cuartillo*: es vaso en que cabe una libra y una onza de dicha agua llamada *cuartillo* por ser la cuarta parte de azumbre.»

«*Medio cuartillo* es vaso en que caben 8 onzas y media de dicha agua, y así procediendo, se pueden hacer medidas para menores cantidades.»

Deseoso de ver con mis propios ojos a la venerable cántara de Toledo, acudí al archivo de este Ayuntamiento, y allí me encontré con el simpático y diligente archivero D. Adolfo González Vegue, el que con la amabilidad que le es característica me puso de manifiesto los tres vasos de cobre que se conser-

van, facilitándome preciosos datos para la redacción de este desaliñado artículo, por lo que en él le doy públicas y expresivas gracias.

Una de ellas tiene de alto 0^m,38, 0^m,86 de circunferencia en la panza, 0^m,286 de diámetro, caben en ella 16 cuartillos de agua del Tajo. Tiene pegada una etiqueta que dice « $\frac{1}{2}$ arroba para vino. En 27



La cántara de Toledo que llena media arroba de agua del Tajo.

de agosto de 1858 se ordenó hacer otra a Barcelona por orden del Sr. Gobernador Civil= El fiel=Luis Guzmán. Es la mejor que hay de las dos».

Otra tiene de alto: 0^m,34, 0^m,71 de circunferencia y 0^m,24 de diámetro. Mide 14 cuartillos de agua del Tajo, y tiene dentro un papel plegado que dice: «media arroba de aceite para medir al por menor.»

Y otra tercera tiene de alto 0^m,31, 0^m,68 de circunferencia y 0^m,226 de diámetro. Mide 12 cuartillos y medio de agua del Tajo.

Ahora bien: ¿a qué esta tercera cántara tan diferente en sus dimensiones y capacidad con las otras dos? Perplejo me quedé. Pero después de mucho cavilar y de repetidas experiencias y cálculos aritméticos, vine a sacar la consecuencia:

El peso específico del aceite, es 0,92, y por una proporción, equivalen 14 cuartillos de agua a 12,88 de aceite y pesando los 14 cuartillos de aquel líquido 13 libras 4 onzas y 4 octavos, equilibran al aceite con doce libras y media. Luego el vaso tercero era para la comprobación del segundo; pues llenando a éste de aceite y a aquél de agua del Tajo, pesan lo

mismo, por la diferencia de densidad de ambos líquidos.

Vuelto a abrir el libro de D. José García Caballero, del que antes tomé nota, y dice refiriéndose al aceite:

«... y así el vaso en que al junto caben 17 onzas de agua del Tajo, es medida de libra de aceite; y en esta consideración la medida de arroba de aceite es vaso en que caben 26 libras y nueve onzas de agua del Tajo cogida al pie de la ciudad de Toledo.»

«Media arroba caben 13 libras, cuatro onzas y cuatro ochavas de dicha agua.»

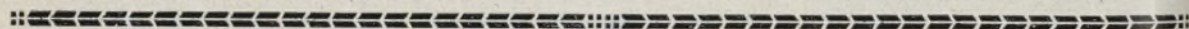
«Libra, vaso en que caben una libra y una onza, que son 17 onzas de agua.»

«Media libra, vaso en que caben ocho onzas y cuatro octavos de la sobredicha agua.»

«Carterón o panilla, es vaso en que caben cuatro onzas y dos octavos de dicha agua.»

Con lo que quedé satisfecho, al ver comprobados mis cálculos; que deficientes como míos, sometó a la corrección del ilustrado lector.

MANUEL CASTAÑOS
Y MONTIJANO



LAS BALAS EN LA GUERRA

FILOSOFIA DE UN COMBATIENTE

A medida que se perfeccionan los armamentos, disminuye el número de bajas en la guerra.

En las grandes batallas dadas por los griegos, perecían de 400 a 500 combatientes por cada mil. En la edad media el término medio fué de 300. A principios de siglo, con fusiles que se cargaban por la boca, 90 por mil. En la guerra franco-prusiana, 50 por mil. En la guerra hispano-americana la proporción fué muchísimo menor.

De cuadros formados durante esta campaña, resulta que de cada 116 soldados heridos, 99 se curaron. De los otros 17 que completan la cifra de 116, 9 murieron en el campo antes de que se les pudiera llevar al hospital, y 8 fallecieron después de llegar a éste.

Otras estadísticas hechas con arreglo a las cifras suministradas por las guerras de los últimos cincuenta años, demuestran que las balas dan 80 veces de cada 103 en sitios del cuerpo

donde las heridas no ofrecen grande peligro.

De cada 103 balazos, 43 dan en las piernas; 33 en los brazos, 11 en el abdomen; 11 en el pecho y en la espalda; 1 en el cuello y 11 en la cabeza.

Esta proporción es consoladora y más aún las razones que daba un capitán a sus soldados para que no temiesen a las balas:

—¡No preocuparos, muchachos, porque mañana salgamos a operaciones; pueden daros un «chinazo» o no; si ya hay una probabilidad de no ser tocado, ¿a qué temer por anticipado?

Si os dan un balazo puede ocurrir que mate o hiera solamente; si os mata, todo ha terminado: no hay que preocuparse; si os hiere, la herida puede ser grave o leve; si es grave podéis curaros y si es leve no hay que pensar en ello!

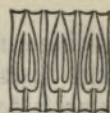
Con esta sana filosofía el capitán convirtió su compañía en una legión de héroes.



CUENTOS MILITARES

LA HERENCIA

POR EL GENERAL BERMÚDEZ DE CASTRO



En la tela de una hamaca habían envuelto su cuerpo rígido; los pies, aun calzadas las espuelas, asomaban por una de las ataduras como por la boca de un saco, y en el otro extremo del funebre fardo una mancha negruzca de sangre marcaba el lugar de la oculta cabeza.

Al frente de su compañía y atravesado en su propio caballejo le llevaban. El asistente, con una mano puesta sobre el muerto, procuraba que se mantuviese en equilibrio. Jamás había brillado el Sol más implacable que aquella mañana; nunca despidieron más fuego los pedruscos del camino de Alquizar; la columna caminaba silenciosa y a prisa.

Era una gran pérdida la de aquel pobre capitán. Adorábanle sus soldados, porque en aquel hombre se reunían y enlazaban todas las condiciones naturales del mando: enérgico y alegre, excitaba los sentimientos de la tropa hasta dominarla en absoluto por verdadera sugestión; nadie, entre sus subordinados, se creía más bravo que el capitán; inspiraba una confianza sin límites su tranquilidad; se agradecían, como el soldado español sabe hacerlo, sus desvelos y cuidados por esos mil detalles que remedian muchas penalidades de la guerra. Aquel hombre, de acero para la fatiga y de piedra para el peligro, había llevado en su alma ese secreto del mando que ni se aprende en los libros ni se adquiere en la práctica: lo que la Ordenanza llama «afabilidad y dulce trato».

Júzguese si la compañía caminaba apesadumbrada y triste. Nadie despegaba los labios; solo el asistente, acariciando el cuerpo de su amo, decía de vez en cuando y como dirigiéndose a sí mismo: «¡Pobre señorita! ¡Pobres niños!»

Recordaba, sin duda, el soldado aquellos últimos encargos dichos con los ojos llenos de lágrimas: «Tomás, cuide usted mucho al señorito; ya sabe usted que él no se ocupa más que de los demás; escríbame usted en seguida si le ocurre algo (como si la prisa en saber la desgracia mitigara el dolor); no le deje usted que se exponga; por Dios, Tomás. En los trajes le he cosido escapularios de la Virgen; no deje usted de coserlos cuando se los laven.»

Y aquellos cinco pequeñuelos que, al acostarlos por la noche, le decían: «Mira, Tomás, cuando te vayas a Cuba con papáito, rezaremos para que matéis muchos negros y los negros no te maten a ti ni maten a papá. ¿Les puedes tú a los negros?»

El asistente se representaba con la imaginación

aquella casa donde la pobreza y la honradez reinaban; aquellos chiquitines, que, al quedar sin padre, quedaban casi en la miseria, y miraba con ojos de espanto la negruzca mancha de sangre, el fardo que se bamboleaba al paso de la cabalgadura.

La columna entró en el pueblo. En los colgadizos algunas gentes miraban pasar la tropa con esa indiferencia que disimula el odio. El cadáver fué depositado en el Casino (la iglesia se había convertido en fuerte) para darle aquella tarde sepultura con los honores de ordenanza. La cabeza del muerto era un informe montón de trapos sangrientos, con los que se habían querido remediar los destrozos de una bala explosiva.

Tomás se fué en seguida al camposanto y cavó la fosa; no quiso que le ayudara nadie. ¡Había hecho la cama de su amo tantas veces!... Y quiso hacérsela por última vez; después, con su mala letra, pero muy claro, hizo la lista de los bienes que dejaba el capitán: tres camisas y unos cuantos pañuelos y calzones; trajes de rayadillo, un revólver, machete, reloj con cadena; los retratos de la señorita y los niños no los apuntó: adjudicóseles a sí mismo, sin necesidad de albacea, y descifrándose de la cintura un pesado cinto mejicano, lo metió en el maletín y escribió en la lista.

«Dinero, 850 centenes.»

Como si todo aquello le quemase las manos, fué con ello adonde el teniente se alojaba y le hizo entrega pieza por pieza y centén por centén.

El teniente quedó asombrado: 850 centenes, a seis pesos mal contados, eran más de 5.000 duros: una fortuna. A él, como oficial de la compañía, le constaba de una manera positiva que el capitán la administraba al centavo, que era absolutamente integérrimo en el manejo de los caudales. El dinero de los haberes y pluses lo había entregado el sargento escribiente sin faltar nada; nada se debía; las medias pagas, las ventajas y las sobras estaban al corriente. ¿Como, siendo tan pobre el capitán, dejaba ahorros por valor de 5.000 duros?

Cuando el oficial encargado del expediente de *ab intestado* se hizo cargo de esta fortuna, no fué menor su asombro: aquella misma tarde, en el entierro, el teniente coronel y todos los oficiales se enteraron del caso: todos sabían que el muerto no había disfrutado en vida de otros bienes que su buena salud, su alegría constante y hasta se ayudaba en España con una clasecilla de Matemáticas en una Academia preparatoria. El escándalo es bola

de nieve que crece al rodar, y tanto se murmuró, tantos aspavientos y asombros cayeron sobre la memoria del pobre muerto, que el jefe ordenó al comandante instruyese diligencias previas en averiguación del origen legal de aquellos centenes.

—Ya conoce usted—decía el teniente coronel al comandante—lo que es la tropa. Procure averiguar si se la debe algo. El capitán tenía sugestionada a su compañía, y lo que por temor niegan a veces los soldados, es probable que ésta lo nieguen por cariño. *El* no era jugador. El poco tiempo que llevamos en Cuba y la asignación que tenía no consienten un ahorro de tanta importancia. Reviste usted la documentación, no omita nada, descubra usted este secreto, porque no consentiré nunca que al soldado se le reste ni un céntimo de lo que le corresponde.

Ni un solo soldado, ni una sola cuenta, dejaron de ser examinados por el comandante: los papeles ponían bien claro la honradez del capitán. La tropa contestaba, hasta con indignación, que nunca se les había dejado a deber nada; que el rancho de la compañía era el mejor del batallón; que el capitán era para ellos más bueno que un padre.

Con menos tranquilidad respondía Tomás; pero el pobre, desde la muerte del amo, no estaba en su centro; el dinero se lo había ido dando poco a poco; él no sabía otra cosa.

¿Cómo dudar de un hombre que podía impunemente haberse guardado aquella fortuna? No hubo otro remedio sino conformarse oficialmente, y terminado también el *ab intestato*, se remitió a la viuda el capitalito, con más el producto de la venta del caballo y la montura; pero la suspicacia humana y la murmuración dejaron muy malparada la memoria del muerto.

Transcurrieron unos cuantos meses; la guerra iba decayendo, merced a la reconcentración de los guajiros y a la destrucción de los llamados orientales, más allá de la trocha Mariel-Majana; el general Weyler era rabiosamente combatido desde España, tal vez porque se veía próximo el agotamiento de la insurrección; las partidas, acosadas sin treguas por las columnas dentro de sus zonas, carecían de elementos de vida, al paso que la tropa hallaba en esta organización por zonas más facilidad para operar y menos obstáculos para su aprovisionamiento y descanso. El espíritu del Ejército creció al observar el desaliento de los insurrectos. En todos los papeles cogidos a aquel enemigo astroso y hambriento se leía la misma esperanza, la única: «Sostenerse un poco más. Weyler será relevado muy pronto, y la isla es nuestra.»

Pero si los hombres no resistían al tesón de nuestros soldados, el clima extremó su enemiga a los españoles; se continuó operando en la época de las lluvias, y los hospitales se llenaron de enfermos: el vómito y el paludismo diezmaban las columnas.

Una noche, de vuelta el batallón, en la cabecera de la zona, se presentó el padre capellán en el alojamiento del teniente coronel. Aquel buen cura, que no era un Cid en el combate, era, en cambio, un bravo a la cabecera de los enfermos: ni el temor al contagio, ni la fatiga del enfermo le arredraron nunca. El jefe, apreciando más útiles sus servicios en el hospitalillo, le había eximido de acompañar a la columna, y cada vez que la tropa salía a operaciones, el capellán desde un altozano, junto a un fuerte que guardaba la entrada del poblado echaba una bendición, que cogía de cabeza a cola, y ya iban todos con ello provistos del pasaporte espiritual para la Eternidad.

Entró el cura en la habitación del jefe, y después de darle las noticias del hospital, le dijo:

—Mi teniente coronel: hace tres días falleció del vómito el soldado de la cuarta Tomás González, y antes de morir, no como secreto de confesión, sino como encargo para usted, me hizo el relato que yo suplico me escuche.

Dejó el jefe la tarea de abrir la correspondencia que le presentaba el secretario, hizo salir a este subalterno, y volviéndose al cura:

—Síntese, pues, padre capellán—le dijo—, y comience, que ya le escucho.

—Tomás González era, mi teniente coronel, aquel asistente del capitán que mataron cerca de Alquizar. ¿Recuerda usted?

—Sí, sí; el de los cinco mil duros.

—Justo; pues bueno: entró en el hospital con un vomitazo fulminante, y estando yo a su cabecera, me dice de pronto: «Padre, cuando mataron a mi amo, creyó el teniente coronel que el dinero que yo entregué no era de buena procedencia. Yo ya sé que los señores oficiales han hablado mal de mi amo. Aquel dinero era mío. Cuando la invasión, ya sabe usted que todos los insurrectos muertos tenían alhajas y centenes. ¡Como iban robando por todas partes!... Muchos soldados del batallón han cogido a los muertos cosas muy buenas.

•En la acción de Ceiba del Agua, conforme íbamos corriendo detrás de los mambises, vi meterse uno en un cañaveral; le tiré, cayó y me fui para quitarle el fusil. Aun estaba vivo. Era un negro muy grande, y tuve que rematarle porque se defendía con el machete. Como los compañeros decían que todos los negros llevaban dinero, le registré y

le quité el cinto, que pesaba mucho; ¡como que estaba lleno de centenes!

»No quise decírselo a mi amo, porque me hubiese quitado el dinero y lo habría entregado. Me lo guardé para cuando cumpliese. A los pocos días mataron al capitán.

»Entonces me acordé de que mi pobre señorita y los niños se quedaban en la miseria, y dije que el cinto era de mi amo. Si no me muero, no diga usted nada; pero si me muero, cuénteselo usted al teniente coronel, y escríbaselo a los niños diciéndoles—no

se le olvide a usted esto padre, padre—, diciéndoles que Tomás, el asistente les *podía* a los negros.

Quedó el jefe asombrado y pensativo ante un rasgo de tamaño grandeza de alma.

—Siento—dijo—no poder hacer pública una conducta tan generosa y delicada. Ese muchacho, o por lo menos su memoria merece un gran premio.

—Mi teniente coronel repuso el capellán—, gozando de Dios está su alma, y no la faltará el mejor premio un *Padrenuestro* de unos huerfanitos.

LA PAZ Y LA GUERRA

"1914-1918"

I

Alegres campanas replican a Gloria,
la voz de la Iglesia nos llama al altar
sus ecos evocan de honor y victoria,
las horas dichas que guarda la Historia
de un pueblo que supo vencer y luchar.

El sol, derramando sus rayos primeros,
los campos matiza de luz y esplendor,
los pájaros dicen, con tonos parleros,
en cantos divinos, en trinos ligeros,
endechas de gloria, de paz y de amor.

Los brazos nervudos la tierra laboran,
las yantas sumisas arándola van,
y ya se amontona la mies que atesora,
entre sus efluvios de plácida aurora,
del pobre y el rico, la vida y el pan.

Doquiera la vista, curiosa se tiende
sobre la llanura, junto al mismo mar,
la fe en el trabajo gallarda se extiende
y el bien del progreso que a todos comprende
se ve reflejado en campo y hogar.

II

El rónico tañido de tristes campanas,
encierra los ecos de llanto y dolor,
de voces que claman torturas humanas,
de almas que fueron amigas y hermanas
en días felices de paz y de amor.

El sol ya no brilla con rayos de fuego,
los campos se cubren de rojo cendal,
las yuntas descansan, no canta el labriego,
los prados se secan sin vida y sin riego
y todo reposa con sueño mortal.

Los brazos nervudos llevóse la guerra,
la patria angustiada pidióles su ardor,
subieron los hombres del llano a la sierra
sirviendo sus pechos de escudo a la tierra
que honraron sus padres con vida y honor.

Cesó del Progreso la voz bienhechora,
los monstruos de acero se oyeron rugir,
cesó en el trabajo la fe protectora,
y envueltos en ruinas en trágica hora,
los pueblos más grandes se vieron morir.

III

De lúgubre fondo, con cantos de Gloria,
envuelta de luces en mágico haz,
llevando por lema: «GRANDEZA Y VICTORIA»
se cierce gallarda la voz de la Historia
diciendo amorosa: «Salve angel de PAZ».

Las luces divinas del astro esplendente
ya brillan gozosas con todo su ardor,
cesaron las luchas de Oriente a Occidente,
y adquieren de nuevo su tono riente
los campos cubiertos de tibio verdor.

Los hijos de aquellos que bravos murieron
cubriendo su suelo de honor y de prez,
su fuerza y su sangre felices unieron,
y altivos y fuertes de nuevo supieron
hacer a su pueblo grandioso otra vez.

Alegres campanas replican a Gloria,
la voz de la Iglesia nos llama al altar,
sus ecos pregonan: «HONOR Y VICTORIA»
del héroe nos canta la eterna memoria,
del pueblo la Historia sin tacha y sin par.

Eduardo de Santiago Carrión.

EL METRO

La primera impresión que se recibe al meterse en ese molde de carne de membrillo, que es como un picaporte

que le han puesto a la Puerta del Sol, es de que aun no vivimos el ambiente del Metro después, el olor a humedad inconfundible.

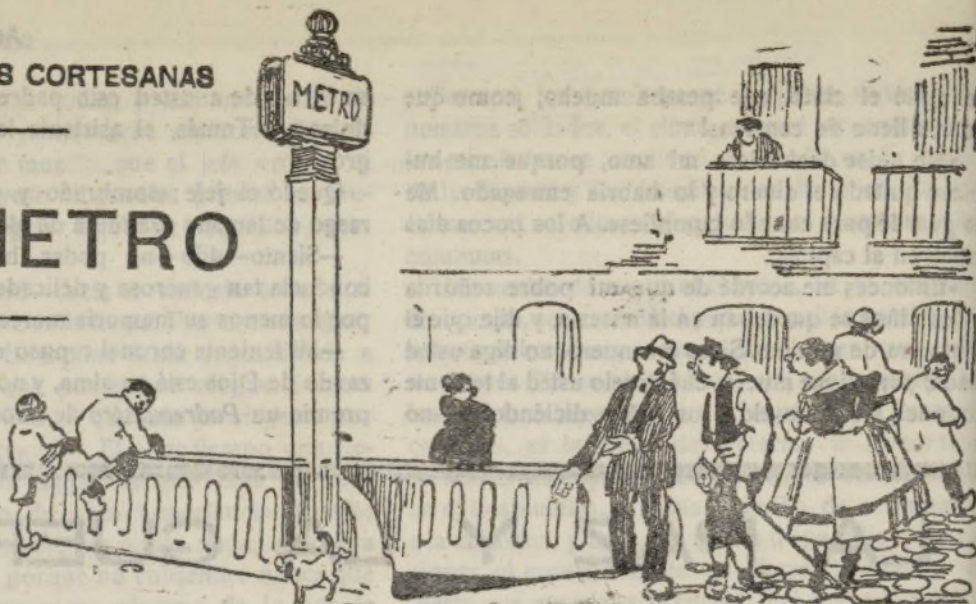
Los viajeros entran y salen del Metro «matando el tiempo»: parándose para liar cigarrillos, leyendo anuncios, flirteando, arrastrando las piernas; el exceso de velocidad de los coches nos desconcierta, nos regala un sobrante de tiempo, que no sabemos en qué emplear.

La Empresa del Metro debía contratar a doscientos o trescientos desocupados que se pasaran el día entrando y saliendo en las estaciones, con pasitos menudos y rápidos como de transeúntes de películas, para irnos entrenando en la vertiginosidad que debe imprimirse a ese nuevo servicio; si no lo hace acabaremos por abotargarle los sentidos al Metro, con lo cual perderá su mayor encanto,

Aun no ha nacido el verdadero público del Metro: ese público vecindado en las futuras ciudades que han de nacer a muchos kilómetros de Madrid, y que lo utilizará con razón; los que hoy viajamos en el Metro, somos unos guasones que nos sonreímos de los minutos.

La estación de la red de San Luis parece una pagoda de piñonate: en un concurso de repostería se hubiese llevado el segundo premio, porque el primero no se lo quita nadie a la succulenta tarta de la Puerta del Sol.

En los días de viento, hay siempre el amparo de la visera de la pagoda media docena de



«ventajistas», porque es fama, que en la Red, cuando el viento sopla, se ve lo mejor de lo mejor.

Las señoritas del Metro, en sus garitas de cristal, son como flores de invernadero; poco a poco se irá impregnando de melancolía e irán adquiriendo un tinte pálido, de luz artificial, un matiz marfileño, que las hará muy interesantes. Al picarnos el billete parece que nos pinzan un poquito el corazón. Es la única nota sentimental del Metro.

Los viajeros ingenuos que esperan el coche en el andén se miran unos a otros como diciendo: ¿ves como me atrevo?; los que no le dan importancia a las cosas, pasan al coche con una indiferencia y seriedad que les da aspecto de extranjeros; carecen de efusión hasta para encender el cigarro, acto que ejecutan con la solemne frialdad de los personajes del «cine» y de algunos actores indígenas, que han copiado ya esa elegancia de sus colegas de la pantalla. En el Metro sienta bien ese empaque.

En los andenes se ven siempre algunos señores graves, que miran la bóveda de la estación, blanca, lechosa, con tonalidad metálica, como si estuviera recién pintada con un barniz de acero; esos señores graves le andan buscando las grietas al Metro; han profetizado que «eso» tiene que hundirse, y para no quedar mal en la tertulia del café desean que se hunda, aunque les cogiese a ellos debajo.

También hay otros que miran disimuladamente las paredes y los medallones de mosaico; son dependientes de industriales en-



viados para cerciorarse de si les convendrá anunciar allí sus productos; están temerosos de que le sorprenda el agente de publicidad que les hizo la oferta del anuncio, porque si les sorprende, sabrá sacar partido de su vacilación.

No faltan en el andén parejas—que allí están desaparejadas,—pero se adivina que son parejas, porque están como atadas por un hilito invisible: él se pasea nervioso, atento a la llegada del coche; ella está encogida como un puntito negro, procurando pasar inadvertida entre otras señoras que esperan, pasando revista a los que entran y pendiente de los paseos de él.

La complicidad del Metro les ha facilitado o inducido a la aventurilla, y se van al otro extremo de la ciudad. El Metro proporciona la huida febril, un poco novelesca, no hay tiempo de meditarlo, da la sensación de seguridad y parece que rompe de un tirón el lazo que ata a los prejuicios. Cuando se encuentra en la estación de llega-

da, se creen en un país extraño, y así el pecado deja menos huella en la conciencia.

El Metro es, por último, un número más del programa de recreos baratos que ofrece el vecino de Madrid a los forasteros que caen en suerte.

Al regreso de la Parada, después de haber visitado las caballerizas y dado una vueltecita por el Viaducto, lo más indicado es un recorrido en el Metro.

Cuando baja el indígena con su huésped, a esas misteriosas entrañas de la ciudad, se va recreando en la admiración que lo produce; y en el poquitín de miedo que deja traslucir.

Cuando llegan al término del viaje, mientras ascienden

a la superficie, pregunta al forastero:

—¿Qué tal?

Y el forastero contesta un poco aturdido:

—Parece mentira...

RAPHAEL GIBERT



¿CUANTO CUESTAN LAS GUERRAS?

La pregunta no puede ser más oportuna: las guerras cuestan mucho; si la Humanidad hubiera meditado sobre lo que cuestan las guerras hace ya mucho tiempo hubieran acabado las contiendas armadas.

En la guerra ruso-japonesa, gastó Rusia 30 millones semanales.

La campaña anglo-boer le costó a la Gran Bretaña 212.000.000 de libras, o sea, teniendo en cuenta la duración de la misma, 1.500.000 por semana.

Retrocediendo un poco, veremos que la guerra de Crimea consumió la friolera de 7.825 millones de pesetas, correspondiéndole a Inglaterra en dicha cifra una participación de 1.950 millones y a Rusia otra de 3.900 millones.

A Francia le supuso su guerra con Alemania algo así como 7.900 millones de francos, lo que significa un gasto de 25 millones de francos por semana. La América del Norte conquistó su independencia a un precio nada barato, puesto que le costó la guerra 605 millones de dollars. La guerra ruso-turca absorbió 5.000 millones de francos; las guerras napoleónicas, 25.000 millones de francos, y la

guerra de Secesión norteamericana, 7.100 millones de dollars.

De la última guerra universal, 1914-1918, puede asegurarse que no hay estadísticas posibles hasta la fecha.

Según cálculos sólo Europa gastó en guerras durante la primera mitad del siglo xix alrededor de 40.000 millones de pesetas, y vió desaparecer en los campos de batalla 2.500.000 hombres. Sobre esa lúgubre base se puede suponer, aproximadamente, que desde que el primer hombre levantó su brazo armado contra su semejante, la guerra tiene a su cargo 1.200 millones de vidas y 300.000 millones de duros. Reflexionemos un momento sobre lo que esta última cifra representa. Su equivalencia en oro exigiría, para ser conducida de un lado a otro, todos los soldados de que disponen las naciones de Europa en pie de paz, admitiendo que cada uno de ellos cargara con un peso doble del suyo. En monedas de cinco duros, dispuestas en una columna cuya base midiera 150 metros cuadrados, se tendría una altura superior a la del Mont-Blanc.



La araña es una excelente madre de familia; cuando la veas marchar dificultosamente, arras-trando su vientre deforme, estúdiala, si quieres en-contrar en tan insignificante bichejo un tesoro de previsiones maternas.

La verás tejer una red de seda, toscamente hila-da, pero sólidamente fija; sobre este campo de ope-raciones teje un mantel redondo de la amplitud de dos pesetas, con una seda de blancura inmaculada, y de tejido correcto y resistente.

Es la madre previsora que prepara los «pañales» de sus hijos. Cuando termina su trabajo, la pieza de tela tejida parece una escudilla rodeada de an-cho borde plano.

Llega el momento de poner: De una sola y rápi-da emisión quedan depositados en la cubeta los huevos glutinosos y de color amarillo pálido, y to-dos ellos se moldean formando un globo que so-bresale algo de la cavidad de los ingeniosos paña-les. Entonces la araña recoge los extremos del mantel, los levanta poco a poco, y los echa sobre el conglomerado de huevos, resultando de este tra-bajo una píldora de seda blanca, suave al tacto, y tenaz, cuyo volumen varía, pero que en ciertas ara-ñas de campo es como el de una cereza. Un día completo suele durar este trabajo; cuando termina, la madre molida de cansancio, enlaza con las patas su querida píldora y queda inmóvil.

En lo sucesivo, ya no deja su preciosa carga hasta que salgan las arañitas. Con este peso, acues-tas, anda, descansa, busca su presa, la ataca y la de-vora. Tres semanas dura esto, y como ocurre en Agosto, que es el mes favorito para la postura, hace prodigios de habilidad para que sus tiernos vástagos se aprovechen del calor solar; situada a la puerta de su cueva, sostiene en alto con las patas posteriores, la blanca píldora hinchada de gérme-

nes y le da vueltas suavemente para que presente todas las caras a la vivificante iluminación; esto dura la mitad del día, mientras la temperatura es alta.

Una buena mañana, las crías ya nacidas, emer-gen del saco en una sola sesión; los pequeñuelos trepan inmediatamente al dorso de la madre. El saco vacío, harapo ya sin valor, es arrojado fuera de la madriguera.

La infancia de la araña.

No existe espectáculo familiar más interesante que el de la araña madre, durante los siete meses que dura la minoría de edad de sus crías, llevando a todas ellas, que forman a veces dos o tres capas superpuestas, ocupándole la espalda; este enjambré, cuyos componentes pasan a veces de la centena, se deja pasear y vive alegremente desde Septiembre a Abril.

¿De qué viven esos pequeñuelos durante siete meses en el dorso de la madre? Esta no les da parte en sus festines, y mientras come los chicos se es-tán muy quietecitos en su carroza. ¿Vivirán de las exudaciones suministradas por el cuerpo de la ar-ña que los lleva? No.

Se alimentan—según un sabio—de energía solar, el calor y la luz es para ellos suficiente alimento; ¿y por qué no alimentarse de sol, cuando en último análisis no es otra cosa lo que encontramos en la fruta que comemos?

Cuando las arañitas pueden valerse por sí solas cuando pueden salir y entrar en su guarida y co-rrer y trabajar sin necesidad del auxilio materno, entonces se emancipan y constituyen sus hogares, y desde este punto se dedica a tejer trampas para cazar, que es su única distracción y su único medio de vida.

Cómo se tiende una red.

Toda pieza menuda es buena para surtir la despensa de la araña; así que establece sus redes, por doquiera brinca el saltamontes, revolotea la mariposa, vuela el diptero o danza la libélula. Por lo común, urde su tela a través de un arroyuelo, entre los juncos, en los bosques o en los ribazos de poco césped.

La trampa de caza, es un lienzo grande, vertical, de perímetro variable, sujeto a las ramas próximas por multitud de amarras.

La araña realiza su trabajo casi siempre de noche; sale gravemente de su retiro, situado por lo regular entre las ramas o en la grieta de un tapial, y después de meditar su plan con arreglo al lugar y de informarse si la noche será buena, extiende ampliamente sus patas y se deja caer en el vacío, siguiendo la vertical, suspendida del cordón que le va saliendo de su cuerpecillo, misteriosa fábrica de hilados, donde siempre tiene dispuesto un carrete «sin fin».

Próxima al suelo, se detiene y cesa de funcionar su carrete de seda: la araña coge el cordón que acaba de obtener y vuelve a subir por el mismo camino, pero sin dejar de hilar; cuando vuelve a su punto de partida, la araña tiene en su poder un hilo doblado en forma de asa, que flota en la corriente de aire. Fija como le conviene el extremo de que dispone y espera que el otro, agitado por el viento, haya enredado su aro en cualquier ramita próxima. Luego refuerza el cable en sucesivos viajes sobre él, que llega a ser la pieza maestra de la armazón.

Tendido el cable, la araña tiene una base para aproximarse y alejarse a su placer de los apoyos de la enramada. Dejándose caer desde el cable a diferentes alturas, obtiene a derecha e izquierda traviesas oblicuas que unen el cable a las ramas. Estas traviesas soportan, por su parte, otras, de dirección cada vez más cambiante. Cuando éstas son ya bastante numerosas, la araña va de una cuerda a la próxima hilando siempre con las patas de atrás.

De este modo se delimita una superficie poligonal muy irregular en la que ha de urdir la red que es obra de magnífica regularidad. Cuando termina su obra, la original manufacturera pasa y repasa de un radio a otro orgullosa de su obra que le

asegura la comida por unos días, y sólo entonces se retira a descansar a la madriguera,

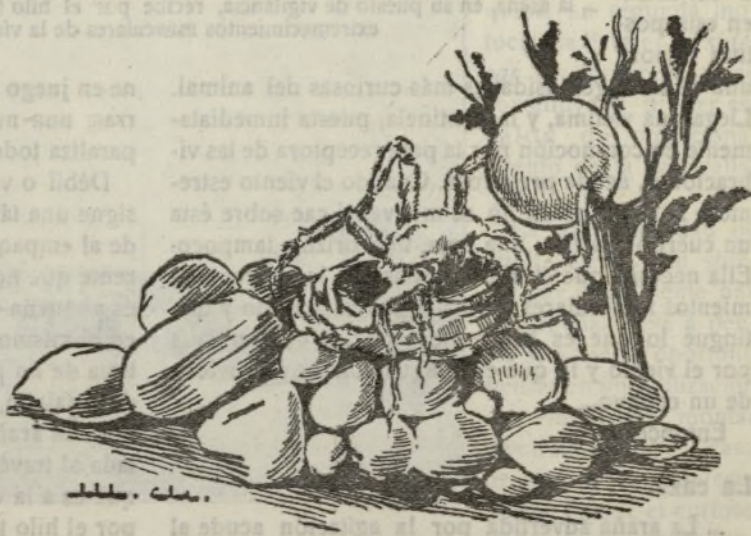
El hogar de las arañas.

Las arañas, cuyas costumbres estoy describiendo—que son unas arañas de campo, especie de tarántulas, de vientre negro con galones pardos en el abdomen y anillos blancos en las patas—buscan su habitación en los terrenos pedregosos, de vegetación de tomillos tostado por el sol. Tales habitaciones son pozos cuyo diámetro medio es de una pulgada y de un pie de profundidad; a la entrada se levanta un brocal, formado de pajas, briznas o de piedrecitas, bien trabado con seda; a veces el brocal está hecho de hojas secas sin desprender de sus tallos, sujetas con ataduras de seda.

La araña es eminentemente casera y trabaja siempre de noche; tiende sus redes donde espera coger abundante caza, pero mientras, no está inactiva; todos los días a la hora del calor sale y se posa en la boca de su guarida; el abultado vientre metido en la embocadura, la cabeza fuera los ojos vidriosos fijamente asertados, las patas dispuestas para el asalto y de esta manera esperan horas y horas inmóviles, saturadas de sol.

Cuando pasa una pieza a su gusto se lanza la espía desde su puesto de observación con la rapidez de una flecha. De una puñalada en la nuca degüella a su víctima; la arrastra consigo arrojándola dentro de su cueva, y vuelve a quedar inmóvil en el agujero...

¿Cómo se entera la araña de que en la red tendida a alguna distancia entre una arboleda o unas



... a la puerta de su nido sostiene la blanca píldora de gérmenes para que reciba las caricias del sol...

matas, que desde su escondite no divisa, ha caído pieza?

Un teléfono de seda.

A cierta distancia de la red, en la maleza o en la boca de la madriguera, jorma la araña la emboscada de hojas y allí se pasa el día inmóvil y recogida; en cuanto algún aturdido se deja enredar, la araña parte al lugar del suceso ¿como lo ha advertido?

Expliquemoslo. Del centro de la red y por la cara interior sale un hilo que sube en línea oblícua fuera del plano de la tela y va al escondite en el que está la araña.

Este hilo es un puente que permite a la araña trasladarse rápidamente a la tela; pero más que puente, es un aparato de aviso, un hilo telefónico; para eximirse de una vigilancia que sería penosa, para reposar tranquilamente y conocer los acontecimientos, la emboscada tiene constantemente el hilo telefónico debajo de una pata. Quien no ha visto a la araña en esta postura ignora



... la araña, en su puesto de vigilancia, recibe por el hilo telefónico la vibración de los estremecimientos musculares de la víctima...

una de las ingeniosidades más curiosas del animal. Llegada una víctima, y la centinela, puesta inmediatamente en conmoción por la pata receptora de las vibraciones, acude presurosa. Cuando el viento estremece la tela la araña no se mueve; si cae sobre ésta un cuerpo muerto, una hoja, una brizna, tampoco. Ella necesita que el hilo le transmita los estremecimientos moleculares que origina el sonido y distingue lo que es la simple sacudida determinada por el viento y lo que es la agitación que proviene de un cautivo...

Entonces...

La caza.

... La araña advertida por la agitación acude al instante; da vueltas alrededor de la pieza la inspecciona a distancia antes de atacarla a fin de conocer

el grado de peligro que ofrece. Según el vigor del bicho así será la maniobra...

Si es una pieza mediana, la araña dándole la cara, recoge un poco el vientre, y toca un instante al insecto con la punta de las hileras, y después con los tarsos delanteros imprime a su presa un movimiento de rotación, convirtiéndolo en un carrete giratorio, que queda atado por la seda que va elaborando la cazadora. Otras veces la araña gira en torno del bichejo capturado, atravesando la tela por encima y por debajo, y le deja fuertemente atado, imposibilitado de hacer el menor movimiento.

Si la pieza es peligrosa—un avispon armado de estilete, o un mantis blandiendo sus patas con garfios y sierras—la araña no se aproxima; le vuelve

la espalda, y a cierta distancia le asesta su máquina de cordelería, funcionando a la vez toda la batería proyecta sobre la víctima verdaderas cintas; bajo semejante alud el insecto más fogoso queda pronto dominado; en vano el avispon po-

ne en juego su puñal y el mantis dispone sus sierras; una nueva oleada de hilos cae sobre ellos y paraliza todo el esfuerzo.

Débil o vigorosa, ya está la víctima atada; a esto sigue una táctica, siempre la misma: la araña muere al empaquetado sin insistencia y sin herida aparente que no mata, pero que le aletarga. Si la caza es pequeña—una polilla, por ejemplo—, se la come en el mismo sitio donde la cazó. Mas cuando se trata de un pedazo de alguna importancia, después de enfajado, le suspende de la parte trasera por un hilo. La araña camina y la carga la sigue, transportada al través de la tela, hasta el punto de descanso, que es a la vez atalaya y comedor; luego, subiendo por el hilo telegráfico, llega a la guarida, enriqueciendo la despensa, para nutrirse los días malos en que las redes son destrozadas por el viento.



LAS MODERNAS MÁQUINAS DE GUERRA

AMETRALLADORAS EN MOTOCICLETAS

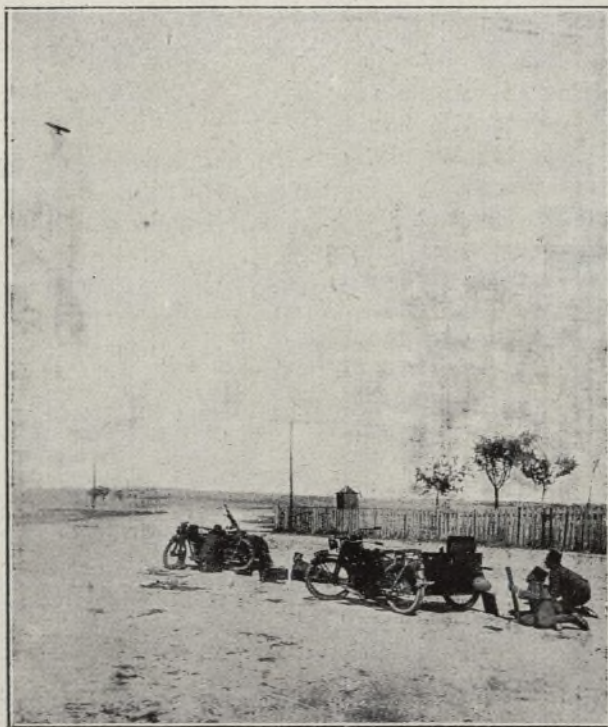
Durante la gran guerra, los ingleses primero, los holandeses después, y luego los demás combatientes, emplearon ametralladoras montadas sobre motocicletas, formando unidades para acompañar a la Caballería en sus reconocimientos.

El éxito obtenido por estas unidades, hizo que al acabar la guerra se pensara en una nueva aplicación de la motocicleta ametralladora. La ametralladora representa siempre una condensación de los fuegos de la infantería, un refuerzo considerable, que aplicado oportunamente en un momento dado puede cambiar la faz del combate. La rapidez de la motocicleta y su facilidad para recorrer los más difíciles caminos, hacen de esta máquina la más capaz para conducir una ametralladora en el mínimum de tiempo al lugar donde debe ser emplazada. El mando disponiendo de una unidad de ametralladoras en motocicleta sabe que posee en su mano una reserva de fuegos que puede hacer jugar oportunamente en el lu-

gar más alejado del combate. Fundada en estas consideraciones, las motocicletas ametralladoras van tomando carta de naturaleza en los ejércitos bien organizados. La organización más común de las unidades es la de destinar dos motocicletas a cada ametralladora. Una motocicleta lleva sobre sí la ametralladora, con un trípode y los cartuchos necesarios para un fuego de alguna duración. Todos

estos efectos se instalan en el *side-car*, el cual lleva también un asiento para el tirador. Otro sirviente se acomoda en el asiento trasero de la máquina. La segunda motocicleta lleva en su *side-car* las municiones que constituye el primer escalón de municionamiento de la ametralladora.

La gran cantidad de motocicletas con *side-car* que actualmente hay en España, lleva a pensar si no sería oportuno pensar en una utilización de ellas para montar ametralladoras en caso de guerra. A este efecto puede citarse el curioso hecho de que desde muchos años antes de la

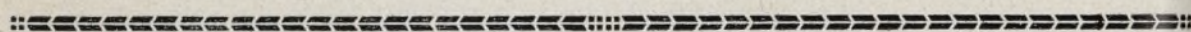


Un equipo de motocicletas Harley-Davidson, con ametralladoras, realizando un ejercicio de tiro contra aeroplanos.

guerra europea, los ingenieros y constructores de automóviles se preguntaban por qué todos los chasis de la casa «Mercedes» (marca alemana) tenían en la parte posterior cuatro agujeros sin utilidad aparente. La guerra dió luego la explicación de este misterio, porque tales agujeros estaban destinados a que en ellos encajasen piezas de hierro para sostener ametralladoras. Y así se vió, que apenas iniciada la guerra, todos los automóviles alemanes destinados en las vanguardias para la conducción de patrullas, llevaban instaladas ametralladoras para su defensa.

Por lo que respecto a nuestro ejército, hace unos días vimos en los talleres que la Casa Landaluce tiene establecidos en la calle Marqués de Riscal, unos

modelos de motocicletas Harley-Davidson con ametralladoras, que la Casa había traído de los Estados Unidos. Nos dicen que habían sido vistos, estudiados y modificados por la Escuela de Tiro, y al efecto nos ofrecen las presentes fotografías que marcan una reciente aplicación militar de las ametralladoras. ¿Significa esto, un punto de partida para que nuestro Ejército cuente con unidades de motoametralladoras? Creemos que en este sentido hacen trabajos los centros encargados por una misión de este asunto. De desear es que el problema no se abandone y se aproveche la actual ocasión para dotar a las unidades de Infantería de un material que tanto puede aumentar su eficiencia en fuego.



ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES

Un médico afirma, que en las batallas por efecto de la excitación de la lucha, el soldado herido apenas advierte el dolor. Muchos soldados no se darían cuenta de estar heridos si no fuese por los gestos y preguntas de los compañeros, que les hacen recobrar la sensibilidad.

El célebre quirúrgico militar Larrey hizo un estudio acerca de la relación entre el estado moral y físico de los combatientes, y estableció que las heridas de los vencedores curan antes, en igualdad de gravedad, que las de los vencidos.

El campo de batalla presenta otros casos más extraordinarios. Hay combatientes que, heridos de muerte, permanecen en pie con la actitud en que les sorprendió el golpe que puso fin a su vida.

Se cuenta el caso de un capitán que en una batalla cargó al frente de un escuadrón y que, muerto por un casco de metralla que le destrozó el corazón, permaneció a caballo con la mano en alto.

La contracción de los músculos de las piernas le sujetó en la silla y recorrió así cinco kilómetros en un galopar furioso, hasta que una sacudida muy fuerte le arrojó a tierra.

...

El árbol más viejo del mundo está en una selva de California. La cima había sido tallada desde hacía mucho tiempo, y aun cuando el diámetro de la sección medía todavía 3 metros 66 centímetros, la altura del árbol en el momento en que se le descubrió era de 73 metros. El tronco sólo medía 34. Este monarca de las selvas lleva el nombre de *Viejo Moisés*. Su nombre había sido grabado en un una

roca vecina del lugar en que fué encontrado el árbol.

Se cree que su edad pase de cuatro mil ochocientos años, y es el árbol más grande que se ha descubierto hasta ahora.

La cavidad que se ha abierlo en el interior del tronco, tiene 23 metros de diámetro. En ella se ha instalado un salón que puede contener más de 150 personas. El dueño ha colocado un piano en el salón, mesas y sillas y celebra reuniones.

...

El bastón tiene un origen antiquísimo. Los egipcios de la clase elevada ya usaban bastones altos con el nombre del propietario escrito en geroglíficos.

El bastón que hoy conocemos, el que podríamos llamar bastón de paseo, sin indicación ninguna de rango ni carácter oficial, lo emplearon por primera vez los elegantes del siglo xv, generalizándose su uso después del descubrimiento de América, cuando se traían de allá cañas flexibles y resistentes que se prestaban a las mil maravillas para el caso.

En la época de Enrique II, en Francia, el bastón acabó de ponerse de moda. Los bastones que se usaban entonces tenían en el puño una cinta para colgárselos de la muñeca, que hace un par de años volvió a estar de moda.

Muchos de los bastones antiguos tenían el puño de forma un tanto parecida a la de una muleta, a fin de ofrecer un apoyo más sólido para la mano. En otros, el mismo puño estaba hueco y servía de caja, donde llevaban algunos el rapé.

Hablando con Millán Astray

Cómo se prepara y desarrolla una operación en el Rif

«Mañana a las 9 en el Instituto del Dr. Decref», dice la carta que recibo del teniente coronel Millán, el bravo jefe de la Legión.

He sido puntual, tan puntual, que he alcanzado a Millán en el camino, antes de su entrada en la clínica. Llega vestido de paisano, echada sobre sus hombros una gabardina que modestamente encubre el brazo en cabestrillo que inmovilizó una bala. Nos saludamos.

—Tenía entendido que la herida fué en el pecho—inquiere.

—Efectivamente, en el pecho fué. Pero tocó la bala en no sé qué centro nervioso, que de resultas, ahora tengo este brazo engarabitado y sujeto a intensísimos dolores. Pero no hablemos de mí. Creo que podrá interesar bastante más a sus lectores que yo le hable de la forma de llevar las operaciones en Melilla. Le traigo como regalo unos planos curiosos, que servirán para dar cuenta de la perfecta, minuciosa y acabada manera actual de preparar una operación guerrera, le hablaré también de la forma de combatir del Tercio. Todo ello, mientras me curen ¿le parece? Así aprovecharemos la mañana.

Mientras tanto, hemos llegado a la clínica. El sabio Dr. Decref, tiene instalado en la calle de Alfonso VI su Instituto bienhechor, en el que la física trabaja para restablecer en el organismo funciones perturbadas por heridas y enfermedades. Al entrar Millán, todos acuden solícitos a él. La enfermera le interroga sobre el estado de sus dolores desde la sesión de ayer.

—Mal, Conchita, muy mal—dice—.Sufro latigazos de dolor, durante los cuales, parece como si con la punta de un puñal me recorriesen todos los nervios. Anoche no he podido dormir y ahora...

Un grito que ahoga su energía ha cortado la frase de Millán. Al sentarse en el sillón su brazo desnudo tocó imprudentemente en el respaldo y la sacudida del dolor ha hecho vibrar todo su cuerpo.

—Es enorme—murmura, y sobreponiendo a la materia su espíritu siempre fuerte, siempre elevado, brillan sus ojos, y hace recobrar a la voz su peculiar tono, apasionado y cálido, mientras aban-



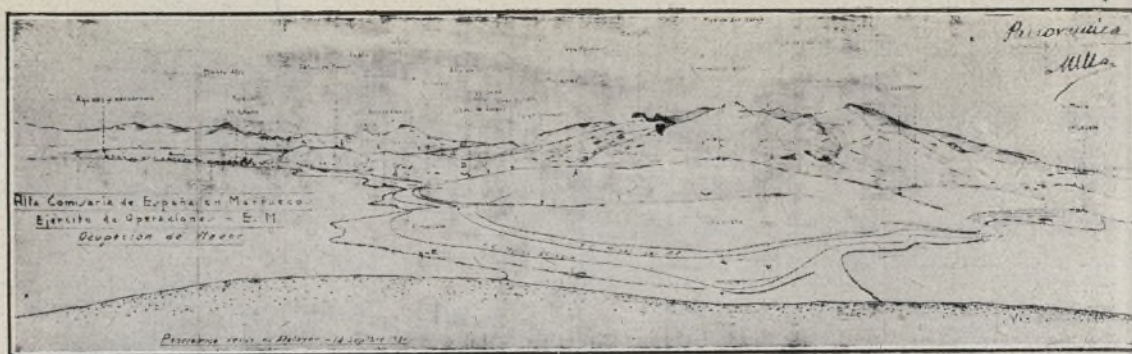
dona al doctor, que acaba de llegar, su brazo para que jueguen en él las corrientes eléctricas que han de devolverle con el tiempo la flexibilidad.

—Así, pues, hablemos de allá...

Estrategia y táctica.

Y habla el jefe que dió vida a la legión...

—Es evidente que las normas generales por que se rige la estrategia no han cambiado ahora en Marruecos. Pero sí han cambiado la manera de llevarlas a la práctica. Hay que tener en cuenta que en la actualidad los moros poseen fusiles en gran cantidad, cañones que manejan bastante bien y granadas de mano que han empleado con relativa frecuencia. La harca es numerosa y nos ha esperado ocupando posiciones fortificadas, habiendo detalles en su manera de combatir que indican conocimientos de guerra moderna. Por todo ello, la preparación estratégica, por parte del alto mando, requiere más depurados requisitos. Hay que operar con extremada delicadeza de detalles, teniendo todo preparado, todo previsto, sin dejar nada fiado a la casualidad y a la suerte.



Vista panorámica del frente enemigo, con indicación de los sitios que han de ir ocupando sucesivamente las tropas. Esta panorámica es la repartida a los jefes de columna el día de la toma de Nador.

Cómo se prepara una operación.

Vea usted una prueba de la perfecta preparación de un combate. Aquí tiene los documentos que se reparten a los jefes de columna en el comienzo de toda operación. Estos fueron distribuidos para la toma de Nador. Son una vista panorámica del terreno, tomada desde el punto origen del avance. En ella se señalan todos los objetivos importantes, y con leyenda roja los que ha de ocupar precisamente la fuerza de cada mando. Se reparte, además, un plano general del terreno; otro más detallado con cuadrícula para situar con toda precisión los más insignificantes relieves; éste es el que sirve principalmente para reglar el fuego de la artillería en forma que vaya barriendo eficazmente los puntos que luego irán ocupando sucesivamente los infantes; y he aquí, por último, para que se vea hasta dónde llega la previsión del mando, un plano del sitio donde se han de concentrar las fuerzas luego de terminado el combate; en él se designan el puesto preciso de cada unidad y la formación de las primeras y segundas líneas de defensa con los cuerpos que han de constituir las.

Como ve, esta preparación es sencillamente admirable. Cuantos elogios por ello se hagan del Alto Comisario y de su jefe de Estado Mayor, coronel Gómez Souza, serán pequeños al lado de lo que merecen. Berenguer, es la capacidad directora que subyuga; Gómez Souza, es la capacidad organizadora que admira.

Con esta completa preparación se llega al campo de la táctica. Y de ello diremos lo que antes: que si no han variado las reglas generales de la táctica, ha variado la manera de aplicarlas teniendo en cuenta la calidad actual del enemigo y no olvidando las enseñanzas de la guerra europea, puesto que en diversos momentos los ataques han tenido todo el carácter de los de una guerra regular. Hay que asegurar el funcionamiento de la Artillería de manera

que su fuego responda siempre a las necesidades de acción. Para esto, todos los proyectiles son pocos y nunca ha de pensarse que se gastan demasiadas municiones de cañón. Ha de tenerse en cuenta además que si antes podía bastar una primera línea de choque y otra segunda de sostén, hoy hace falta contar con la fuerza de las reservas cuya aplicación oportuna puede decidir la acción.

Cómo combate la Legión.

El combate en la Legión, se lleva a cabo aplicando los principios preconizados por Berenguer en su libro sobre la guerra en Marruecos.

El frente se sostiene con tiradores diseminados: es decir, poca densidad de frente. Estos tiradores ocupan el terreno prefiriendo siempre la cresta topográfica, a la militar. Los sostenes, se colocan muy inmediatos y en la contrapendiente, y las reservas se sitúan donde convenga y también en la contrapendiente, pero teniendo gran cuidado de evitar los efectos de rasancia del fuego enemigo.

En el empleo del fuego de fusil, mantenemos en toda su pureza los preceptos del Reglamento de tiro. Claro está que hay detalles, como por ejemplo el que se refiere a las voces de mando que tienen su poquito de variación haciéndolos más prontas y prácticas.

Noticias de la guerra...

En este momento ha entrado en la sala un cabo de legionarios que portador de un paquete de cartas y telegramas se cuadra delante del Teniente coronel Millán.

Ayer se libró el combate de Taxuda y el cabo trae las últimas noticias del campo de batalla. Un gesto del jefe ha hecho que le abran los telegramas y los paseen por delante de su vista. El semblante de Millán se ha contraído. Por un momento creemos que va a llorar... Lentamente, silabeando los



CUERPO DE EM. DEL EJERCITO.

Comisión Geográfica de Marruecos

OCCUPACION DE MADRE

Escala 1:20.000



Mapa del terreno donde se habían de desarrollar las operaciones, que se repartió a las fuerzas con motivo de la toma de Nador. El plano está cuadrículado para referir en todo momento, con gran precisión, la situación de las tropas propias y de las fuerzas enemigas, y organizar, en consecuencia, el fuego de la artillería.

nombres, como paladeando la amargura de la frase con voz de rezo, que suena lúgubremente en la estancia, va leyendo y repitiendo, apellidos y calificaciones... Fulano, grave... Zutano, gravísimo... Son siete bajas de oficiales y 78 de legionarios, la contribución de sangre del Tercio para la última operación.

Durante un rato permanece el Teniente coronel repitiendo los nombres de los compañeros queridos. Uno solo, no le es familiar. Consulta con el Cabo que ejerce de secretario. —¡Ah sí: es el teniente últimamente ingresado!—En la Legión no es raro el hecho de incorporarse una mañana y pasar

la primera lista de retreta en un hospital de sangre, enclavado en una cama...

Otro telegrama colorea con leve tinte de alegría, la mueca de su cara. Es también del Comandante Franco, su segundo, que le comunica el haber sido admitidos en la Legión, 818 individuos procedentes de la expedición de Cuba, 87 naturales de Nueva Orleans, 36 españoles, 4 portugueses y 2 rumanos.

La cara del Teniente coronel Millán refleja en este momento el orgullo de su triunfo, de su bella idea realizada...

No podemos por menos de preguntarle:

¿Se halla contento del resultado obtenido por la Legión?

—Muy contento— responde.—Contento, porque he podido hacer honor a la confianza en mí depositada por los generales Tovar, Villalba y el Vizconde de Eza; y a propósito de esto, tengo interés en

rectificar algo que en el anterior número de ARMAS Y LETRAS, se dice. Es, que si sufrió alguna paralización la organización de la Legión en tiempos del General Villalba, ello fué debido únicamente, según hoy me consta, a falta de consignación en el presupuesto de Guerra, sin que por ningún concepto pueda atribuirse a móviles de otra índole.

La cura eléctrica ha terminado y ahora ha de completarse el tratamiento, recibiendo sobre el brazo lesionado una ducha de vapor. Nos trasladamos a la cámara de vaporización para seguir allí nuestra interesante conversación con el jefe de los legionarios.

Las ametralladoras de la Legión.

—¿Cómo manejan los legionarios sus ametralladoras?

—Muy bien y con excelente éxito. Tengo jefes de pieza muy buenos. En esto se distinguen los extranjeros, quizá por la enseñanza que traen recibida de la guerra europea. Nuestro combate de ametralladoras es especial y se aparta un poco de las normas del reglamento. Las compañías constan de ocho máquinas. En esta organización, no podemos respetar la unidad de tiro. En principio, empleamos cuatro máquinas para batir un objetivo,

pero si el fuego arrecia, entran en función las ocho. Van siempre en primera línea, pegadas a los fusileros, marchando paso a paso con la guerrilla, y sólo ocupan una posición detrás, cuando ésta reúne especialísimas condiciones. Su intervención es en ocasiones tan decisiva, que se puede afirmar que en cuanto las ametralladoras entran en acción con objetivo bien definido, su resultado es rotundo. Te-



Terminado el combate, las fuerzas deben acampar en los lugares prefijados de antemano, según el plano correspondiente. He aquí el que se repartió a las fuerzas el día de la toma de Nador. Marca con todo detalle la situación en que debe quedar la columna y la forma de dejar constituidas dos líneas de defensa.

merosos de esta intervención, los moros la dificultan cuanto pueden, dirigiendo preferentemente sus fuegos sobre las ametralladoras. Y nuestros soldados las defienden formando un parapeto de piedras en cuanto las colocan en posición. Para construir el parapeto en los sitios donde no haya piedras, cada compañía de ametralladoras tiene cincuenta sacos terreros por máquina.

—¿Harán ustedes un consumo enorme de municiones?

—Enorme, superior a toda ponderación. No sólo las ametralladoras, sino los fusileros. Cada legionario, lleva sobre sí en todo momento 210 cartuchos, y disponemos de doce a catorce cargas por compañía en concepto de primer escalón de municiones. Para esto, hago que todos los mulos sean ocupados en llevar municiones, exceptuando únicamente las acémilas del botiquín y del agua.

—¿Cuál es la formación de ataque de la Legión?

—Se ordenan en las compañías en varias alas de guerrillas, y con ellas se lanza al asalto, maniobrando. La maniobra más elemental es hacer aquí una de las alas ataque de frente mientras otra desborda un flanco.

—¿En estos ataques, tan próximos a la acción artillera, ha habido algunas bajas por el fuego de nuestros cañones?

—Sí; nuestros cañones nos han hecho bajas; alguna vez, por falta de enlace; la mayoría de los casos, por explosiones prematuras. Pero estas bajas las sufrimos con tanta resignación, que nunca nos quejamos, y cuando los artilleros nos han dado alguna excusa las hemos aceptado complacidos, alejando de ellos toda responsabilidad.

—¿Y qué me dice usted de sus legionarios?

—Que quiere que le diga, que no esté ya repetido en otras conversaciones... El legionario es un hombre, muy hombre, y con mucho espíritu de compañerismo. Una disciplina férrea, les une formando un bloque indestructible. Y con esta fuerza, guiada por un núcleo de oficiales inmejorables, se pueden afrontar las empresas más difíciles.

—¿Qué recompensas y castigos tiene la Legión?

—Las recompensas, son inmediatas, muy depuradas, pero fulminantes. Los hechos heroicos, se premian el mismo día del combate, con los galones puestos sobre el campo de la acción, si es posible. Por su parte los castigos, son severísimos cuando hay lugar a ellos. Consisten en la degradación, el calabozo individual, en la multa metálica, o en formar parte del pelotón de útiles, que es el calabozo de campaña.

—¿En qué consiste el pelotón de útiles?

—Es un pelotón que con útiles de zapa y sin armamento, sigue a las fuerzas de vanguardia. Son los que allanan obstáculos y franquean pasos mientras los compañeros se baten. Los castigos no pueden eludirse nunca. Hay un principio en la Legión, que dice: «Castigo impuesto, castigo cumplido». En esto soy inexorable, de la misma manera que procuro que no haya mérito sin recompensa apropiada.

Y lo mismo que procuro premiar los méritos de la tropa, es mi deseo que se tenga en cuenta los méritos de los oficiales para que sean premiados en la forma que merecen; y como yo considero, que no hay ninguna recompensa que merezca el deseo de conseguirla, no siendo la Cruz laureada de San Fernando o el avance en la carrera, que ampliando el campo de acción da mayor capacidad para servirla, de ahí la absoluta conveniencia de volver al ascenso por mérito de guerra como medio de evitar el decaimiento del espíritu militar.

La cura toca a su fin. La paciente enfermera da los últimos toques al masaje que ha hecho en el brazo embebido en una nube de vapor. Empiezan a venir amigos que se disputan la conversación del jefe de los legionarios. Millán Astray, tiene para todos una frase cordial, un gesto oportuno y expresivo, tan expresivo, como el apretón de manos que me lanza, como indicándome que cesó por hoy la conversación y que puedo marcharme desde luego para poner en limpio las desordenadas cuartillas que en el curso de la charla emborronó mi pluma...

ARTAGNAN



COSTUMBRES TÍPICAS

El uniforme de los Highlanders



He aquí un grabado moderno que evoca tiempos viejos.

El Rey de Inglaterra revista los Regimientos escoceses vistiendo el clásico traje *Highlander*, el de las brumosas montañas nortenas. En Inglaterra, el progreso no mata la tradición y las polícromas enaguillas, no despiertan la más leve sonrisa de ironía.

En los pueblos meridionales—España por ejemplo—ya hubieran caído arrastradas por el ridículo, como le ocurrió al clásico tambor mayor con porra y todo, y el poncho reemplazado por el capote francés y a éste por el alemán; y al morrión destronado por la teresiana francesa y a ésta por la gorra japonesa que tampoco pudo resistir la invasión inglesa...

Ahora el Tercio de Africa (*nacido* de «extranjeros») ha resucitado nuestro viejo chambergo—que pide una pluma al cintillo—y la clásica y airoso gorrilla de borla; y llegan estas prendas, saturadas por el también añejo ambiente de bizarría y arrojo, que es felizmente lo único que en nuestro Ejército perdura a través de todas las modas y orientaciones...

EL ORIGEN DE LOS “SHAPNELL”

¿Por qué se llaman así esos proyectiles? Pocos lo saben y es bien sencillo. Porque su inventor fué el teniente inglés de Artillería Enrique Shrapnell. Usábase en aquel tiempo, principios del siglo pasado, los proyectiles esféricos y huecos llenos de substancia explosiva que se rompían y dispersaban en fragmentos grandes. El teniente inglés tuvo la idea de introducir en el proyectil buen número de balas y pólvora en cantidad graduada para producir la explosión, aglomerando a tal fin las balas en medio de azufre fundido, dejando dentro un poco de espacio para la carga explosiva. El Ejército inglés adoptó en seguida el proyectil, y aunque muy imperfecto entonces en las guerras de España y Portugal quedó probada su eficacia, comparado con el que usaban los franceses.

Wellington, en una carta dirigida el 13 de Octubre de 1809 a sir John Sinclair, testimoniaba el gran resultado del nuevo proyectil y proponía que se diese a Shrapnell una larga recompensa «por la habilidad y ciencia de su invención». Por este tiempo Shrapnell había perfeccionado los morteros, introduciendo la cámara parabólica y había inventado un freno compensador del retroceso del cañón. Pero sus experimentos habían agotado su modesta fortuna y se dirigió al ministro de la Guerra pidiendo alguna ayuda.

El ministro respondió «que en la Dirección de Artillería no había fondos para recompensar el mérito». Más tarde, sin embargo, el Gobierno inglés concedió al inventor una buena pensión.

El Rubí

Poema

Leopoldo Aguilar de Mera

Publicamos aquí la última producción del admirable poeta, teniente de infantería, D. Leopoldo Aguilar de Mera. Dias antes de su muerte la había enviado al Capitán Profesor de la Academia de infantería, D. Sebastián Pamalola, pidiéndole la ilustrase para ARMAS Y LETRAS. Y dá la curiosa coincidencia, de que el último poema del soldado poeta tiene puesta por él la dedicatoria «In memoriam» y forma su último verso esta triste frase que parece un presentimiento: «Y marchó a la guerra, para no volver».

IN MEMORIAN...

No olvidaré nunca, jamás en la vida,
la tarde que un cuento joh, Amor! me pediste,
con trémulas frases, ya de muerte herida,
tristemente bella, bellamente triste.

En la blanca alcoba, la luz que moría
pincelaba suaves tonos de arrebol.

—¡Mira el sol que muere!—tu voz me decía;
y yo respondía:

—Todas las mañanas resucita el sol.

—Hoy quiero ser niña... Cuéntame una historia
(tu voz era un dulce siloquio infantil);
dime de aquel príncipe de triste memoria,
dime de aquel paje que murió en Abril...

Era el cielo un terso cristal transparente
cautivo en el marco del balcón abierto,
llegaba la rítmica canción de la fuente
y al pie de los álamos se dormía el huerto.

Tu trémulo busto, sobre las almohadas,
delicadamente su fragancia erguta,
y en la transparente luz de tus miradas
semejaba un símbolo la muerte del día.

Y eras una niña, con tus bucles de oro,
tus ojos de cielo, tu gesto infantil,
con tus claras frases de cristal sonoro,
con tus blancas manos de rosa y marfil.

Se asomó la luna, pálida de amor...
se extinguió en los cielos el postrer rubí,
en los verdes álamos trino el ruiseñor...
Yo besé tus manos y te dije así:

El convento, parduzco y gigante,
reclinado en el leve altozano
parece, distante,
como un caminante
dormido en el llano.

Y en el llano que el césped colora,
con un gesto mudo
de sueño y cansancio, la torre incorpora
su torso desnudo.

Sin colinas, sin hondas barrancas,
el valle, a lo lejos, se difuma y pierde;
coronan la torre las almenas blancas
y es una esmeralda la campana verde.

A sus pies un huerto rinde ofrendas reales..
en los verdes prados tapices de Oriente,
búcaros y joyas en los mil rosales,
lanzas y alabardas en los cipresales,
música en las ramas, trovas en la fuente.

En las blancas cúpulas hay un palomar
que con mil palomas la torre engalana
(la torre es un tallo con flores de azahar).

Las palomas de nácar y grana
caen desde las cúpulas batiendo sus flancos,
y al gemir la verdosa campaña,
la torre desfloran en pétalos blancos.

Y hay una monjita, de tocas de lirio,
blanca y leve como la flor del espino...

Se llama Sor Luz...
Coge la dorada miel de los panales,
cuida las palomas, riega los rosales...
(los rosales verdes que adornan la cruz).

Dicen, los que dicen, que fué una princesa,
y que el rey, su padre, por una promesa
de santa piedad,
la alejó del mundo, pese a su cariño...
(Mas Sor Luz prendóse de un príncipe niño
cuando ella era niña. Y esa es la verdad).

De un príncipe niño--pomas entre encajes--
rubio como el trigo, de mirada azul...
Púrpura y armiño vestían sus pajes
y tenía un nombre bíblico: Saúl.

En sus ojos tiene Sor Luz dos gacelas
(sus ojos azules, como los de él).
Y también es rubia, como las candelas,
como sus panales que rebosan miel.

Mas he cierto día que la Reina Gloria
llegó hasta la alcoba del príncipe real.
Llevaba en la diestra la Espada y la Historia.
(En aquella noche de triste memoria
soñó el niño príncipe con ser inmortal).

Y cuando, anhelando gloriosos honores,
cruzó los umbrales de la juventud,
truncó sus amores,
empuñó las armas y rompió el laúd.

Dijo a la princesa que triste, plañía:
—Ve, que el rey, mi padre, me aleja de tí,
y a lejanas tierras a luchar me envía—...
Más yo, como prueba de amor e hidalguía
del campo de guerra te traeré un rubí.

Un rubí gigante, de algún real tesoro,
como una ascua eterna de vivo arbol,
engastado en nácar, en marfil o en oro,
que cuando lo luzcas, se oscurezca el sol.

Y se fué a la guerra con pueblos lejanos
buscando las ramas del verde laurel,
y la princesita de las blancas manos
se encerró en los claustros a rezar por él.

Pasaron dos años
con sus esperanzas, con sus desengaños;
el bíblico príncipe tornó triunfador.
Más... se fué de nuevo tras su roja estrella.
Diz que ni siquiera preguntó por ella...
¡Bah...! La Gloria es bella...

Y teniendo Gloria ¿qué importa el amor?

Por eso lloraba la monja princesa
esperando en vano la dulce promesa,
adorando en Cristo la llaga y la hiel...
Cuidando palomas, regando rosales,
y atendiendo sus rubios panales...
(El Amor, el Perfume y la Miel).

*¿Te acuerdas? La luna su faz ocultó
entre inmaculadas nubes de tisú*

—Sor Luz—me dijiste—era como yo—.

—Quién sabe—te dije—. Quizá fuiste tú.

*Te llamé mi sueño, te llamé mi gloria,
sonreíste entonces delicadamente.
A tu dulce ruego continué la historia...
En la paz del huerto lloraba la fuente.*

Y fué una noche de Abril,
noche de Amor y Quimera,
noche de sueño infantil,
noche de la primavera.

Bajo los verdes boscajes
de tupidas enramadas
soñaban las blancas hadas
con bufones y con pajes.

Tejía entre todas una
un palio que era un tesoro;
otra, en la rueca de oro,
hilaba rayos de luna.

Soñaba en la noche hermosa
con el sol la luna bella,
con el jilguero la rosa
y con el lirio la estrella.

Reposaba el monasterio
con luz de luna vestido.
Todo era paz y misterio
junto al convento dormido.

De la luna nacarada
bajo el pálido reflejo
cruzó la verde llanada
un fantástico cortejo.

En dromedarios jinetes
y dentro de castilletes
con cúpulas de cristal,
iban pajes soñadores
vestidos de mil colores
lanzando un himno triunfal.

Y al ritmo del himno bello,
y sobre el arco del cuello
de los mansos dromedarios,
flameaban rojos tules
vertían flores azules
y agitaban incensarios.

Seguían cien capitanes
en cien blancos alazanes
con gualdrapas carmeses...
Eran de oro las celadas
y las fulgentes espadas
que demandaban rubies
para sus hojas labradas.

Cabalgando en sus bridones,
las lanzas en los arzones,
la altivez en los airones
y la vida en la fortuna;
sus soldados iban luego,
y eran estatuas de fuego
bajo la luz de la luna.



Y tras ellos, treinta esclavos
que habían luchado, bravos,
bajo el sol de treinta razas,
marchaban lentos y mudos,
sin lanzas y sin escudos,
portando pesadas mazas
sobre sus hombros desnudos.

Una carroza dorada
con columnas de marfil

asomó por la llanada
como una nave encantada
bajo la luna de Abril.

Al tronco de plata uncidos
gemían dos elefantes
con arcos guarnecidos
de topacios y diamantes.

Sobre la paz de la tierra,
bajo la paz del azul,

iba el príncipe Saúl
iba, cantando, a la guerra.

Dos hidalgos principales
humildes como vasallos
como mastines leales
llevaban las armas reales
al anca de sus caballos.

Y eran los cascos de plata
y en los mantos escarlata
un topacio cada broche.
Cruzaba la cabalgata
como un sueño de la noche.
¿Quién sabe lo que el Destino,
a quien marcha peregrino,
le depara?

Era de nieve el camino;
la luna amarilla y clara.

Y, tras la carroza real,
un juglar cantaba al son
de trompetas de cristal,
esta divina canción:

«En pos de gloria y honores
»va el príncipe a la frontera,
»no le llores, no le llores
»dolorida plañidera.

»Al príncipe honor y prez.
»Salud a nuestro señor.
»La muerte será a la vez
»la ventura y el honor.

»Por fama imperecedera
»dejó sosiego y amores,
»no le llores, plañidera,
»no le llores».

Y era una dulce sonata,
y era una voz juvenil,
melodiosa, dulce y grata
bajo el azul y la plata
de aquella noche de Abril.

Y la monjita princesa
en sueño de amores presa,
despertando al dulce son,
por las músicas movida
sintió gozar la herida
abierta en su corazón...

«—Decidme, madre priora,
»decidme por mi ventura,
»¿de quién la dulce amargura
»que en el campo canta y llora?

»No oí jamás armonía
»tan bella; jamás la oí...
»me arde la sangre; diría
»que esa dulce melodía
»florece dentro de mí».

Y la priora, celosa
por la oveja candorosa

que es la gala del redil,
queriendo apagar la brasa
dice: «Es el diablo que pasa
bajo la luna de Abril...»

En el huerto conventual,
el agua clara y corriente
sueña con voz transparente
sus amores de cristal.

Y sobre un rosal en flor,
—pebete de vidrio y plata—
un parlero ruiñeñor
lanzaba su serenata,
su serenata de amor.

Y mientras Sor Luz oía,
la dulce voz que plañía,
sobre la paz de la tierra,
bajo la paz del azul,
pasó el príncipe Saúl,
pasó, cantando, a la guerra.

—Su amor, me dijiste, fué como es el mío.
Alzaste los ojos de un lucero en pos,
sacudió tus manos un escalofrío
y por un instante callamos los dos.
Estática, inmóvil, de dolor transida,
en la noche fija tu mirada inerte,
yo vi el firmamento, tan lleno de vida,
temblar en tus ojos, tan llenos de muerte.
Y al ver a tu pena, silencioso el cielo,
tornaste de nuevo tus ojos a mí...
—Sigue — me dijiste, con doliente anhelo...
Yo besé tus manos, continuando así:

Al son de los áureos clarines guerreros
el príncipe rubio cubrióse de gloria;
era sol y espejo de los caballeros,
cantaban sus hechos en los romanceros
y era—bravo y joven—un dios de la Historia.

Sobre su carroza de marfil y oro
torna envuelto en mirtos, laureles y flores...
Detrás sus guerreros entonan a coro
la ruda rapsodia de los vencedores.

Flotan las banderas, pafan los corceles,
tiemblan los penachos sobre los tropeles,
truenan los tambores, plañen los cautivos,
coronan las testas los verdes laureles
y, del polvo espeso bajo los doseles,
engendran las armas relámpagos vivos.

Y vienen esclavos—humanas ofrendas
que envían los reyes de pueblos lejanos—,
los ojos llorosos cegados con vendas,
uncidos en yugo y atadas las manos.

Núviles doncellas marchan, ruborosas,
elevando al cielo dolorosas preces.



De sus cabelleras las capas undosas
velan la fragancia de sus desnudeces.
Los débiles brazos de seda y armiño,
cruzan, indefensas, sobre el casto pecho
como si quisieran amparar a un niño
dormido en un lecho.

Los ricos despojos en la comitiva
muestran, para orgullo del conquistador,

el faisán polícromo de una reina altiva,
y la corza blanca de un emperador.

Tributos que ofrendan remotos países,
pájaros extraños de oro y arrebol,
las pálidas rosas de los pueblos grises,
los frutos que rinden los pueblos del sol.

Palios recamados de gruesos diamantes
que al sol de los trópicos pusiera en celo.

Perlas deslumbrantes

que parecen astros caídos del cielo.

Sedas y tapices, armas y brocados,
pieles de panteras, bruñidos metales,
camellos con ánforas de esencias cargados
y gigantes cofres con tesoros reales.

Lanzan los clarines un grito sonoro
al compás del trueno de los tambores,
y responde a coro
la ruda rapsodia de los vencedores.

Va riendo el príncipe; los alegres pajes
danzan tras la regia carroza dorada.
Cruzan como un sueño los verdes paisajes,
y la noche viene tras la cabalgada.

Vuelve el joven príncipe, vuelve triunfador.
Nadie en todo el orbe le podrá vencer..
El príncipe ríe... ¿qué importa el Amor?
La gloria es eterna, divina y mujer.

De trono glorioso será soberano.
Bajo el sol del triunfo ghabrá quien recuerde...?
Mas la comitiva penetró en el llano
¡y lloró a lo lejos la campana verde...!

Y asomó el convento, parduzco y gigante,
tendido en el césped del verde altozano,
como un caminante
dormido en el llano.

—¿Le esperaba ella? Temblando dijiste
posando tus manos en el corazón.
Y tu voz ahogada fué tan dulce y triste
que sentí en mi pecho tu misma emoción.
Y miré dos gotas menudas de llanto
que arrancó a tus ojos la leyenda mía.
Y fueron tus lágrimas el tesoro santo
que premió el ensueño de mi fantasía.
—¡Ella le esperaba!—

—¿Ves? Yo lo adivino—.

Agitaste, alegre, tus manos graciosas.
Yo seguí contando.

Del jardín vecino

llegaba el perfume de las nuevas rosas.

Azómo el convento; las luces inciertas
del vago crepúsculo, los campos vestían..
El huerto mostraba sus puertas abiertas
y trémulas luces que en su seno ardían.

Y el príncipe rubio con alma de niño
remontó las gradas de piedras añejas,
con su manto grana, cercado de armiño,
y su casco de oro con plumas bermejas,

Entre los jazmines y los cipresales
por el huerto santo cruzaba un cortejo.
Lucían las monjas sus tocas nupciales,
y entre los rosales,
en lágrimas de oro daban su reflejo
los cirios pascuales.

Lloraba en las ramas la brisa doliente,
rendían las flores sus castos aromas,
plañían las aves, gemía la fuente
y alzaban su vuelo las blancas palomas.

—¿Quién es la llorada?—

—La monja princesa—.

¿No la conocisteis? Llamóse Sor Luz.
Dicen que amó a un príncipe.. Cumplió su promesa.
¡Vedla! Ya son nieve sus labios de fresa..
En aquella caja de cristal va presa,
cerrados los ojos, los brazos en cruz.

Dicen que él fué ingrato; que olvidóla un día
buscando en las armas empresas gloriosas..
Ella por amarle, cautiva gemía,
y él por los laureles desdenó las rosas.

Fué triste su vida e infausta su suerte,
y, mirad que extraño: cerca de la muerte
me llamó a su lecho, diciéndome así:
—Si al tornar un día de lejana tierra
algún caballero pregunta por mí,
antes de contarle, ved si de la guerra
me trae un rubí.

Si lo trae, doleos de su desventura,
decidle que es tarde para su alegría,
más... dejad que vierta toda su amargura
sobre el blanco mármol de la tumba mía.

Y si acaso en sueños de gloria empeñado
olvidando amores, olvidó el rubí,
decidle que existo... que nunca he llorado..
que un rey extranjero me brindó un reinado
y hacia mi reinado me alejé de aquí—.

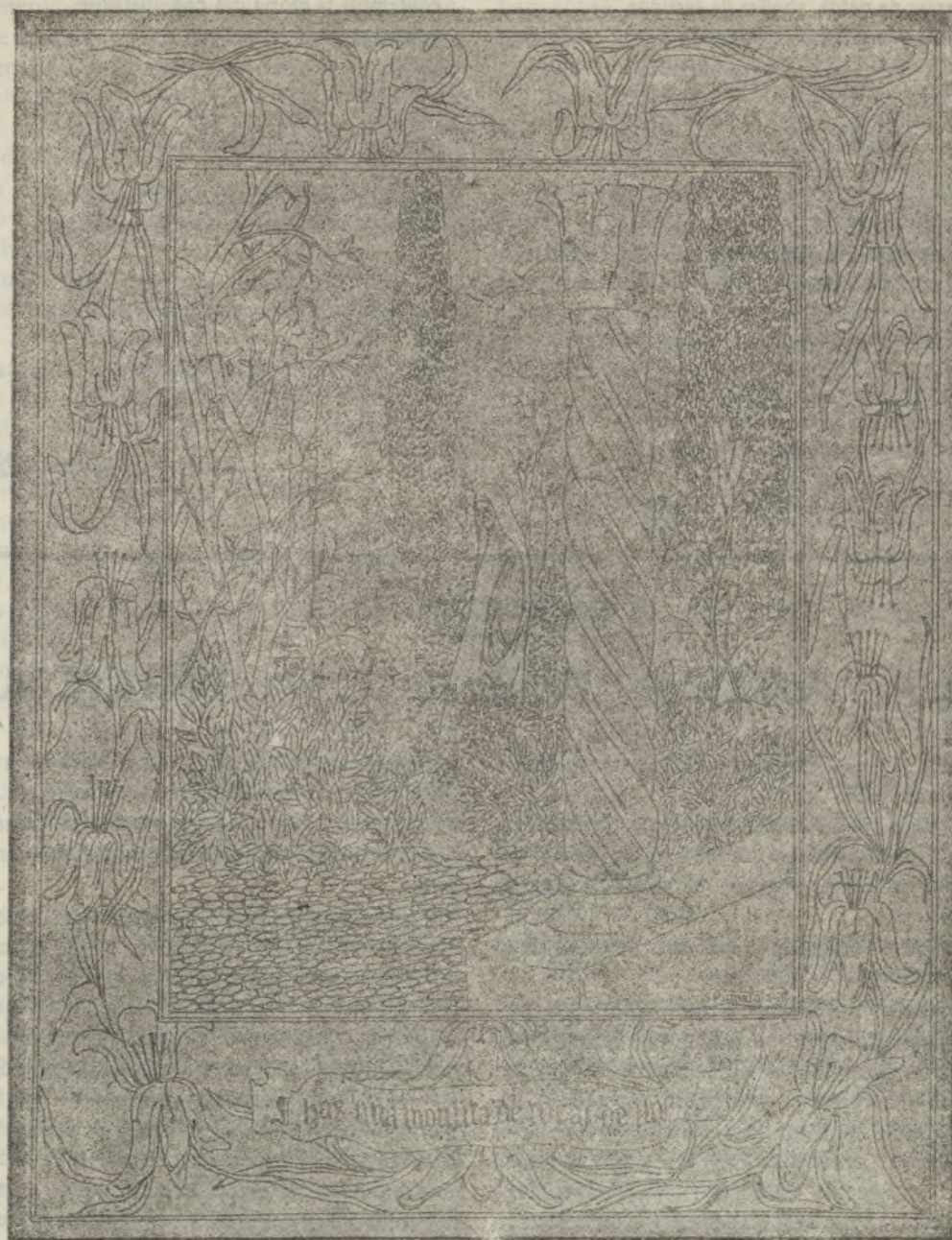
Tal Sor Luz me dijo—con voz balbuciente
poniendo en sus frases su inmensa amargura..
Y murió a la noche... muy calladamente..
como cae la nieve sobre la llanura.

Dijo así la monja, de tocas nupciales
y se fué llorando; mientras al reflejo
que en la noche daban los cirios pascuales,
por el huerto santo se perdió el cortejo
entre los jazmines y los cipresales.

Y en aquella noche llena de misterio,
noche perfumada de la primavera,
sobre la llanura, frente al monasterio,
como una gran rosa floreció una hoguera.

Alzaron las llamas sus lenguas gigantes
que al viento ondulantes,
ya al cielo elevadas, ya al suelo abatidas,
lanzar parecían ayes, oraciones,
sordas amenazas, lúgubres canciones,
horrorosos gritos, voces doloridas.

Y ardieron los palios de púrpura y oro,
las flores exóticas, el regio tesoro
que premió la gloria del conquistador,
y las castas vírgenes de la comitiva,



y el faisán polícromo de la reina altiva,
y la corza blanca del emperador.

Y ardieron los frutos de pueblos lejanos
los cofres de oro, las ánforas blancas,
los camellos rojos de gráciles manos
alargados cuellos y robustas ancas.

Los raros perfumes, los ricos tapices,
las armas por manos de rey ofrendadas,

los esclavos míseros, cual verdes raíces
torcidos debajo de las llamaradas.

Y entre los quejidos
se alzaban al cielo roncros alaridos,
crepitar de fuertes astas de banderas,
arder de gloriosas enseñas guerreras,
rebotar de aceros sobre aceros rudos,
terribles blasfemias de pueblos remotos,

desgarrar de petos, abollar de escudos,
y crujir de mazas sobre cráneos rotos.

Ajeno al estrépito y al horrible coro
de gritos, chasquidos y lúgubres quejas,
contemplaba el príncipe su regio tesoro
mal aprisionadas las rubias guedejas
por el casco de oro,
y al viento flotantes las plumas bermejas.

—¡Oh, Gloria! ¡Fantasma de mi juventud,
que amamantas monstruos de tu impuro seno...!
(El clamor del príncipe rodó como un trueno
y murió a lo lejos con ecos de alúd).

—Sueño de mis sueños... virginal princesa...
por la Reina Gloria me olvidé de tí.
Un rubí gigante fué aquella promesa
que cuando era tuyo mi amor, te ofrecí.

Hoy arrepentido, retorno al amor.
¡Ten piedad de mí!
Desde el claro cielo—tu azul mirador—

contempla la gloria del conquistador
por desenojarte trocada en rubí.

.....
.....
Fulguró en los cielos una blanca estrella
que con sus temblores de luz sonreía,
y debajo de ella,
rasgando los tules de la noche bella,
como un rubí inmenso la hoguera fulgía.

.....
.....
Se acercaban, tímidos, por el cielo azul,
los blancos fantasmas del amanecer.
Cabalgó el doliente príncipe Saúl.
¡Y se fué a la guerra para no volver!

Leopoldo Aguirre de Mena

EFEMÉRIDES

LA MUERTE DE CHURRUCA

Amaneció al fin el día tristemente glorioso del 21 de Octubre de 1805.

A la derecha se veía una sombra casi invisible.

Era el cabo de Trafalgar, y más cerca también y a la izquierda hasta perderse de vista, la línea de nuestros buques.

El «San Juan» ocupaba el extremo derecho de la línea de combate.

—Ya estamos colocados y mal colocados por cierto—dijo un teniente de navío con muestras de gran descontento.—Sólo a Villeneuve se le ocurre formar esta línea enorme que puede ser quebrantada de cualquier manera. En cambio, allí se vé la mano de Nelson, mano inteligente y genial como suya. Quisiera ver la cara que pone nuestro almirante Gravina, al ver como el enemigo se forma en dos columnas perpendiculares a nuestra disparatada línea. A todo esto la mar está gruesa y el viento más fuerte de lo que sería menester.

Estábamos cerca del puente y sobre él se hallaba Churruca rodeado de gran número de oficiales, a los que hablaba en voz lo bastante alta para que sus palabras llegaran a mis oídos.

—Los enemigos van a cortar nuestra línea por el centro y a atacarnos por retaguardia; por consiguiente vamos a quedar envueltos y en inacción la mitad de nuestra línea, si el general francés no

pone pronto la señal de virar por avante a un tiempo y doblar a retaguardia para coger al enemigo entre dos fuegos, destruyéndolos antes de que lleguen aquellos nueve navíos que están muy atrazados.

Esto dijo Churruca textualmente, y con gran clarividencia, pero Villeneuve, lejos de mandar la maniobra que el gran marino apetecía, ordenó otra que debió ser una gran torpeza puesto que vi que Churruca, impaciente y malhumorado, exclamó con indignación, dirigiéndose a su segundo:

—El general francés no conoce su obligación y nos compromete... ¡Qué funesta ha sido siempre para España la unión de sus escuadras con las francesas! ¿Recuerda usted lo que decía días pasados del cabo Sicié y del combate de Finisterre en que fuimos abandonados?

Sin embargo, era forzoso obedecer la orden, y pronto el ronco redoble de tambores llamó a cumplir su deber a todo el mundo.

Los barcos ingleses veíanse ya distintamente sin auxilio de antejo, y a la cabeza de las dos columnas que formaban, iban arrogantes y provocativos el «Victory», arbolando la insignia del almirante Nelson, y el «Royal Sovereign» al mando de Collingwood.

A bordo del «San Juan Nepomuceno» todo esia-

ba en orden, los artilleros junto a las piezas, con el estopín encendido; la oficialidad espada en mano, los marineros atentos a la voz de mando, y reinando sobre aquel conjunto de valientes con un pie ya en la eternidad, profundo y solemnísimos silencio.

Subió Churruca al alcázar, llevando a su lado al capellán del buque revestido de blanca sobrepelliz; y todos de tácito acuerdo, con los ojos húmedos y el pecho oprimido, caímos de rodillas.

Habló Churruca, y en voz alta y perfectamente perceptible, dijo:

—Cumpla usted con su ministerio: absuelva a esos valientes, que no saben lo que en la batalla les espera.

Pronunció el sacerdote con voz entrecortada las palabras sacramentales, y alzóse en el aire su diestra dándonos el perdón de nuestras culpas y la bendición del cielo.

Del sublime recogimiento que embargaba nuestros ánimos nos arrancó la voz poderosa y vibrante de Churruca que, como el eco del clarín tocando a ataque, nos hizo poner en pie súbitamente, con los ojos chispeantes de entusiasmo y el corazón palpitante.

—Hijos míos—rugió el gran marino—en nombre del Dios de los ejércitos, prometo la bienaventuranza al que cumpla con sus deberes: el que a ellos falte, será fusilado; y si escapa a mis miradas o a las de los valientes oficiales que tengo el honor de mandar, sus remordimientos le seguirán, mientras arrastre el resto de sus días miserable y desgraciado.

Dijo, y por tres veces dió el grito de ¡viva el rey!, que fué contestado por todos, incluso por mí, que me sentía presa de extraña y arrebatadora demencia, con un entusiasmo frenético y delirante.

Y llegó la hora suprema. La poderosa voz de Churruca, agigantada por el eco de la bocina, gritó: «¡Fuego por babor!», y con el grito coincidió el fragor inmenso y la llamarada aterradora, producidos por la simultánea descarga de cuarenta cañones.

Cargóse la atmósfera de asfixiante olor de pólvora y de densísimas nubes de humo. A la descarga contestó una avalancha de hierro y fuego que escupió el enemigo y que barrió la cubierta del «San Juan Nepomuceno» como la hoz del segador tumba las filas de la mies.

El fuego, que hasta entonces se había circunscrito a la mura de babor, o sea, a la izquierda del barco según se mira a la proa, se generalizó a poco. No se oía nada: tal era el estrépito de los cañones, el chasquido del maderamen, los gritos de los vivos y los gemidos de los moribundos.

Estábamos rodeados por seis buques ingleses, que a la distancia de medio tiro de pistola, vomitaban sobre el «San Juan» el horrendo y continuo torbellino de metralla que despedían quinientos cañones al ser disparados a la vez.

Churruca, pálido y sereno como siempre, con fría impassibilidad recorría las baterías, vigilándolo todo y animando a todos con su firmeza soberana.

El mismo apuntó un cañón con el mayor esmero: animaron arrimó el estopín al fulminante, y el fragor del di-paro unió su voz a las demás que formaban aquella grandiosa y terrorífica sinfonía.

En aquel momento alguien lanzó un grito desgarrador que debió sobreponerse al tronar furioso del combate; grito de espanto y de dolor que nos hizo volvernos bruscamente y palidecer como muertos.

Churruca yacía en el suelo en un charco de su propia sangre, manteniéndose a duras penas medio incorporado sobre el brazo izquierdo.

—Esto no es nada; siga el fuego—dijo serenamente el héroe.

Una bala de cañón le había arrancado una pierna por la ingle.

Llevámosle a hombros, como Dios nos dió a entender, hasta la enfermería, donde se le acostó y se le prestaron auxilios a todas luces inútiles, dado el carácter mortal de la herida.

Rodeaban el lecho donde Churruca agonizaba el segundo comandante del «San Juan Nepomuceno», D. Joaquín Núñez Falcón; el cuñado del héroe; el guardia marina D. José Ruiz de Apodaca, y algunos otros oficiales.

Todos con el dolor y la consternación pintados en sus rostros, manchados de sangre y ennegrecidos por el humo del combate, presenciaban con hondísimo dolor la rápida extinción de aquella preciosa vida. Yo tuve la triste satisfacción de asistir al lúgubre espectáculo y de oír las últimas palabras que el moribundo, investido ya de la augusta serenidad de la muerte, dijo con voz fatigada a su cuñado Ruiz de Apodaca:

—«Que claven la bandera. Dí a tu hermana que muero con honor, queriéndola y amando a Dios sobre todo».

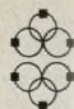
Inclinó la cabeza a un lado, cerró los ojos y apaciblemente se durmió para siempre en el seno del Señor, a quien invocaba aquella santa víctima de su heroísmo y de su amor inextinguible a su Dios y a su patria.

El casco del «San Juan Nepomuceno» se conservó muchos años en la bahía de Gibraltar, con su cámara cerrada y una lápida en letras de oro sobre la puerta con el nombre de Churruca.



DESPUES DE LA TOMA DE NADOR

PÁGINAS PARA LA HISTORIA



Nuestras tropas han entrado en Nador, el eco de la victoria alcanzada por las Armas de España lleva efluvios de patriótica alegría al alma nacional; son vitores y aclamaciones que como homenaje unánime se tributa a los bravos que empiezan a vengar la horrible ofensa inferida por las audaces kábilas de la chusma rifeña, a los portadores del progreso y la civilización en sus agrestes tierras.

A la entrada en Nador de las tropas vencedoras, las miradas de aquellos bravos actores de la lid sangrienta; se clavaban en un punto concreto de aquél teatro de añoranzas tristes y de recuerdos de horror en la fábrica de harinas y electricidad.

Allí están sus muros, mudos testigos fehacientes de la tragedia pasada; sus paredes ennegrecidas, su ruinas con las huellas de la lucha sostenida, pregonan con una elocuencia aterradora que por allí fué un día el paso de la muerte, allí, tras los débiles muros de un edificio comercial donde sonaba el alentador ruido de la manifestación industrial y actividad mercantil, con la alegría que comunica al ánimo la prosperidad del trabajo y la riqueza, por las vicisitudes de la guerra se trocó en campo de lucha, en teatro de sangriento duelo, donde los hijos de Marte, en plena actividad, defendían el honor de la bandera y la fe inquebrantable que heredaron de sus mayores.

La fachada de aquel edificio semeja una criba, no hay palmo en ella donde el plomo traidor de la rebeldía no marque sus impactos y el disparo del rifle no haya dejado su huella rebeladora del tránsito de la muerte.

Ahora, observando aquel inmueble, aquel testigo mudo del heroísmo de un puñado de soldados que defendieron con la bravura ingénita de la raza, aquella casa, se comprende cuantas tribulaciones pasaron en aquellos días interminables de la defensa, en aquellas noches trágicas en las que entre el ruido de las descargas, las imprecaciones de los

exaltados tiradores, los resplandores de los fogonazos, el estampido del cañón y el eco enérgico de las voces del mando, veían estóicos desfilar la muerte eliminando a sus compañeros que caían exánimes o se retorcían de dolor en aquellos locales en tinieblas, donde al pie de las máquinas y aparatos de electricidad, privados por completo de todo auxilio facultativo, por que allí se carecía de ello, aguardaban resignados quizá el fin trágico.

Viéndose hoy a aquella fábrica destruída, ennegrecidas por el humo sus paredes, con las huellas de la penetración del proyectil del cañón enemigo

en sus muros, se aprecia bien claro el heroísmo del teniente coronel Pardo y los valientes que allí a sus órdenes, con el pensamiento puesto en la patria y la voluntad decidida, rechazaban briosos las acometidas de la harka hambrienta de sangre española que trataba inútilmente de apagar el vigoroso fuego de los defensores.

Al pisar las tropas vencedoras en Nador aquel triste recinto, glorificado ya por la virtud

militar acrisolada de Disciplinarios y Guardias civiles, de Regulares europeos y soldados de distintos Cuerpos, absortos al contemplar el teatro de sus hazañas, alavaban unánimes la firmeza y el tesón de aquella defensa, llevada al límite extremo que la materialidad humana permitió, y el espíritu de compañerismo se reflejó instantáneo al visitar los valiente infantes de la Princesa la tumba donde descansa el sueño de la eterna gloria el infortunado cual bravo comandante Sahun, colocando sobre ella una modesta cruz de pino, tosca, pobre y humilde pero rica y hermosa por el alto significado de ofrenda que en sí encierra; llevando en sus brazos esta inscripción:

EL BATALLÓN DE LA PRINCESA NÚM. 4

A LOS

DEFENSORES DE LA PATRIA



Grupo de jefes y oficiales de la guarnición actual de Nador. Alguno de ellos tomaron parte en la heroica defensa del poblado cuando los sucesos de Julio.

Esta dedicatoria puesta en aquél sepulcro, único de los que allí sucumbieron que fué posible enterrar, está dedicada a todos los que en los distintos días de la defensa, fueron rindiendo la vida en las horas amargas del heroísmo, nimbado por la gloria del valor y bien merecieron un recuerdo de patriótica piedad, aquellas víctimas del honor militar exaltado y del amor a la bandera querida; por que sus nombres aureolados por el prestigio del honor patrio, han pasado a abrillantar las páginas de oro de nuestra marcial Historia.

Los que viven eternamente por su tránsito glorioso, en los anales de la inmortalidad, en la defensa de Nador, fueron los siguientes:

El 24 de Julio, el paisano D. Manuel López Vega y el Comandante de la Brigada Disciplinaria don Wenceslao Sahún Navarro, muertos ambos de herida de bala en la cabeza.

El 25, el soldado de Ingenieros de la Brigada Automovilista D. Jesús Díaz Collado, herido de bala en la cabeza y en el pecho.

El 26, el soldado del regimiento de Ceriñola don José Bernabé, de herida de bala en la cabeza; el paisano D. José Pérez Sabio, de herida de bala en la espalda y el Teniente de Intendencia D. Ricardo Iglesias González, de un balazo en el vientre.

El 31, el soldado del regimiento de Melilla don Gregorio Escudero, de un balazo en la cabeza y el Cabo del Grupo de Regulares Indígenas de Melilla núm. 2, D. Cesáreo Iglesias, de herida de bala en la boca.

El 1.º de Agosto, el soldado de la Brigada Disciplinaria de Melilla, D. Claudio de Rosas, de resultas de heridas recibidas en los primeros días.

Y el día 3, el paisano D. Juan Moreno Aragonés, de resultas de herida de bala en la cabeza, recibida el 31 de Julio anterior.

Unase a esa relación de honor, cincuenta y cuatro jefes, oficiales, clases, individuos de tropa paisanos que durante los días de la defensa resultaron heridos graves, leves y contusos y este sólo dato que acusa el total de bajas, es de por sí harto elocuente para confirmar con exceso, la impresión que se obtiene admirando los acribillados muros de la Fábrica, los taladrados paredones del edificio, donde por diez días consecutivos sostuvieron enhiesto el pabellón de la Patria, un puñado de españoles acosados por la traidora chusma rifeña.

Allí en el antes floreciente poblado de Nador, de la Zona de nuestro protectorado, aquellos valientes soldados de España, privados de toda clase de auxilios, con escasísimas municiones, sin comer y sin dormir, tuvieron alientos y coraje noble y exaltado, batidos por fuego de cañón, para resistir a la harka criminal que cubrió de duelo el territorio del Rif.

En las adjuntas fotografías, puede apreciarse el edificio que fué Fábrica de harinas y elec-



Fábrica de harinas de Nador, donde se resistieron diez días un grupo de diversos cuerpos al mando del Teniente Coronel de la Brigada Disciplinaria, D. Francisco Pardo Agudín.

tricidad de la Compañía Colonial de Industria y Comercio, en el estado en que quedó al salir de ella los defensores el 2 de Agosto, las restantes son grupos sacados después, al pie de ella de jefes y oficiales de los que hoy la guarnecen, y de los que algunos de ellos tomaron parte en la defensa heroica.

Es la página de Nador, uno de los episodios más reveladores del valor y la virtud militar benemérita de los soldados españoles, que cumplieron como buenos en los inolvidables días del desastre lamentable de la zona rifeña. Ellos, con un jefe joven y animoso, pusieron muy alto con su heroica conducta en aquel edificio sin condiciones ningunas para baluarte defensivo, el honor de la bandera y su propio espíritu de militares y de patriotas.

MARSFILO.

NOTAS DE LA CAMPAÑA



Los muertos mandan.

Nuestras tropas avanzan victoriosas, reconquistando el terreno perdido en un día infausto, que ya parece muy lejano ...

Como el nuevo Ejército de Melilla, trajo a la guerra el firme propósito de vencer; cómo fué despedido en la península con entusiasmo alentador, por los amigos que le encargaron que venciera; como llegó convencido de la necesidad del sacrificio para vengar a las víctimas y restaurar el prestigio nacional, vence, triunfa, domina ...

Pero aunque hubiera llegado sin esa preparación moral, aunque nada supiera de lo pasado, de todos modos el triunfo sería suyo; porque de la tierra—de esta tierra tan ingrata y tan arisca—surge el mandato; surgen en el camino como arengas, como toque de clarín que ordenan ¡a la carga! los restos de los hermanos sacrificados ...

Esos restos amados—que el cruel enemigo no se cuidó de darles la paz de la tierra están en el camino, como jalones que marcan la ruta a seguir: en sus ojos abiertos al cielo, en sus manos crispadas por la rabia, está el mandato inexorable: ¡adelante!

Ese testamento ...

¡Adelante!

Y al llegar a Nador, el mandato está escrito:

En una habitación, que es una reliquia, aparecen ante los ojos de los que en ella entramos, revueltos en confuso montón, los cadáveres de hombres, mujeres y niños; las huellas de la fusilería demuestran que fueron hostilizados; después sitiados hasta morir de hambre y sed algunos, y por último barbaramente martirizados y ultrajados ...

¡Ese niño cuyos piecitos de nieve aparecen fuertemente ligados con alambre a un madero!, ¡esa mano cortada y calcinada, esa mujer con los senos cercenados!...

Y escrito en la pared, con lápiz, este letrero, que es de lo más grande, de lo más sintético de la tragedia:

«Si alguien entra en este cuarto sepa que hemos muerto quemados 30 defensores y dos mujeres y llevamos cinco días sin comer ni beber y nos han hecho mil perrerías. Así, hermanos españoles, ven-

garnos y pedir por nuestras almas. Yo, Juan, el Botero de Nador, natural de Málaga.»

¡Qué testamento más elocuente! ¿Cómo pudo ese rudo y humilde hombre escribir eso? Firma como un Rey: *Yo, Juan*: no añade su apellido: es *Juan*: es *él*, que pide venganza; es el pueblo, es la Raza, ¡adelante!...

Y no hay quien se oponga...

Y adelante vamos: hay que sacar a los lobos de sus guaridas; estos viles saben que no hay perdón para tanta maldad, y se pegan al terreno y lo defienden palmo a palmo y lo cobran caro; ¿pero cómo podrá la barbarie salvaje detener a esta ola de oro y de sangre que avanza arrollándoles, impulsada por el dolor, por la dignidad y por el mandato de sus muertos?

No conocían de España, más que el grato sonido de su moneda y el afectuoso gesto de su sonrisa; a una hipócrita zalamería, respondíamos con un efusivo apretón de manos...

¡«Estar amigos»! Apenas oíamos la frase, ya empezaba el diálogo de corazón a corazón; y allá iba la buena semilla a enriquecer sus graneros, y los alarifes a reconstruirles los morabitos, y los médicos a sanarles sus enfermos, y los maestros a educarles los hijos, y las jaimas astrosas se convertían en caseríos y las carreteras cruzaban el territorio como lazos que iban ligándolos a la civilización y al bienestar...

Ahora ya «no estar amigos de España». ¡Estaba escrito!

Un General Español.

El heroico Navarro continúa prisionero. No hace mucho, el moro amigo Dris-Ben Said, al despedirse de él en la playa de Axdir para venir a Melilla, le preguntó:

—¿Quiere usted algo, mi general?

—Quiero que digas al general Berenguer—contestó el barón de Casa-Davalillo—que si Abd-el-Krim pide por nuestro rescate algo que afecte a la dignidad de España, se niegue rotundamente a otorgarlo, pase lo que pase.

¡Qué gesto más hermoso, mi general!

Recuerdos del nueve...

Al recorrer de nuevo estas llanuras de Arkeman. Aograz y Tahuima; al contemplar Nador, Zeluán y Sebt, evoco las escenas del nueve.

En zoco el Arba inauguramos el cementerio; allí a orillas de Mar Chica, enterramos al sargento Leandro: ¡con qué solicitud le hicimos un tosco ataúd con cajas de galleta! Le velamos por turnos, y hasta los «pacos» hicieron salvas en su honor; luego, sobre la sepultura, dibujamos con piedrecitas una cruz y depositamos unas flores silvestres.

Nador, la población que contemplo hoy ultrajada, la vi nacer a la vida; el trazado de sus calles me es familiar; lo que hoy son casas eran entonces barracas de madera; una de las primeras fué barbería donde un Fígaro malagueño colgó a la puerta una vacía de hojadelata; ¡oh inmortal yelmo de Don Quijote!

Tahuima; en uno de sus pozos, sacié la sed de tres jornadas,

Sebt: ayudé a levantar el primer parapeto de la posición que la coronaba.

Zeluán: en una noche triste, vi el cadáver de Díez Vicario, al que daban guardia de honor más de sesenta muertos y dósientos heridos.

Han pasado doce años.

¡Huí toma!... ¡huí dale!..

Son los mismos madrileños, que pasan junto a mi tienda, zangoloteando el estribillo callejero, que les recuerda la calle de Toledo.

¡Muchachos, salud! Hace doce años también iba

yo con mi fusil al hombro coreando el timito de la época: «¡Ahi vá, ahi vá! ¡el tío del gabán!»

Cavalcanti.

Tizza era en la fecha de este episodio la posición más avanzada de Beni-Sicar; el enemigo rabioso en la pendiente de su fracaso, sintiéndose cogido por la tenaza del avance, se había juramentado para impedir a toda costa el aprovisionamiento de Tizza; soñaba repetir el caso de Igueriben...

Avanzaban las columnas protectoras del convoy, hostilizadas furiosamente por el enemigo parapetado en trincheras y en las casas aspilleradas del poblado inmediato a la posición; era una cortina de fuego que impedía avanzar a nuestras guerrillas y diezmaba la vanguardia...

Cavalcanti dirigía la operación desde Sidi-Amarán; el convoy no avanzaba; el general se trasladó al Gareb; la operación seguía lenta, muy lenta... ¿cumplirían los moros su juramento?

Los momentos eran críticos; caracoleaba inquieto el caballo del general; el leve roce de las espuelas le puso al trote y tras el general, gran jinete, su Estado Mayor y su escolta.

Llegaron a la cabeza del convoy; Cavalcanti se dirigió al capitán que le mandaba, y le dijo: «Yo voy a Tizza, usted viene detrás de mí con el convoy, y cuando llegue, porque usted tiene cara de ser de los que llegan, se me presenta.»

El capitán Aranguren saludó militarmente y reanudó la marcha sonriente; los bravos soldaditos de Intendencia le siguieron.



Diferentes tipos de los rifeños que actualmente constituyen la jarka.



El Marqués de Cavalcanti, Comandante general del territorio de Melilla.

tra en Tizza; los fanáticos rifeños desmoralizados huyen...

A las puertas de la posición Cavalcanti ve llegar a sus bravos; los soldados que le rodean le abrazan, le estrechan las manos...

¿Tu sabes quién soy yo?—pregunta a uno que tiene cerca.

¡Un valiente!—contesta el muchacho.

Sanjurjo.

¡Qué generalazo!...

...Cualquiera lo diría, viéndolo tan chiquito, tan modesto, tan fraternal en su gesto y en su sonrisa, que era «el cabo gastadores» del avance...

La columna Sanjurjo es la escuadra de gastadores del Ejército de Melilla. De Sanjurjo no puede bocetarse un episodio saliente, no se le puede poner un día con letras gordas, por un éxito o un rasgo, porque siempre es el éxito siempre está en la cumbre, siempre vive en episodio saliente; y esa misma continidad de la gloria militar, de la pleni-

Cavalcanti miró a su alrededor y al ver cerca de él un puñado de soldados del quinto de Zapadores que trabajaban con palas y picos, les arengó:

—«¡Muchachos: que no se rían los moros de España! Hay que ir allí, ¿queréis seguirme? El que no sea un cobarde que tire los picos y cale el cuchillo al fusil.»

Y treinta hombres, dando vivas, con las bayonetas en alto, con toda la arrogancia y la valentía y la fe de la Raza, se lanzan al asalto, entran en el poblado, sigue el convoy, se lanzan las guerrillas, se contagian los batallones, crece el entusiasmo; ¡adelante! ¡a la bayoneta!.. Se coronan las lomas; el convoy entra

tud guerrera, le difumina, le anula, le desadjetiva; la gente ya no dice «el heroico Sanjurjo», ni «la serenidad de Sanjurjo», ni «el golpe de vista de Sanjurjo»; dice sencillamente SANJURJO.

Y al cronista le ocurre lo mismo; SANJURJO va tan delantero que no se le ve; y a sus órdenes Castro Girona, que es a veces como una cometa que se remonta, y a veces como el haz de un reflector, como el eje de un abanico, cuyo varillaje es de carne de héroes.

A Sanjurjo no le vimos el día que nuestros soldados coronaron el Gurugú; él tampoco oyó las salvas, ni vió ondear la bandera en los picachos de Kol-la; Sanjurjo estaba en Taxuda, conteniendo a la jauría que quería aguararnos la fiesta; sus soldados fueron ese día el seto de alambre espinoso, en el que las chilabas de la morisma quedaron hechas jirones...

—¿Pero cómo es posible—preguntaba un testigo—remontar esas barrancadas, gatear esos repechos, alcanzar esas cumbres?

—Está detrás Sanjurjo,—contestaba cualquiera.

La ternera.

He visto sacrificar la primera ternera; ¿por qué no se cambia el ritual de la pleitesía norma?

Me gustaría algo más simbólico, y no tan bíblico, pon ejemplo: el más caracterizado de los presentados poner el brazo en un tajo, y ¡zas!, él mismo cercenarse la mano como «dando a entender» que ya no dispararía más con ella...

Porque la ternera es tan humilde, tan indefensa, tan débil y mira de un modo tan lastimero a sus verdugos, que recuerda a aquel niño de Nador, atado con alambres a un madero, a aquella mujer clavada con una estaca en el vientre en la carretera de Sagangan, a



El general Sanjurjo que tiene en esta campaña el mando de las tropas de vanguardia.

aquel anciano lapidado que tenía los ojos desorbitados por el espanto...

¡No más degollación de inocentes!, el vaho de la sangre que brota bajo esa gümia corva y rastrera enturbia los ojos de dolor...

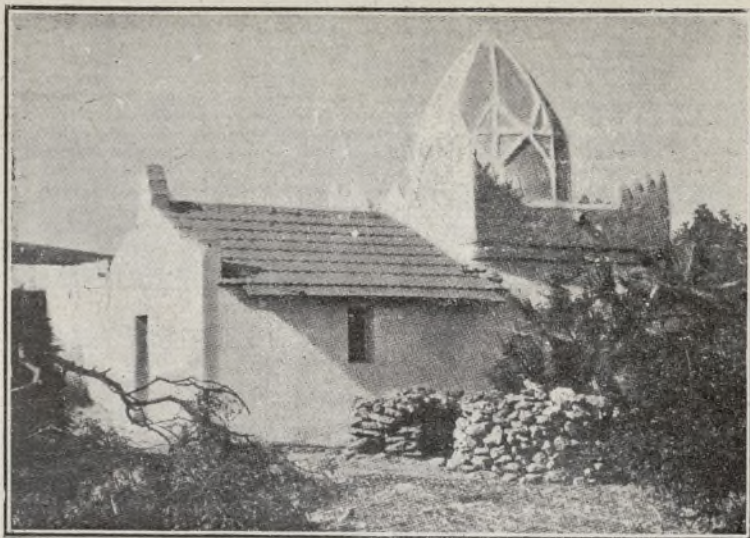
La Legión...

No es esta Legión a que me refiero ahora la de Millán Astray.

Es la Legión del Mando; es el destello de la Raza que brilla en Melilla iluminando a España: es Berenguer, *nervios de acero*; Cavalcanti, *el decisivo*; Sanjurjo, *el generalazo*; Gómez Souza, *el crisol*; Castro Girona, *la médula*; González Tablas, *el sereno*; Millán Astray, *el chispazo eléctrico*; Riquelme, *o la mano de hierro enguantada*; Franco, *el infatigable*; Arias, *el huésped del infierno*; (que daba los partes sin novedad, sacudiéndose las granadas); Aramburu, o el capitán *llegaremos*; Cerverita, *el almirante*; Sicluna, *el estoico*; y tantos otros legionarios de la gloria amasados con valor, inteligencia y abnegación, que se ofrendan silenciosamente a la Patria, cincelandos una orla estela de sacrificio en las páginas de este capítulo que empieza en Río de Oro y se cierra como un broche en Taxuda.

Aritmética legionaria

La aritmética legionaria es un poco rara: uno vale por dos; dos valen por cinco; a veces uno vale por ocho; y entre ellos se aprecia esto por milésimas. Y no sólo entre ellos, sino



Sidi-Amaran, tomado por nuestras tropas en la reñida jornada del día 29 del pasado, en combate con motivo de la conducción de un importante convoy a Tisza.

entre los extraños también tiene arraigo esta anomalía aritmética de la Legión.

Valga un ejemplo:

A los tres o cuatro días de haber desembarcado en Melilla Berenguer, llamó a su despacho a González Tablas y a Millán Astray.

—Tengo noticias—les dijo—que los moros quieren sorprendernos esta noche, y es menester evitarlo. Usted, Millán, con «sus» 2.000 hombres cubrirá un sector.

Millán miró, y como el rostro serio del general no reflejaba nada, se limitaba a decir:

—Está bien, mi general.

Pero el jefe del Estado Mayor, coronel Gómez Souza, interrumpió, corrigiendo, por si Berenguer, distraído, no reparaba en su error.

—¡Sólo son mil, mi general!

Berenguer, sin perder su parsimonia, le contestó:

—Yo he dicho 2.000, y el jefe de la fuerza ha asentido. ¿Vamos a saber nosotros mejor que él cuántos son sus subordinados?

Y siguió imperturbable dando sus instrucciones.

JUAN BISOÑO

Melilla, Octubre 921.



Entrada en la posición de Sebt, después de ser ocupada por nuestras tropas.

CUADRO DE HÉROES



El teniente D. José Galán Arrabal, gravemente herido en Sidi-Dris.

El capitán de Infantería, D. Angel Sánchez Noé, muerto en la acción de Bar-Hamet.

El alférez de Infantería, D. Joaquín Carrasco, muerto en Tauriat-Hamet.

El capitán de Infantería, D. Ricardo Carrasco España, muerto en Zeluán.

El teniente D. Alfonso Galán Arrabal, muerto en el combate de Igueriben



D. Francisco Franco Salgado, Capitán del Tercio Extranjero, que fué herido por una granada enemiga en el combate de Sidi-Hamed-el-Hach.

Don Ernesto Rodríguez Chacel, capitán del Regimiento de Africa, que defendió heroicamente la posición de Haf, y cuyo paradero se ignora.

D. Leonardo Lazcano, teniente de Ciudad Rodrigo, que se batió en Nador resultando herido

D. Sergio González Fernández, teniente del Regimiento de Africa, que en la posición de Tamasusi se negó a rendirse, y al que se cree muerto.

D. Juan Bercial Esteban, teniente médico, muerto durante la evacuación de Afrau mientras curaba a un herido, y que ha sido propuesto para la Laureada de San Fernando.



D. Fernando Villalba, alférez, que resultó herido en el combate de Taulet, prestando servicio en el Tercio Extranjero.

El teniente, D. Fernando Gómez López, herido en Monte-Arruit.

D. Rafael Muñoz, teniente del Regimiento de Gerona, herido de gravedad en la protección del convoy de Ait-Aixa.

El teniente D. Bernardo Villa Abille, herido en Taguil-Manin.

D. Eduardo Malagón, capitán del Tercio Extranjero, herido en un brazo durante un combate librado en Ait-Aixa.



Don Secundino Rodríguez Caveda, oficial de la Policía Indígena, que durante los sucesos de Julio desapareció, y al que se cree muerto en la lucha con el enemigo.

El capitán de Infantería, D. Luis Lacy Eguilaz, que murió en Bu-Ahfora.

D. Víctor García Martínez, capitán médico, desaparecido en Annual.

D. Antonio Segura Lacomba, teniente del grupo de Regulares, muerto en campaña.

D. Modesto García Martínez, teniente médico, desaparecido en Annual.

Ayuntamiento de Madrid

LA SORPRESA DE DESCARGA

(NOVELA ORIGINAL DE SABINO DE GOICOECHEA)

(CONTINUACIÓN)

En aquel instante vinieron a avisar al caballero que el cuarto se hallaba ya arreglado.

Hallábase éste situado tabique por medio de la sala en que había estado hacía un momento, así es que, a pesar suyo, oía distintamente la conversación de los vecinos.

—Estos hombres que están en la sala deben ser contratistas de obras, sin duda ¿no es eso?—preguntó el caballero a la patrona, apenas se hubo instalado en la habitación.

Si señor. Dos de ellos son canteros de aquí cerca, de Anzuola. Al tercero no le conozco, pero me parece que también debe ser del oficio. Han hecho dos o tres puentes en el camino *ferril*. Lo que es los dos hermanos son buena gente, muy trabajadores, y que saben su obligación, según dicen. Así es que creo que han ganado buenos cuartos. Mire usted, ya lo merecen, porque desde la mañana hasta la noche, que llueva, que truene, que *granisee*, no se han apartado un momento

—Cuando esté el chocolate me lo trae V.—dijo el caballero interrumpiendo aquel granizo de palabras de la buena de doña Polonia, que así se llamaba la dueña.

—Al momento está aquí.

Efectivamente; faltando a la regla general que rige en casi todas las posadas, de hacer que los momentos se transformen en tormentos para el viajero infeliz que espera y desespera, vino el chocolate un instante después.

—¿Quiere usted alguna otra cosa?—preguntó muy oficiosa doña Polonia.

—No señora. El muchacho... que cene.

—¡Ah! por supuesto... Vaya, pues que V. pase buena noche.

—Gracias.

—Hasta mañana.

Media hora después estaba ya el huesped no sólo acostado, sino soñoliento, oscilando entre el sueño y la vigilia, entre la vida y la muerte; momentos supremos de los que se pasa con la mayor facilidad al letargo o al insomnio.

Un tremendo golpe, acompañado de un juramento más tremendo aún, hizo en el caballero el efecto de un resorte. El ruido y la blasfemia provenían de la sala vecina. Al mismo tiempo oyó clara y distintamente una voz, que reconoció ser la del hombre que poco antes hacía las observaciones a los otros dos, que decía:

—¡No paso por eso! ¡A robar a Sierra Morena!

—Aquí no robar nadie, ni... ¡Bueno está, pues, esto!—contestó otro, que por el acento y la concordancia, conocíase que era de la tierra.

—Pues si no se trata de robar, hagamos las cuentas como Dios manda.

—Usted mucho hablar de robar, y no sé pues...

—Tenga usted cuidado con las indirectas, porque no respondo de lo que pueda suceder.

—Usted directas también, pues, ya dice, y a m con más *buapo* que usted también *yamos* visto.

—Juan Antón, calla—,dijo un tercero, y luego añadió algunas palabras en vascuence.

—Hablad en cristiano para que se entienda.

—No es difícil de entender—,dijo el que había mandado callar a Juan Antón. Usted tiene una tercera parte en nuestro remate, y nosotros otra tercera parte en el de V. Es así que...

—¡Falso! ¡Qué empeño! Yo interesaba la mitad en ambos.

—Usted recordará que en el acto de hacer el remate *convenimos* ...

—En que llevaríamos mitad por mitad.

—No hay tal, y hasta podría traerle a Vd. testigos.

—No los necesito. Basta que yo lo diga.

—No basta *destr* usted, porque yo también ya *dise* y mi hermano *tamién*, y tan buenos *seamos* como usted—,replicó el tercero.

—¡No faltaba más sino que me dejara quitar de un golpe treinta mil reales!

—No es quitar. Además de que quien debería quejarse somos nosotros.

—¡Qué! ¿Quiere usted cogerlo todo?

—No. Pero nosotros presentamos una ganancia de cerca de seis mil duros, mientras que usted nos presenta una pérdida de más de tres mil; siendo así que las obras que usted ha tenido eran ...

—¿Qué hay que tachar a mis cuentas? ... ¡Atrévase usted a decirlo! ... ¡Vamos!...

—Nosotros no decimos nada en cuanto a eso; sólo que debiendo abonar a V. mil duros próximamente por las pérdidas sufridas por V., y dos mil de nuestras ganancias, resultan a favor de usted tres mil duros, sólo con alguna pequeña *diferencia* que la sacaremos al momento.

—No señor; ¡ca! No me conformo. Treinta mil reales que tiene Vd. que satisfacerme por la pérdida, y sesenta mil por la ganancia, son noventa mil reales los que me ha de dar V. Esa es la cuenta, y ¡juro a Dios!... y oyóse otro tremendo porrazo sobre la mesa.

El caballero no perdía ni una sola sílaba de aquella polémica, con tanto más motivo, cuanto que no podía recobrar el sueño con la bulla que metían los contendientes.

—Vaya, José Mari. Dale tres mil duros o lo que sea y si no se *contenta* que no se *contente*.

—Si creéis que voy a pasar por eso, muy equivocado estáis.

—Puede usted acudir a donde le dé la gana. La cuenta es 61.224 reales con 25 céntimos, y aquí lo tiene usted.

Y allí debía tenerlos efectivamente, pues se oyó el ruido vibrante y metálico del oro que en la mesa rodaba.

—No doy recibo.

—Si recibo no dar, no dar nosotros ni un *rial*—, dijo el que peor, pero más categóricamente hablaba.

—Lo daré, pero diciendo que no me conformo con la liquidación.

—Eso, en su derecho está usted.

¡Ah! Eso sí, la *opunión* a nadie...

—Mejor harás callar sino quieres que te arregle la cuenta de otro modo.

¿Usted a mí? Usted muchas roncás tiene y ... puede ser que...

—Anda; sal a la calle; te voy a dar una *mojada*.

—Si por cierto.

Y acto continuo se sintió el ruido de sillas que rodaban, gritos de la patrona, y la voz de uno de los hermanos canteros que decía al otro:

¡Juan Antón! ¡A ver cómo te estás aquí quieto!

El caballero saltó de la cama con ánimo de ir a apaciguar a los alborotadores, pero mientras se vestía, observó que decrecía la bulla, y que el llamado Juan Antón, que era el desafiado prometía a su hermano no volver a chistar en toda la noche.

Y así debió suceder, porque el huesped, que volvió a acostarse en vista de que no hacían falta sus oficiosos servicios, pudo dormir sin que sintiera moverse una mosca.

Cuando despertó a la mañana siguiente creyó estar oyendo la bulla, a cuyo rumor se había dormido la víspera.

Fijó el oído y conoció que la algazara provenía de la calle.

Parecía una asonada, según las voces descompuertas y tumultosas de hombres y mujeres, los gritos de los chiquillos y el ladrido de los perros.

Picada en alto grado de curiosidad del huesped, saltó de la cama y asomó la cabeza por una ventana que daba a la calle.

Grande fué la sorpresa al distinguir que, rodeados de una multitud de gentes de todas edades y

clases, y en medio de una pareja de guardias civiles, traían maniatados a dos hombres, que por sus trazas parecían naturales del país. Y su admiración subió hasta el colmo, cuando creyó conocer en los presuntos reos a los dos hermanos canteros.

El delito o crimen de que se les imputaba debía afectarles extraordinariamente, pues marchaban con la cabeza inclinada hacia el suelo, y tal vez, desprendíanse de sus ojos algunas lágrimas, arrancadas no se sabe si por el remordimiento o por la vergüenza de verse en aquel estado.

Poco después de retirarse el caballero de la ventana, cuando ya los presos se habían perdido de vista, entraba en la alcoba la patrona, toda llorosa y sofocada, diciendo:

—¿Ha visto usted señor? ¡Quién lo había de decir! ¡Ca! Si parece mentira; a no verlo...

—¿Por qué llevan presos a esos dos hombres?

—Mire usted; le aseguro a usted caballero, que ni por *pienso* sopeschábamos nada de lo que iba a suceder. Como después quedó todo tan tranquilo y tan...

—Pero ¿quiere usted hacerme el obsequio de decir cuál es delito que se les atribuye?

—¿El delito dice usted? ¿Eh? ¡Ay! Si señor. ¡Un delito! Vamos, aquí nunca se ha visto una cosa igual. ¡Y en mi casa!... Es decir, ¡no digamos que en mi casa! peor como el *prencipio* fué aquí, ¡ya vió usted!

—Con que... cuando quiera usted decirme lo que ha sido—volvió a repetir el caballero con la mayor calma.

—¿Con qué no lo sabe usted?

El huesped debía de ser hombre inalterable, cuando no tiró a la cara de doña Polonia la jícara de chocolate de la víspera.

—Estoy esperando a que usted me lo cuente, y si no se lo preguntaré a mi criado, que me figure lo sabrá también.

—¡Ay! No señor,—replicó la patrona muy apurada, temiendo perder aquella ocasión en la que podía lucir su oratoria dramática—. Yo se lo diré a usted todo lo que ha habido, con pelos y señales.

Y después de una pausa durante la que mi buena de doña Polonia, se ha restregado los ojos, se ha sonado y tosido, cuenta el hecho poco más o menos en los siguientes términos:

—Ya oiría usted la disputa de anoche, me figure.

—Si, seguramente; no perdí ni una coma, a pesar mío.

—Pues bien, no pasó de palabras afortunadamente, gracias a José Mari, el hermano mayor, que se conoce que tiene mucho juicio. Es decir, Dios me perdone... yo no puedo todavía... pero ya se ve,

también si está tan claro ... Pues como iba diciendo, nada, todos cenaron en paz y en gracia de Dios, y después se fueron cada uno a su cama. Mire usted, parece que me lo estaba diciendo el corazón. Al toledano, porque el muerto es toledano, luego lo hemos sabido; al toledano le puse en un extremo de la casa, y a los dos hermanos en el otro lado; yo estaba en medio; ya vió usted no podían...

—¡Yal Es claro.

—Pero como no puede una estar en todas partes, y el diablo la enreda, esta mañana antes de amanecer, que es cuando se han marchado los tres, cada uno por su lado, es decir, los dos hermanos juntos, han debido encontrarse a la salida del pueblo, y sobre si yo no te tengo miedo, ni yo tampoco a ti; tu eres tal y tu cual ... digo, me figuro que pasaría esto, es el caso que se ha encontrado muerto al toledano, con toda la cabeza *machucada*. De tal manera le han dejado, que si no hubiera sido por la chaqueta de pana, y por la *boleto* de vecindad que llevaba en el bolsillo, ni conocersele hubiera hecho,

Momentos de pausa.

—Y otra cosa dicen también.

—¿Hay más todavía?

—Si señor, más hay. Dicen que no se le ha encontrado ningún dinero, y esto ya ve usted que es peor que peor, porque eso ya no es riña, sino matar para robar. Mire usted, pues, señor, si no lo hubiera visto no lo hubiera creído.

—¡Qué! ¿Usted ha visto el robo?

—¡Ca! No señor, no por cierto; si no que es un decir como les han cogido, y todo el mundo dice que son ellos, ya ve usted, no puede una menos ...

—Bueno; hágame usted el obsequio de traer el chocolate, y diga usted a mi criado que suba.

—Voy enseguida. ¡Vaya! ¡Cosa como ella!

Poco después subió Antonio, el muchacho, a quien el caballero dijo que preparasen el coche para dentro de una hora que irían a Vergara.

Cuando estaba disponiéndose a marchar, llegó un recado del Juez de primera instancia, por el que se le prevenía al caballero pasar al juzgado a prestar declaración.

—¡Una declaración! ¿Yo? ¿Y sobre qué asunto?

—No le podré decir a usted,—contestó el hombre que hacía oficios de aguacil.

—Diga usted al señor Juez que allá voy.

Algunos instantes después se hallaba el caballero en el despacho del Juez.

Supo allí que el asunto que motivaba su presencia en aquel sitio era el asesinato del toledano, pues al tomar declaración a doña Polonia, citó a su huesped como uno de los testigos que más datos podía suministrar.

El caballero refirió sencillamente lo que había oído la víspera por la noche, y al extender su nombre en la declaración, supose que se llamaba Don Ramón Cienfuegos, brigadier retirado.

Concluida la misión para que había sido llamado, bajaba la escalera del Juzgado, pensando en su interior en el suceso que se había visto obligado a jugar un papel, cuando antes de llegar al zaguán creyó oír rumor de voces, y gritos de mujer y niños que parecían arrancadas por el dolor.

—Decididamente—pensó el brigadier—no salgo de Scila, cuando entro en Garibdis. ¿Si querrá Dios que llegue a un punto en que reine tranquilidad y sosiego?

Al poner el pie en el último escalón se detuvo, apoyándose en él pasamano, o más bien, agarrándose de él, y por el cambio repentino que había experimentado su fisonomía, conocíase que necesitaba de aquel apoyo para no dar de bruces en tierra.

Se hallaba completamente lívido, y un temblor nervioso agitaba todo su cuerpo.

Se pasó varias veces las manos por los ojos, y fija su vista en un grupo de gentes que había en el portal, balbuceaba:

—¿Es un sueño? ¡Dios mío! ¿Es un sueño?

En medio del grupo de gentes que en el zaguán había, llamaba la atención de todos un anciano, cuya avanzadísima edad, sin duda, le tenía tan encorvado, que a fin de conservar el centro de gravedad de su cuerpo, inclinado en dos terceras partes hacia delante, lo apoyaba en un nudoso bastón de castaño, lleno de tallados hechos a fuego, y en el hombro de una aldeana como de cuarenta años, alta, robusta, y con esa fisonomía sencilla e inocente, tipo característico de la mujer del campo.

Dos niños de ocho a diez años, anegados en llanto, se agarraban a las sayas de la mujer y al bastón del anciano.

Doña Polonia, que se hallaba colocada en el sitio preferente del grupo, llevaba la palabra poco más o menos en los siguientes términos:

—¡Cómo ha de ser! Es preciso tener conformidad. Dios nos envía estos trabajos en este mundo para recompensarnos en el otro. Además de que muchas veces las apariencias engañan, ¿y quien sabe? puede ser que...

Y en seguida mezclaba frases y aun oraciones enteras en vascuence que hacían gran efecto en el auditorio, según las muestras de aprobación que se notaban.

Empero, los más interesados en el asunto que ocupaba a toda aquella gente, que eran el anciano, (Se continuará).

EL INGENIO ALEMÁN A LOS TRES AÑOS DE SER VENCIDA...

Hay pueblos que no pueden morir, y Alemania es uno de ellos, no porque los demás no pongan de su parte todo lo posible, sino porque tienen una reserva de energías y un tan gran caudal de amor patrio que le impulsaron a levantarse con la altivez que da la confianza en las propias fuerzas, cuando los que le oprimen le creen ya agonizante.

No vamos a referirnos a los años de guerra, en que para ser vencida necesitó tener enfrente al mundo entero, y movilizarse todo el oro que dormía en los Bancos, y todas las industrias convertirse en productoras de material bélico, y unirse todas las razas.

Alemania quedó destrozada, aunque no tanto como algunos de los vencedores; vencedores oficialmente, pero moralmente tan vencidos, que al señalar las condiciones de paz, fueron tan crueles, tan opresores, que leyendo entre líneas se ve en ese Tratado el miedo al fantasma que pudiera surgir de los escombros...

...

Ya en otra ocasión Alemania fué vencida por Francia y entre otras obligaciones se le impuso la de no poder tener sobre las armas más que un reducido Ejército, apenas insuficiente para el sostenimiento del orden interior.

Y precisamente la imposición de marras, fué la causa del resurgimiento militar; porque cumpliendo la cláusula no había nunca en filas más que un reducido número de hombres; pero estos hombres se sustituían con tal frecuencia que cada año pasaban por filas cuatro reemplazos, y poco después en Alemania cada hombre era un soldado, cuyo aprendizaje empezaba en la escuela y no acababa nunca...

Así, la disciplina militar salió del cuartel e invadió el campo, la ciudad, las fábricas, las Universidades; y cuando sonó la hora de la guerra, Alemania se levantó como movida por un resorte,

...

Y otra vez se repitió la historia...

Entre las condiciones impuestas a Alemania figuraron aquellas de destrozarse todo su material de guerra, de entregar su escuadra, de no poder tener Ejército, ni Marina, ni construir submarinos ni aeroplanos con motor...

Meses y meses Alemania se dedicó a destruirse; en los campos de concentración de material millares de alemanes, martillos en ristre, bajo la ins-

pección de comisiones aliadas, rompieron cierres de cañones, quebraron las alas de sus pájaros de guerra, desarmaron motores...

Han transcurrido tres años, y Alemania, que nos reserva tantas sorpresas, nos mostró ya una con sus originales aeroplanos sin motor: uno de ellos, en apariencia como los normales, le vimos elevarse por su propio impulso, aprovechando las corrientes de aire, siguiendo la ruta que el mismo se marcaba; el otro aeroplano, inmenso pájaro, vuela con leve oscilación de sus alas sin gran esfuerzo, como esas grandes aves, que, esponjándose, se hacen menos pesadas que el aire y se dejan llevar por él sin otro esfuerzo que el de marcarse la dirección con sus patas-timón.

El secreto de este invento lo tiene Alemania; pero hay que esperar que ocasione una gran evolución en el progreso de la navegación aérea...

...

En otros órdenes de la situación de Alemania, a los tres años de *vencida*, ¿qué hemos de decir? Hablen también los hechos...

Muy pronto saldrá de los Estados Unidos—el verdadero triunfante en la última contienda—una comisión para estudiar en la República Alemana los fenómenos sociales que aquí se están desarrollando...

¿Cuál es el secreto de esa misteriosa fuerza triunfal? ¿Cómo las Compañías navieras alemanas acaban de pagar dos dividendos sucesivos del 16 por 100, con bonificaciones extraordinarias, cuando los pueblos vencedores pierden mensualmente muchos millones en sus flotas navales?

¿Cómo han acaparado de nuevo la mayoría de los mercados del mundo y venden mejor, más pronto y más barato que nadie?

Una guerra perdida sirvió a Alemania para convertirse en la primera potencia militar del mundo: otra *derrota* le está sirviendo para revolucionar la ciencia y hacerse el ama del mercado mundial, mientras los vencedores se encuentran en espantosa crisis, y aún los Estados Unidos, acreedora de Europa, está al borde del desastre económico y envía sesudas comisiones a que estudien en Alemania los fenómenos sociales que en ella se desarrollan...

¡Y eso a los tres años de ser vencida!

ROBERTO DE VIVAR

Berlín-Octubre 1921.



Un acorazado económico.

Construir un acorazado, no es cosa al alcance de todas las fortunas; pero a Manolín, un valiente niño que quiere ir a matar moros, se le ha metido en la cabeza, construir un barco de guerra, y me pide le explique como puede hacerlo, con la misma ingenuidad, que si me pidiera una receta para comerse un racimo de uvas.

Para complacer a Manolín, he revuelto mis libros de proyectos navales, sin encontrar nada a propósito para sus planes, hasta que al fin tras mucho cavilar, inventé algo, bueno, bonito y barato que creo que dejará satisfecho tanto a Manolín como a todos los Manolines Luisines y Pepines que quieran imitar a mi bélico amiguito,

El nuevo acorazado de mi invención puede construirse con poquísimo dispendio y sin necesidad de grandes astilleros: Las primeras materias tan poco son muy costosas.

Con cartulina bien fuerte se construye una embarcación, formada por dos láminas sólidamente unidas en sus extremos con lacre; varios alfileres unidos con un cordoncillo negro figurarán la barandilla; puede ponerse alrededor del que constituye la caña del timón una paleta movable para que el nuevo aparato náutico pueda tomar todos los rumbos que se quiera y moverse en el agua con cierta gracia, y ya tenemos el casco.

En el centro de gravedad del fondo de la nave se fijan dos pequeños soportes de madera ligera, y encima de ellos se coloca media cáscara de huevo, conteniendo una esponjita impregnada de alcohol.

Encima de ese fogón, y apoyada sobre dos alambres perpendiculares a las bandas del navío, se encaja una cáscara de huevo, entera, vaciando antes su contenido por un agujerito practicado en el polo menor, según puede verse en el grabado: en el polo opuesto un cañón de pluma, fijado con goma y papel de seda, simula una chimenea para completar la ilusión, pero esa chimenea es puramente decorativa.

Lléname de agua el huevo por el agujerito, sin que el nivel alcance la altura del orificio, y se enciende el fogón, suponiendo ya figurado el Océano y sus olas por el agua de una cubeta grande; desarrollándose el vapor rápidamente en el alvéolo del huevo, llena la cavidad superior, y no encontrando otra salida que la del orificio, es expelido con fuerza, y por efecto del retroceso de ese impulso, la nave anda.

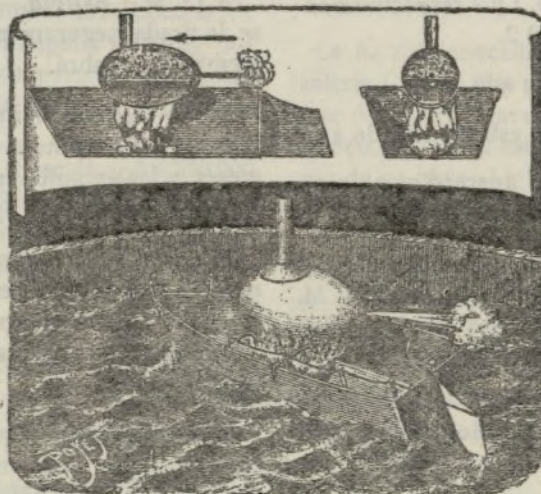
Cañoncitos de pluma de ave, colocados sobre cureñitas de papel, a babor y estribor y por la parte

de popa, es la dotación artillería de nuestra nave.

Un detalle importante: para evitar que se calienten demasiado las paredes de la nave, se pueden revestir interiormente de una capa de disolución de alumbre que la hace incombustible; y si se desbaratan las calderas, cámbiense pronto por otras, que en el gallinero hay establecida una calderería fina, barata y continua.

Y si con este buque no puedes ir a matar moros, querido Manolín, quédate en casa estudiando mucho.

Que ya llegará el día en que puedas realizar tus proyectos marciales.



SECCIÓN DE CONSULTAS

X. Y.—Valencia.—Para oficiales véase R. O. 4 de Febrero de 1920 (D. O. n.º 28). Cuando se publica la convocatoria para tropa, se indican sus condiciones.

M. M.—Allariz.—Según dicen será en Febrero próximo cuando anuncien la convocatoria.

B. M. O.—Pazzán.—1.º Se cree que en Febrero se publicará convocatoria, 2.º Con autorización militar se cobra a 2 céntimos el kilómetro en segunda y uno y medio en tercera; hay que añadir el quince por ciento de recargo para el tesoro.

R. C. C.—Vigo.—Puede solicitarse devolución de una parte de la fianza debiendo hacerlo el dueño de los valores.

M. G.—Manresa.—Para Zona Palma el 5; Cazadores de Palma el 6; Reserva Tenerife el 7; Gran Canaria el 3; Guía el 1; Zona Gran Canaria el 3; Caja Tenerife el 7; y Gobierno Militar Tenerife el 4.

F. G.—Alicante.—Reserva 35 y 36 el dos; Reserva 37 el 4; Cajas 35, 36 y 37, 3, 1 y 2 respectivamente; Reserva 39 el 2 y Caja 39 el 2.

E. V. E.—No está clasificado aún.

C. M. L. C.—Logroño.—No está clasificado aún.

M. J. M.—Salamanca.—No aparece como aspirante en los Registros de la Guardia Civil.

A. G. G.—Segovia.—Para el aspa roja tiene derecho a su uso siempre que lo solicite. Para la M. de S. por la P. deben concurrir las circunstancias que señala la Ley de 7 de Julio último (D. O. 151.)

F. S. G.—Cádiz.—En la relación de ascensos que se publicará en breve, verá incluido este auxiliar.

F. R. M.—Mahón.—Desembarcó en Larache el día 21 de Agosto de 1921, según consta en su hoja de servicios.

I. G.—Figuera.—Hace el número 1 para las Reservas que tiene solicitadas, no incluyendo las Cajas por sumar más de ocho destinos, pero en la actualidad no puede hacerse destinos sedentarios de subalternos.

A. A. I.—Melilla.—1.º Se le ha concedido reinte-

gro de pasaje por R. O. 9 Septiembre de 1921. 2.º Todavía no se ha aprobado el nuevo Reglamento de la Orden de San Hermenegildo.

I. del A. D. Adanero.—Avila.—Se necesitan cuatro años de servicio en el Instituto para examinarse para Cabo.

J. B.—Valencia.—Se le envían por duplicado los números de Agosto y Septiembre. Tenemos mucho gusto en publicar sus versos que son muy bonitos.

E. G. P.—Tetuán.—No se pueden mover de Africa mientras duren las actuales circunstancias, según R. D. reciente.

P. C.—Badajoz.—No hay nada hasta la fecha.

J. O. T.—Tetuán.—Hasta la fecha, ni figura anotado en Guardia Civil, ni ha tenido entrada la instancia en la Direccion.

F. A. A.—Mallorca.—Puede solicitar todos los destinos de la guarnición de Africa.

A. G. M.—Bellota.—No hay, por estar haciéndose la tirada, seguramente a mediados o fin de Noviembre los habrá.

E. P.—Tetuán.—Ni una cosa ni otra puede saberse, pues el número es cosa que altera todos los meses, y las vacantes en su mayoría son consecuencias de las mismas propuestas de destinos.

M. M. Y.—Alcazarquivir.—José Yoste hace el número 250 de la 5.ª clasificación y tardará próximamente catorce meses en ingresar.

Timoteo París hace el 200 y tardará un año aproximadamente.

F. G.—Alicante.—Hace los números siguientes: para la reserva 35 el uno; para la 36 el dos; para la 37 el dos; para la Caja 35 el dos; para la 36 el uno; para la 37 el dos; para la reserva 39 el uno y para la Caja 39 el uno.

F. R.—Mahón.—Desembarcó en Larache el día 21 de Agosto de 1912, según consta en su hoja de servicios.

G. G.—Melilla.—El número 490 de la 6.ª clasificación: no puede precisarse el tiempo que tardará en ingresar.



Bibliografía

MAPA DEL TERRITORIO DE MELILLA.—Un buen mapa de la zona marroquí en la que se han desarrollado los acontecimientos militares que conmueven a España es la necesidad más sentida por los que se interesan por seguir las vicisitudes de la lucha, que buscan ansiosos los lugares teatros de la tragedia en que actúan sus hijos, hermanos, amigos o simplemente los defensores de su Patria.

Este Mapa que acaba de ser publicado, está impreso a cinco colores y contiene no sólo los nombres de poblaciones importantes y los datos de geografía física que con más o menos detalles se encuentran en todos los mapas, sino todos los nombres de poblados, santuarios, alcazabas, zocos, (mercados), pozos, caminos etc., y como detalle de especial interés, las posiciones militares en 23 de Julio último perfectamente determinadas. Preparado con todo esmero por un distinguido Jefe del Ejército, tal vez la persona más perita en estas materias; este Mapa es sin duda alguna el más notable de cuantos se han publicado en España y el que por tanto, no debe de faltar a toda persona que desee informarse exactamente de la marcha de nuestras operaciones.

Su tamaño es de 56×80 cm. a escala de 1×200.000 su precio es de 3,50 pesetas franco de porte y certificado. Los pedidos pueden hacerse a la «Sociedad General Española de Librería, Ferraz, 21, Apartado 428. Madrid.

DEL DOLOR DE LA GUERRA.—(Crónica de la campaña de Marruecos) por *Teresa de Escoriaza* prólogo de *Antonio Zozaya*. Precio 2 pesetas. Editorial Pueyo. Madrid.

Teresa Escoriaza, distinguida escritora, ha colec-

cionado en un volumen admirablemente editado por Pueyo, sus impresiones de la campaña de Melilla.

El alma femenina de esta mujer joven y bonita, ha visto de la guerra el dolor, el dolor en su matiz más delicado, el dolor que perfuma de tierna melancolía los corazones sensibles que latén al margen de la lucha.

El dolor de la esposa del cautivo, el amigo que cae, las cartas perdidas, la angustia maternal, la desdicha del vencido, legionario por amor... Estos son los motivos esenciales de sus tiernas impresiones.

«Del dolor de la guerra» es el libro de las madres, de las hermanas, de las novias del soldado; su lectura hará brotar algunas lágrimas, bálsamo que cicatriza las heridas morales. Un gran libro es este, bello y emotivo, latido de un corazón de oro.

R. G.

Le ha sido concedida al Teniente Coronel de Infantería D. Jose Más Casterad, la Cruz de segunda clase del Mérito Naval, como premio al celo e inteligencia y amor al estudio demostrados en la redacción de su obra «Ligeras consideraciones que atañen a España sobre Marina de guerra».

Demuestra el Sr. Más en su libro que la marina de guerra es necesaria para la protección de la mercante y para el desarrollo comercial e industrial.

Cita el caso de Inglaterra, que debe a su poder naval militar ser una nación poderosa que sostiene la propiedad de sus inmensos territorios.

La obra de referencia es interesante en sumo grado.

TODO PASA SONETO

Tenía frío... Había atravesado
con paso lento, trabajoso y breve
una árida garganta do la nieve,
su nido al parecer, hubo formado.

Tenía frío; y al sentirse helado
por el recuerdo de la hermosa aleva,
cuya fría belleza aún me conmueve
y cuyo dulce rostro me ha engañado.

Apoyé la cabeza ensombrecido
sobre el pecho convulso y palpitante,
dejando a la ilusión vagar perdida.

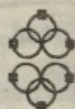
Rindióme el sueño al fin; y cuando amante
la luz del sol volviome a la vida,
estaba lejos ya de aquel instante.

JOAQUÍN BONET



PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS



CHARADAS

Vocal verás mi *primera*
segunda preposición;
nota musical *tercera*;
el *todo* la retrechera
que adora mi corazón.

Si con *tres una* te rascan
no harás *doble una*, lector;
que es un cuero superior
donde las limas se atascan.

Tercia segunda el beodo
mientras *dos una* de un pino,
y le arremete sin tino
un animal que es el *todo*.

El cartero concienzudo
con *dos tres una* cargado
sube al tren preocupado
que parece sordo y mudo.

Cada cual da lo que tiene,
y así producen sin cuento
sin el menor aspaviento
dos dos el viejo y el nene.

Tres recetas.

Un poco de zumo de limón añadi-
do al agua en que se cueze arroz,
conservará los granos separados
unos de otros.

Al secar franela que se haya la-
vado, tiéndasela siempre en la
sombra, porque el sol la hará en-
cogerse demasiado.

Para hacer incombustibles las
telas de las cortinas que hay que
poner cerca de velas o de la chi-
menea, no hay más que impreg-
narlas en una disolución de tung-
tato de sosa.

El animal que más come.

El naturalista inglés Sir John
Lubbock asegura que la araña es,
de todos los animales, el que más
come, proporcionalmente a sus di-
mensiones. Habiendo pesado cier-
to número de arañas antes y des-
pués de darles de comer, ha saca-
do en conclusión que si un hom-

bre quisiera comer una cantidad
de alimento proporcionada a la
que aquellos animalitos consumie-
ron, tendría que devorar cada
veinticuatro horas dos vacas, tre-
ce carneros, diez cerdos y cuatro
toneladas de pescado.

De un grano de trigo.

Un curioso experimento, reali-
zado para comprobar, entre otras
cosas, la fecundidad verdadera-
mente extraordinaria del trigo, se
ha realizado en fecha reciente, con
los resultados que se indican a
continuación:

A fines de Julio se sembraron,
uno a uno, 100 granos de trigo; a
fines de Septiembre, las matas ha-
bían echado hijuelos, con un pro-
medio general de 12. Esquejados y
transplantados, daban a media-
dos de Noviembre, ocho renuevos
útiles, por término medio; las ma-
tas llegaron a producir unas 65
espigas por pie, con un promedio
de 50 granos en cada espiga.

La cosecha obtenida de cada uno
de los 100 granos fué de 12 por 8
por 65 por 50, igual a 312.000
granos.

Entretimiento.

Los huevos gravados.—Sobre la
cáscara del huevo, escribese o di-
bújese con cera, barniz u otra sus-
tancia grasienta, como sebo, y se
sumerge después en un ácido poco
fuerte, verbigracia, vinagre agua,
fuerte de grabar, etc. Las partes
de la cáscara no protegidas por el
cuerpo aislador, son atacadas, des-
compuestas y disueltas por el áci-
do, quedando de relieve la escritu-
ra o dibujo. Aunque este procedi-
miento no presenta dificultad al-
guna, conviene, sin embargo, to-
mar varias precauciones, a fin de
asegurar el éxito desde el primer
ensayo.

Como es costumbre hacer el gra-

bado sobre huevos vacíos para
conservarlos sin alteración, es
preciso, antes de sumergirlos en
el ácido, tapar con cera los orifi-
cios hechos en los extremos para
vaciarlos:

Además, como ya vacíos son su-
ficientemente ligeros, es necesario tam-
bién mantenerlos dentro del ácido,
poniendo encima un pedazo ligero
de vidrio o un pedazo de cera o es-
perma.

Cuando el ácido está muy dilui-
do, debe prolongarse la operación,
para que los resultados sean me-
jores; dos o tres horas bastarán,
por lo general, para obtener ca-
racteres o rasgos bien marcados.

CASOS Y COSAS

Estábamos tan apretados a causa
del gentío—decía un asistente pon-
derando las apreturas de un día de
gran parada—que teníamos que
reírnos a lo largo...

Un ignorante ingrato y descar-
do, obtuvo en la Universidad de
Reims el grado de maestro en ar-
tes. Sorprendido de la facilidad
con que le habían aprobado los
ejercicios, va a encontrar al decano
de la facultad de filosofía y le dice:

—Señor decano, ya que he de
permanecer algunos días más en
Reims, quisiera aprovechar la
ocasión y hacer graduar a mi ca-
ballo.

—Amigo mío, no puede ser (le
contestó el decano); ¡aquí no po-
demos graduar más que a los
burros!

Soluciones a los pasatiempos del número anterior.

A la charada:

Acorazado.

A los jeroglíficos:

El final de Norma.

Sobremesa.

Matilda.